

*EL SOCIALISMO ES, EN SU
ESENCIA, HUMANISMO. A
LA ACTUAL REALIDAD
DEL HOMBRE, MECANIZA-
DO COMO SIMPLE ELEMEN-
TO PRODUCTOR POR LAS
EXIGENCIAS DEL UTILITA-
RISMO CAPITALISTA, OPO-
NE EL SOCIALISMO SU
CONCEPCION DEL HOM-
BRE INTEGRAL, EN LA
PLENITUD DE SUS ATRIBU-
TOS MORALES Y DE SUS
CAPACIDADES CREADO-
RAS.*



centro de estudios del
movimiento obrero
Salvador Allende

EUGENIO GONZALEZ

**MAESTRO DEL SOCIALISMO
CHILENO**



**F. ALEGRIA
C. ALMEYDA
R. BRAÑES
J. CAMPOS
J. A. EPPLE
G. GOMEZ
J. C. JOBET
R. LATCHAM
A. WITKER**

EUGENIO
GONZALEZ
ROJAS

MAESTRO DEL SOCIALISMO CHILENO

**Centro de Estudios del Movimiento Obrero
Salvador Allende**

México 1981

PRESENTACION

1. DON EUGENIO: Fernando Alegría.
2. MI DEUDA CON EUGENIO GONZALEZ: Clodomiro Almeyda.
3. LA NARRATIVA DE EUGENIO GONZALEZ ROJAS: Juan A. Epple.
4. NOCHE. UNA NOVELA DE EUGENIO GONZALEZ ROJAS: Javier Campos.
5. LA PERSONALIDAD IDEOLOGICA DE EUGENIO GONZALEZ Y SU RECTORADO DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE: Julio C. Jobet.
6. EUGENIO GONZALEZ ROJAS, UN RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE: Raúl Brañes.
7. EUGENIO GONZALEZ ROJAS, EDUCADOR: Galo Gómez.
8. ALGO SOBRE EUGENIO GONZALEZ ROJAS: Ricardo Latcham.
9. EUGENIO GONZALEZ ROJAS: LAS HUELLAS DE UNA VIDA ILUSTRE: Alejandro Witker.

ANEXO

EN LA MUERTE DE EUGENIO GONZALEZ ROJAS,
FUNDADOR DE NUESTRO PARTIDO: Partido Socialista
de Chile.



EUGENIO GONZALEZ ROJAS
(1903-1976)

PRESENTACION

El Centro de Estudios del Movimiento Obrero Salvador Allende, pone en circulación, con verdadera satisfacción, este libro de homenaje a EUGENIO GONZALEZ ROJAS (1903-1976), maestro del socialismo chileno.

Era nuestro propósito incluir en este libro una antología selecta de la densa obra política y literaria de don Eugenio y en esta dirección trabajamos hasta disponer de un material tan rico y vasto, que nos pareció conveniente pensar en el futuro en un volumen separado, circunscribiendo éste, a un conjunto de imágenes que sobre su vida y pensamiento recuperan y proyectan, en lo esencial, su contribución al proceso social y cultural de Chile.

Entre tanto el Centro de Estudios del Movimiento Obrero Salvador Allende, ha creado una sección especial de su acervo, que dispone ya de las copias y originales de la mayor parte del pensamiento escrito de Eugenio González Rojas: colaboraciones estudiantiles en Claridad, discursos parlamentarios, cartas, disertaciones académicas, novelas, etc. Además de un valioso material iconográfico.

En esta forma, hemos iniciado una tarea que habremos de continuar en la línea del rescate de los grandes valores nacionales entre los cuales Eugenio González Rojas ocupa un lugar de la mayor significación.

El 28 de agosto de 1981, se cumplen cinco años de la muerte de Don Eugenio; confiamos que este libro esté para ese día circulando como nuestro homenaje al inolvidable maestro del socialismo chileno.

México, D. F., 19 de abril de 1981.

DON EUGENIO

Fernando Alegría ¹

No tuvieron tiempo de sacrificarlo.

Digo esto porque entre nosotros un varón sobrio, íntegro, talentoso y valiente no es raro que caiga hoy en día víctima de los hachazos de violentos y deslenguados compadres de la patria.

Eugenio González era un joven muy apuesto, alto, pálido, vestido rigurosamente de negro cuando le conocí. A sus alumnos nos miraba con serenos ojos picassianos sin jamás envolvernos en los anillos de humo que le seguían siempre sus pasos. Hablaba paseándose, llenando el aula de sonoridades calmas y amplias, engastando sus largas frases en precisas columnas de un materialismo histórico aprendido con rigor. Escucharlo era como exponerse a un día de sol suave, sin mayores contrastes ni sorpresas; era como saber que, de perdernos en devaneos, se iría con el humo lo más medular de su pensamiento, la proyección poéticamente mesurada de su razonamiento filosófico.

Don Eugenio era profesor de vastas clases, pero de pocos, escogidos alumnos. Quien sabía escucharle, no le olvidaba ya. En otro piso del Instituto Pedagógico de Cummings y Alameda, en auditorio de cortinas y luces arrobadoras, don Pedro León Loyola fascinaba a sus estudiantes aclarando la caverna platónica con lenguaje agudo y envolvente; su oratoria poseía la misma gracia fija de sus bigotes. En cambio, don Eugenio nos hablaba con ese ánimo tentativo

1. Destacado escritor nacional y catedrático universitario.

que caracterizó la poesía temprana de Neruda. Iba entre ondas buscando su camino, desplazándose sin prisa, melódicamente. Seguirlo no era un acto de gimnasia, sino de armonía musical en las esferas. En salas más lejanas se oían las voces de Nicolai, caballero de Monóculo y bastón, de Ricardo Latcham, regodeándose en su vocabulario de fronda, de Mariano Latorre, con su aura de tordos y chercanes, todos ellos hablando de este mundo y el otro, barajando cifras siderales unos, movilizand o imágenes o destapando visiones proféticas otros. Sólo Eugenio González se explayaba como joven oficiante de una academia de sol, mar y tiempo.

Era helénico por naturaleza y fue revolucionario por ensoñación, compasión y amor. ¿Revolucionario? A mí me costaba creerlo. No lo vi jamás corriendo, no lo oí nunca gritar. No se peleó con nadie. Hablaba y hacía la paz en el mundo. Escribía y... otras cosas pasaban.

Por escribir fue a parar al cruel e ignominioso exilio de *Más Afuera*. Se ofendió el general de entonces y lo mandó retobado a la isla junto con agitadores pintorescos y sabios como Carlos Vicuña Fuentes. Allí meditó, perdido entre mareas sin nombre ni medida. No perdió la paciencia. Su prosa continuó lenta, suave, creando ambientes un tanto desleídos, personajes reacios a afirmarse en ninguna cosa, en ninguna parte. Decía, como Alberto Romero dijo de España, el mundo está un poco mal. Y escribía novelas, no muchas, historias de un barrio que nos saldría al encuentro algo más tarde, ni tan brillante como Manuel Rojas, ni tan irónico como González Vera, pero hondo, conmovedor, recio. Fue el precursor de Sepúlveda Leyton y de Nicomedes Guzmán. Qué duda cabe. Nadie lo dice. Ni los profesores ni los críticos. Y esto carece de importancia. Porque Eugenio González, quien presidía el jurado de ese Premio Nacional de Literatura que él mereció más que nadie, nunca pensó en glorificarse de ningún modo. Escribió sus bellos libros y simplemente los dejó un poco abandonados en alguna mesa de cierta casa que ya no solía visitar.

Sonriente y bondadoso, para mí tuvo siempre la imagen, el tono y el estilo del auténtico maestro. Quienes lo quería-

mos hubiésemos deseado que Eugenio González ambicionara ser Presidente de la República, cualquier cosa ¡todo! para haber votado por él. Lejos de eso, se preocupaba sólo porque nosotros progresáramos.

Siempre de negro, pálido y muy delgado, lejano, reservado, decidió un día dejar de almorzar y, en las tempranas horas de la tarde, recibía a sus amigos que acudían a su despacho a acompañarlo mostrando ansiedad, como si en el hecho de no comer vieran en don Eugenio un tremendo acto de heroísmo o de santidad yogui. Nada. Sencillamente era esa su manera de ser, de mirar y respirar. A la distancia, sin dejarse contaminar por la desesperada cultura de cuchillos y tenedores de sus colegas.

Con los años se fue retirando aún más, por las mismas razones que a otros los llevan al fragor de la batalla: conocía los límites de sus poderes, la frágil y efímera pasión de los combatientes a su alrededor. Pero, en vez de impacientarse y provocar desenlaces violentos prefirió guardar sabio y respetuoso silencio, defender su soledad con la tranquila fe de quien vivió para observar la ruina creciente con ligera sonrisa en los labios y profunda seriedad en los ojos. Rehusó levantar fronteras personales. Guardó la amistad de aquéllos que se iban cargando de presentimientos igual que él. Pudiera decirse que don Eugenio presidió la época de más claro humanismo de las universidades chilenas y, cumplida su misión, se retiró a esperar logros que nada ni nadie podían negarle.

F. Alegría: 4

Desapareció a tiempo. Apenas presencié el holocausto. Creo que volverá y oiremos otra vez su voz clara y armoniosa. Las puertas están abiertas.

MI DEUDA CON EUGENIO GONZALEZ ROJAS

Clodomiro Almeyda¹

Eugenio González no fue esencialmente un político. Su arquitectura espiritual, sus preferencias intelectuales y su sensibilidad lo llevaban a sumergirse en la vida y a ligarse existencialmente a ella a través de muchos otros lazos, que los estrictamente políticos.

Pero por eso mismo, por estar anclado en la vida tan profundamente, no podía sino vivir su tiempo. Y ese tiempo es sustancialmente político. De ahí que por ser un hombre que vivió en profundidad, no pudo sino comprometerse políticamente. No hacerlo habría significado que no vivió su tiempo, que se arrastró por las superficialidades de lo cotidiano sin penetrar en la densidad de la época, sin rozar lo más importante del contorno en el cual le tocó existir.

Abierto al mundo de sus años de la juventud —esos años 20 tan críticos y tan problemáticos, tan cargados de futuro—, Eugenio González experimentó en sí mismo el cruce y la fusión de las corrientes espirituales y políticas que por aquel tiempo signaban el momento político chileno, americano y universal.

En primer lugar se inscribe su personalidad política juvenil en esa tendencia avanzada, humanista y latinoamericana, que desde comienzos de siglo pugnaba por expresarse auténticamente a las nuevas generaciones del continente

1. Ex-Ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno del Presidente Allende, actual Secretario General del Partido Socialista de Chile.

con un sello de originalidad y de compromiso con lo nuevo y revolucionario que reventaba por doquier.

Como estudiante, se ligó Eugenio González a las corrientes anarquistas y libertarias que influían en las élites obreras y entusiasmaban a las juventudes idealistas. Allí radicaba el elemento utópico, de su formación política, aquello que lo empujaba directamente hacia arriba y hacia adelante.

A esa inclinación se unía su entronque con los pensadores que como Martí, Hostos, Rodó, Manuel Ugarte y otros le daban una dimensión latinoamericana y nacional a su protesta y a su proyecto de una nueva sociedad en estas tierras de América.

La Revolución Rusa, con todo lo grande y trascendente que un espíritu evolucionado podía distinguir en ella, como a toda su generación, le dio visos de realidad y de inminencia al alumbramiento de una era superior en la existencia humana.

Como intelectual que era —estudiante y luego profesor de filosofía—, no pudo Eugenio González menos que encontrar en el marxismo, el más idóneo instrumento teórico para insertar en una coherencia del pensamiento lo mucho de nuevo y sorprendente que iba surgiendo de la historia y de la lucha de los pueblos.

Todo este conjunto de influencias ideológicas y políticas se articulaban en una matriz espiritual e intelectual que reflejaba la tradición y la continuidad del pensamiento avanzado de las clases medias chilenas, en los primeros años del siglo. Matriz cuyos parámetros fundamentales lo eran la vocación democrática y libertaria, el laicismo y el anhelo de justicia social.

Si se analizan los ingredientes ideológicos que, sostenidos por distintos grupos sociales, contribuyeron a conformar el ideario del Partido Socialista de Chile, al nacer éste en 1933, advertiremos que todos ellos, cual más, cual menos, estaban presentes en el pensamiento y la posición de Eugenio González.

El elemento anarco-libertario, la teoría marxista, la

adhesión crítica a la gran experiencia soviética, la afirmación nacional y latinoamericana, y el trasfondo democrático antioligárquico, laicizante y racionalista del pensamiento avanzado chileno tradicional, fueron precisamente las materias primas ideológicas de las que se nutrió el Partido Socialista cuando emergió en la política chilena, sustentado por vertientes obreras y mesocráticas que en mayor o menor medida eran impulsadas por esas ideas.

No tiene pues nada de raro que Eugenio González fuera uno de los fundadores del Partido Socialista. Lo raro hubiera sido que Eugenio González no hubiera estado presente ese 19 de abril de 1933 en el que vio la luz el socialismo chileno, constituido en Partido.

Por lo demás ello no sólo se explica por la correspondencia entre los ingredientes ideológicos que conformaron al Partido al nacer, y aquéllos que informaban el pensamiento político de Eugenio González, sino porque ese acto suyo de constituir el Partido es también la lógica prolongación de su ya fecunda actuación política anterior.

Eugenio González en los comienzos de los años 20 fue un activo dirigente estudiantil, en aquel tiempo en que la Federación de estudiantes de Chile estaba a la vanguardia del movimiento popular y estrechamente unida a la clase obrera. Fue entonces cuando Eugenio González conoció e intimó con toda esa destacada promoción de dirigentes obreros que se formaron en la *Federación Obrera de Chile*, bajo la inspiración de Recabarren y que junto a los estudiantes participaron en recordadas jornadas de lucha por la libertad y la justicia. Con muchos de ellos años después fundaría el Partido Socialista y conviviría largos años en el Partido, simbolizando con ello la unidad entre obreros e intelectuales, base fundamental de toda organización política revolucionaria.

Cuando como consecuencia de la insurgencia de la oficialidad joven del Ejército el año 1924, en contra de los excesos de la politiquería y en favor de las demandas obreras y progresistas, siempre postergadas por la partidocracia tradicional, se abrió un breve período de renovación política

en los inicios de la primera Administración Ibáñez, González participó en las tareas organizativas del movimiento sindical, recién promulgadas las primeras leyes del trabajo.

Luego y cuando Ibáñez se volvió en contra del movimiento popular y devino en un dictador reaccionario, Eugenio González como tantos otros maestros progresistas sufrieron la persecución y el destierro. Todo iba anudándolo más con la lucha social y fortaleciendo su compromiso político.

Cuando el 4 de junio de 1932 un grupo de militares patriotas y progresistas, encabezados por Marmaduke Grove, junto a dirigentes obreros y políticos de avanzada se rebelaron contra el ineficaz y reaccionario gobierno del Presidente Montero, sostenido por la oligarquía tradicional, lo depusieron y fundaron una efímera República Socialista de Chile, Eugenio González ocupó la cartera de Educación en el gobierno revolucionario, y saltó así a la primera plana de la política.

Su participación en la fundación del Partido Socialista no fue pues, sino la secuela natural de su actuación pública el 4 de junio, fecha que preanuncia el nacimiento un año después de nuestro Partido.

Cuando después de muchos avatares la nueva organización, luego de un impresionante ascenso al fin de los años 30 y comienzos de los 40, cayó en una profunda crisis que casi produjo su desintegración definitiva, y una promoción juvenil encabezada por Raúl Ampuero se propuso levantar al Partido de su postración el año 1946, reivindicando lo mejor del Partido, de sus hombres y de su ideario, se buscó a Eugenio González para integrar al nuevo Comité Central que debía salvar al Partido y convertirlo nuevamente en herramienta idónea para liderizar las luchas populares.

Su actuación ponderada y firme, doctrinaria y responsable lo condujo luego el año 1948 a la Secretaría General del Partido. Allí llegó contrariando su propia voluntad, ya que González se resistió hasta el fin a asumir un cargo que lo desviaba de lo que a su juicio era su vocación natural: el magisterio, la filosofía y las letras. Fui yo durante ese período colaborador directo de don Eugenio en las labores

direccionales del Partido. Feliz azar ese para mí, ya que tuve ocasión de trabajar y convivir con él, pudiendo recibir de su lucidez intelectual y de su riqueza espiritual influencias positivas que para mí han sido determinantes no sólo en mi educación política, sino principalmente en mi formación cultural en general y en mi manera de ver las cosas y de vivir la vida, que tanto deben a esa etapa en que trabajé y acompañé a don Eugenio.

Ya antes había sido discípulo suyo, en mis estudios de Filosofía en el Instituto Pedagógico. Allí aprendí a conocerlo y a apreciarlo. Pero fue sobre todo en el Partido, y luego en su hogar, donde logré recibir de él lo mucho que le debo como hombre, como chileno y como socialista.

En 1949, Eugenio González llegó al Senado de la República. Allí durante ocho años ejerció un magisterio político trascendente. Su cultura y su superior visión de los acontecimientos hicieron de él en el Senado una de las más representativas voces de la izquierda, y desde luego del socialismo.

Desde el Senado, y sin abandonar sus preocupaciones políticas, retornó a la Universidad, donde llegó a ser en los años 60 primero Decano de la Facultad de Filosofía y luego Rector de la Universidad de Chile.

Culminó con ello su actuación universitaria y política. Desde las aulas y desde el Sillón de Bello, nunca dejó de trascender hacia la política a través de sus enseñanzas, de sus contactos con los jóvenes y de las relaciones estrechas que siempre mantuvo, matizadas por inflexiones amicales, con la dirigencia del Partido. Cooperó así eficazmente en el desarrollo del movimiento unitario de la izquierda que culminó con la creación de la Unidad Popular.

Como Salvador Allende, Eugenio González siempre supo articular adecuadamente su militancia socialista con su vocación unitaria. Y cuando aquél llegó en brazos del pueblo a la Presidencia de la República, no le restó su decidida cooperación, desempeñando hasta el trágico final de su gobierno el decisivo cargo de Presidente del Consejo Nacional

de Televisión, palanca fundamental en la pugna ideológica en uno de los más importantes frentes de la lucha social.

Los socialistas chilenos nos enorgullecemos de nuestro camarada Eugenio González, una de las figuras cumbres de nuestro Partido, fundador suyo, artífice responsable en su construcción, realizador de sus ideales y ejemplo de consecuencia y de lealtad al pueblo y a su causa.



LA NARRATIVA DE EUGENIO GONZALEZ ROJAS

Juan Armando Epple¹

A mi padre, que esperaba estas páginas sobre su amigo y compañero de generación.

1. *Eugenio González: la vida como pedagogía.*

Las décadas que van desde 1910, el año del Centenario, a 1930, en que comienza a hacer agua la primera dictadura militar que padece el país en este siglo (y que, sin necesidad de emparentarla con la de Primo de Rivera en España, bien podría ser recordada ahora como una “dictablanda”), constituyen a la vez un período de transición histórico-social y un momento precursor de las líneas básicas de la historia y la cultura chilena de este siglo.

En el plano histórico-social, el país se enfrenta a la crisis de un modo de producción y una estructura política que corresponde al dominio de una élite oligárquica que había dominado sin contrapeso el país desde la Contrarrevolución del 91, y cuyas esferas de dominio empiezan a resquebrajarse con el desarrollo de nuevos enclaves económicos (en especial el de la minería del cobre, adquiridos por empresas norteamericanas entre 1904 y 1914), que empiezan a modificar el ‘corazón’ económico del país y a reformular esas opciones de poder, y por la emergencia de la clase media y de los sectores proletarios, que comienzan a develar su

1. Doctor en Literatura, docente de la Universidad de Oregon, USA.

fisonomía distintiva en la vida nacional. Como un signo “claro y distinto”, diría la lógica cartesiana, del modo contrastante con que los distintos sectores nacionales “leían” su presente, habría que oponer tres modos de definir el país en 1910: el discurso presidencial de celebración del Centenario, con su versallesca salutación al Príncipe de Gales, símbolo de un poder imperial en retirada; el ensayo *Nuestra inferioridad económica*, de Francisco Encina, que buscaba acomodar la interpretación de la realidad a las nuevas relaciones de poder; y el texto de Luis Emilio Recabarren, *Ricos y pobres en un siglo de vida republicana*, que analizaba el pasado histórico y social del país desde una nueva perspectiva: la que nacía del análisis concreto de las condiciones actuales de un país que se enfrentaba precariamente al futuro, poniendo al desnudo la falsedad de los mitos ideológicos prevalecientes y formulando la conciencia inicial de una clase social que comenzaba a dar sus pasos distintivos en la historia nacional.

En el plano ideológico y político, los representantes más lúcidos de la oligarquía advierten con alarma que ya no pueden dirigir por aguas seguras “la nave del Estado”, e inician una “autocrítica” destinada a alertar a su clase para que readeque sus opciones de control político y de poder al nuevo rumbo de la historia, considerando a los nuevos grupos sociales que han surgido en el horizonte. Es la perspectiva que orienta el “estudio social” de *Casa Grande* (1908), de Luis Orrego Luco, donde la tesis del darwinismo social y el modelo estético de la novela experimental de Zola sirven para fundamentar, ideológicamente, la necesidad de imitar el esfuerzo de una clase media que aparece mejor preparada (en cuanto a capacidad profesional y voluntad de ascenso social) para sostenerse en un mundo donde priman los más fuertes. O el libro de Agustín Edwards *La fronda aristocrática* (1927), que enfrenta con nostalgia y recriminación los hechos que han llevado a la declinación del viejo orden.

La emergencia de los sectores de la clase media y la aparición de un proletariado cada vez más consciente de su situación de explotación y marginalidad, y de la necesidad

de organizarse para defender sus derechos sociales, es un hecho imposible de soslayar. Para el primer sector surge pronto un proyecto político destinado a enamorarlo, a cargo de Arturo Alessandri, cuya campaña populista del año 20 se orienta emocionalmente por ese “Cielito lindo”, que ofrece opciones encantatorias de participación en un nuevo rumbo nacionalista. En el segundo sector se empieza a reconocer el valor que tiene como fuerza de trabajo y a considerar con mayor detención (y preocupación) su fuerza social. La psicología de clase de la derecha elabora pronto para este grupo un mito encantatorio: el mito del roto. Ya en 1912, Nicolás Palacios había caracterizado en su libro *Raza chilena*, con una argumentación científica que lleva a sus extremos la utilización ideológica que se hacía a fines del siglo de las teorías científicas y sociales en boga, a este prototipo de la raza: mezcla étnica del araucano y del español (no del meridional, sino descendiente directo de los godos, que provenían de Alemania), su psicología, plasmada en las zonas duras y frías de ambos hemisferios, lo hacía impermeable a las veleidades temperamentales latinas, propensas a la rebeldía y el desorden. Trabajador, sufrido, fuerte, capaz de sobrevivir a los malos tiempos, a la vez orgulloso y ahuachado, diligente, sacrificado, heroico en las batallas, capaz de desempeñar con éxito todos los oficios (y de desplazarse, como patiperro que es, por toda la geografía nacional, desde el campo sureño a las minas del norte) es el arquetipo popular, criollo, del ‘self made man’ que propone la ideología liberal. Y sobre todo —a esto apunta la caracterización— es un trabajador individualista, que no cree (y no necesita) de los sindicatos ni de los partidos políticos. Nicolás Palacios, que escribe en un momento en que justamente están emergiendo las primeras organizaciones sindicales y se producen las primeras huelgas obreras organizadas (manuscrito bajo el brazo, asiste como testigo, desde un hotel, a la masacre de Santa María de Iquique, en 1907), señala expresamente que su argumentación está destinada a probar que el roto es, por constitución étnica,

temperamental y psicológica, un tipo que nunca va a aceptar ni promover concepciones socialistas.

Pero esta imagen ideológica del pueblo que se elabora desde una perspectiva reaccionaria, y que lo valora sólo como fuerza de trabajo, como naturaleza a la que es necesario darle la alimentación que requiere su esfuerzo físico (porotos) y regalarle los trajes pasados de moda (porque le gusta andar a pata pelá y con leva), es contradictoria con el trato real que se le da cuando este roto comienza a reclamar sus derechos. Entonces la imagen idealizada, esa "canalla dorada" de que hablaba Alessandri, se rehace negativamente, y las hilachas y el sombrero agujereado lo convierten en un peliento "botado a grande" (en los años de la Unidad Popular la derecha, que ha perdido imaginación, lo descalificará como "upeliento"), una amenaza que hay que reprimir.

Los sectores proletarios empiezan a constatar, desde comienzos de siglo, que para ellos no se canta ni el "Cielito lindo" ni otros himnos de circunstancias (en 1964 será el "Brilla el sol"), y a partir de su propia experiencia de clase irán aprendiendo que los paisajes celestiales de turno tienen nubarrones pesados y dramáticos y que el sol no es una gracia que se recibe desde arriba, sino que es un espacio de luchas concretas que hay que conquistar desde los propios pasos, leyendo en las sombras que marcan ese camino real.

Se trata de un aprendizaje histórico que tiene marcada algunas fechas que, cuando este pueblo conquiste su propio modo de hacer la vida (y su propio modo de leer el pasado) se habrán de rescatar como parte de la historia nacional: a comienzos de siglo es la masacre de los obreros del movimiento Semana Roja (1905), o el incendio de la Federación Obrera de Magallanes (1918), y después del triunfo de Alessandri (y del "Cielito lindo") es la masacre de la oficina salitrera de San Gregorio (1921), o la de los obreros de La Coruña (1925). Esta secuela represiva se contrarresta con el afianzamiento de las organizaciones sindicales y la constitución de los partidos obreros: en 1909 se funda la Federación Obrera de Chile, en 1912 se forma el Partido

Obrero Socialista, que luego se convertirá en el Partido Comunista (1922), y en 1933 se unifican varias agrupaciones socialistas para formar el Partido Socialista de Chile.

En este período de crisis de la sociedad tradicional, y de reformulación del rol histórico de los sectores sociales emergentes, se produce un acercamiento entre los grupos avanzados de la clase media y los sectores proletarios, que van a formalizar las primeras organizaciones políticas de izquierda. Acercamiento que no está exento de contradicciones ideológicas y culturales, que sólo los años de experiencia y las lecciones de la historia concreta irán superando.

En relación a la ubicación social y profesional de aquéllos que se van a destacar como líderes del movimiento de izquierda, se produce una especial convergencia: en el sector proletario, son los artesanos, los trabajadores de la imprenta, los zapateros (difusores del anarquismo), es decir, aquéllos menos susceptibles a la alienación que produce la división del trabajo, capaces de analizar, desde su particular experiencia, la totalidad del proceso productivo. Su formación cultural es autodidacta, y muchas veces la ubicación especial que tienen dentro del mundo productivo y social, en entidades que se desarrollan de modo más o menos autónomo, hacen que la "idea social" que abrazan y defienden se superponga con ímpetu idealista a las opciones reales de la historia. Es frecuente encontrar en este período a líderes cuya acción sindical y política y cuyas proposiciones no logran el apoyo masivo que buscan, terminando por atomizarse y dar origen a grupos aislados, con una acción de muy variada fortuna. Será a través de la unificación sindical (tarea prioritaria del dirigente obrero Luis Emilio Recabarren) y la formación de partidos políticos de masas, en que el partido empezará a cumplir su rol de entidad a la vez política y cultural básica, que las posibilidades de ejercer un peso decisivo en la sociedad y de impulsar con mayor fuerza los proyectos reivindicativos y de transformación social se ampliarán significativamente, y con resultados productivos. En el sector de la clase media, quienes van a integrarse con mayor facilidad a los nuevos proyectos polí-

ticos y sociales que emergen en el horizonte nacional son aquéllos que han tenido la posibilidad de insertarse en la vida colectiva y alcanzar una comprensión de la realidad en sus términos más amplios: los profesores (y en especial los profesores primarios, cuya actividad envuelve un contacto más estrecho con la población) y los estudiantes universitarios. Es significativo el rol que cumplió en este período, por ejemplo, la Federación de Estudiantes, que se convirtió en un semillero político y cultural de notable repercusión. La crisis de la universidad, fenómeno que se produce en la mayor parte de los países latinoamericanos, y que es la expresión sensible de la crisis de la sociedad, lleva a estos jóvenes estudiantes (muchos de ellos han llegado allí buscando una profesión liberal, con las expectativas que se le ofrecen a la clase media) a reformular sus opciones de realización personal en el marco de un mundo que se presenta inestable, socialmente inseguro. Y puesto que su inserción futura en ese mundo depende de los proyectos políticos (conservadores, reformistas o revolucionarios) que se impongan, el pensar la vida personal y profesional en términos políticos, esto es, integrada a un proyecto colectivo, se convierte en un requisito ineludible. La "politización" de las universidades, del estudiantado, ha sido siempre un fenómeno condicionado, no por el desarrollo ideológico gestado en su seno como hecho intelectual autónomo, que luego puede influir en la sociedad a la que esta universidad sirve, sino por la crisis de esa sociedad, de la cual la universidad es su expresión oficial, institucionalizada. Es sintomático el hecho que, durante el siglo XIX, y en algunos países hasta la década del treinta, el pensamiento latinoamericano de mayor relieve, pensamiento centrado en la crítica a la sociedad tradicional y a la búsqueda de nuevos proyectos históricos, se desarrolló al margen de la universidad. Es el caso de Sarmiento, Martí, Rodó, González Prada, Mariátegui, Martínez Estrada, etc.

Pero en las décadas que van de 1910 a 1930 América Latina asiste a la crisis y disolución de la sociedad oligár-

quica, crisis que no hace sino acentuarse con la depresión mundial del 29. En este contexto, naturalmente la universidad no puede ostentar más el papel de institución rectora de los destinos nacionales, ni menos ofrecer un camino de realizaciones a los sectores en su mayoría pertenecientes a las capas medias en ascenso, que han llegado a ella en busca de una especialización profesional. La lucha por la Reforma universitaria debía ligarse necesariamente a la reforma de la sociedad.

Encontramos aquí un fenómeno de crisis institucional resultante de las contradicciones propias de la fase de desarrollo del Estado "liberal-oligárquico", como la denomina Agustín Cueva¹, donde el tipo de estructura económica implantada excluye o dificulta la incorporación masiva de las capas medias a trabajos relativamente estables, como los ligados a actividades burocráticas, de servicios, o incluso de producción autónoma. Como señala Weffort:

"En estos países dependientes, estructurados en base a la gran propiedad dedicada a la exportación, los sectores medios no encuentran, en general, condiciones favorables para el ejercicio de funciones productivas autónomas. Así, no les resta alternativa de sustitución más allá de las actividades vinculadas al sector de servicios del Estado, funciones

¹ Vd. Agustín Cueva, *El desarrollo del capitalismo en América Latina* (México: Siglo XXI Editores, 1977). En relación a esta etapa, vista como una modalidad de desarrollo oligárquico-dependiente que se implanta entre 1870-1880 y que tiene distinta duración en el continente, el autor señala: "Entendemos por etapa oligárquica aquella fase caracterizada por el predominio de los "junkers" locales y la burguesía "compradora", en alianza con el capital monopolístico ubicado fundamentalmente en los sectores de la actividad primario-exportadora". Pág. 144.

Esta fase, caracteriza por un dominio exclusivo y ostensible de la oligarquía, se clausura en distintos países al producirse procesos políticos y luchas sociales, mediante una transformación de la estructura de la sociedad, generalmente en sentido capitalista (en esencia, señala Cueva "el cambio consiste en transformar la modalidad reaccionaria de ese desarrollo del capitalismo en una modalidad democrática y progresista", p. 148). Las modalidades concretas de la transformación, sus resultados, los fenómenos de involución posterior, difieren en el marco de cada país.

en última instancia dependientes de las vicisitudes por las que atraviesa la economía de exportación".²

El rol que desempeñan estas capas medias en esta coyuntura difiere en cada país, y naturalmente no está exento de contradicciones. Lo que interesa destacar aquí es el influjo que tienen los sectores universitarios en las luchas políticas del periodo:

"Diez años después de 1918, toda América Latina había sido envuelta virtualmente por la movilización estudiantil. El balance de una década de luchas era desigual. En algunos países, la Reforma había fructificado en la organización de un poderoso movimiento reivindicativo que, tras haber conseguido en muchos casos avances importantes en la democratización de la enseñanza, vivía, en general, una situación de reflujo; las estructuras de la sociedad no acompañaron, por medio de un proceso de transformación, a las luchas estudiantiles, de modo tal que esa avanzada de la revolución democrática liderada por la pequeña burguesía que fue la Reforma, quedó aislada. Tal fue, típicamente, el caso argentino. En otros países, el fracaso de la Reforma precipitó a los estudiantes a la lucha política de masas, y fueron líderes forjados en la actividad universitaria quienes organizaron los nuevos partidos: Haya de la Torre, al aprismo peruano; Oscar Credydt, al comunismo en Paraguay; Betancourt a Acción Democrática en Venezuela; Mella, al comunismo en Cuba. Sólo en el Uruguay —dejando de lado el caso mexicano— en donde las clases medias gobernaban desde las primeras décadas del siglo, la Reforma se integra, casi con naturalidad, al proceso político y los estudiantes logran una serie de conquistas aun sin presionar demasiado para conseguirlas".³

En Chile, la lucha por la reforma universitaria estuvo

2 Cf. Francisco C. Weffort, "Clases sociales y desarrollo social" (contribución al estudio del populismo), en Aníbal Quijano y Francisco C. Weffort, *Populismo, marginalización y dependencia*. Costa Rica: EDUCA, 1973, p. 67.

3 Cf. Juan Carlos Pontantiero, "El movimiento universitario de reforma universitaria", en *El Gallo Ilustrado*, suplemento dominical de El Día, México, 12 de septiembre de 1976, pp. 23. Citado por Agustín Cueva, op. cit. p. 161.

estrechamente vinculada a la compleja lucha política que se desarrollaba en el país, y pronto sus límites iniciales (la democratización de la enseñanza) fueron desbordados por las preocupaciones, más urgentes, centrales, que se debatían en el país. La Federación de Estudiantes tuvo en un momento el rango de una instancia política clave, que aglutinó al sector intelectual de avanzada del conglomerado estudiantil, y en muchos casos constituyó el puente de enlace entre las todavía difusas expectativas y sueños idealistas de esos jóvenes y su reformulación en el marco de la experiencia social otorgada por las agrupaciones sindicales y políticas a las que se integrarían. De allí saldrá un contingente destacado de futuros líderes políticos, como Salvador Allende, en Valparaíso; Eugenio González, en la Universidad de Chile; Santiago Labarca, los hermanos Gandulfo, etc. Por otra parte, en la revista *Claridad*, de la Federación de Estudiantes, aparecerán las primeras contribuciones literarias de Pablo de Rocka, Domingo Gómez Rojas, Julio Barrenechea, Juvencio Valle, Pablo Neruda, etc.

"La generación del año veinte", ya fuera de la universidad, perdió naturalmente esa cohesión que algunos después añoraron como un feliz tiempo romántico, ya idealizado en el "Himno de los estudiantes latinoamericanos". Sobre el "soplo eterno de eterna ilusión" se impuso la realidad política, las divergencias ideológicas, la integración a los proyectos de clase, las diversas opciones de inserción profesional en la vida social, etc. De los dirigentes estudiantiles que empezaron a destacarse en los bastiones de la universidad, algunos se transformaron en auténticos líderes del movimiento político-social de avanzada; otros se convirtieron en académicos y funcionarios, dedicados exclusivamente a la profesión que les ofrecía el Alma Mater.

Eugenio González (1903-1976) es, en este sentido, un caso de excepción en el grupo intelectual de izquierda, logrando desarrollar una valiosa trayectoria en el ámbito de la universidad a la vez que contribuía decisivamente a la consolidación y fortalecimiento político del Partido Socialista de Chile, del que fue uno de los fundadores. Su soste-

nida labor y entrega a esta doble tarea evidencia una preocupación constante por unir la experiencia social que permite y canaliza la vida política y la producción cultural (en este caso centrada preferentemente en el campo pedagógico), que puede desenvolverse en la universidad. Es el compromiso social entendido no como actividad parcializada, excluyente, sino como tarea que debe asumirse consecuentemente en todos los planos de la vida social, y en el caso del intelectual, es la necesaria relación entre la experiencia sensible de la historia que se obtiene compartiendo la vida social y política del país y la producción de un conocimiento, sea en la esfera científica, técnica, humanística o artística.

Al egresar del Instituto Nacional, Eugenio González ingresó al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, titulándose de profesor de Castellano. En 1922, como presidente de la Federación de Estudiantes, le tocó dirigir la lucha por la Reforma Universitaria y orientar la actividad estudiantil centrada en el campo político y social (actividad que posteriormente, con la institucionalización de una nueva concepción de la universidad que corresponde al período 1931-1968) se conoció como "extensión cultural". En 1968, siendo rector de la Universidad de Chile, se retira para dejar paso a un nuevo movimiento de reforma universitaria, que esta vez corresponde a una nueva etapa histórica, tarea que Eugenio González entendió que correspondía a la nueva generación. Las razones de su renuncia al cargo, más que a una situación coyuntural de poder dentro de la universidad, habría que buscarla en ese texto (análisis y despedida) que resume su experiencia y comprensión de la universidad en la etapa en que estuvo ligado a ella, y en especial el capítulo "La universidad es una coyuntura revolucionaria".⁴ Eugenio González tiene, en la historia

4. La lucha por la reforma universitaria, en el período 1920-1930, culminó con la elección de una Asamblea Constituyente y la elaboración de un Proyecto de Nuevo Estatuto Universitario, promulgado el año 1932, cuando Eugenio González era Ministro de Educación. El proyecto reflejaba las aspiraciones democráticas de los sectores de la clase media, fundamentalmente, y en general concebía a la universidad como instancia orienta-

de la universidad chilena, el mérito de abrir y cerrar una etapa de su historia, y de hacerlo con una conciencia lúcida de sus posibilidades y limitaciones para participar productivamente en lo que entendía era un importante frente de trabajo.

En 1927 (habiendo egresado de la Universidad dos años antes, justamente cuando se promulga la Constitución Política del año 1925, que rige oficialmente el esquema político del país hasta el golpe militar de 1973), es nombrado secretario de la Dirección del Trabajo, pero al iniciarse esa secuela de golpes y contragolpes que marcan la fisonomía conflictiva del período, su derrotero personal es extremadamente variado (y, como comentaba después, inicialmente rico en experiencias): prisionero político en 1928, en que fue desterrado a la isla Más Afuera, profesor del Instituto Barros Arana en 1929, profesor del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile en 1931, (donde el ímpetu en la lucha por la reforma universitaria estaba notoriamente ligado a la caída de la dictadura de Ibáñez); Ministro de Educación durante la República Socialista de 1932, que duró doce días y que fue derrocada por la dictadura de Dávila.⁵ A partir de ese año, y específicamente luego del

dora de un proyecto de desarrollo nacional. El movimiento que se inicia en la década del sesenta, y cuyos primeros resultados comienzan a manifestarse en el período de la Unidad Popular, corresponde a una etapa distinta, y está ligado a un proyecto de transformación de la sociedad orientado fundamentalmente por los sectores de izquierda.

5. En esta breve gestión ministerial, los cambios propuestos desde el gobierno iban más allá de las tímidas propuestas de reforma bosquejadas en el claustro universitario. Sobre este aspecto del programa intentado entonces, Casanueva y Fernández señalan: "La política educacional y cultural que se esbozó tuvo un carácter reivindicativo y visionario ya que procedió a la reposición en sus cargos de los profesores expulsados por motivos políticos por los gobiernos anteriores; se devolvió su calidad de alumnos universitarios a los que fueron también expulsados por decisión arbitraria del Consejo Universitario; se buscó la reorganización total de la universidad, democratizando la generación del poder al delegar su autoridad máxima en un Consejo compuesto de profesores, alumnos y egresados elegidos por sus respectivos estamentos; se intentaría la reforma sobre la base de comisiones paritarias de alumnos y profesores para aplicar los cambios, ya que "el movimiento social de los universitarios ha repercutido con particular intensidad entre los pueblos de nuestra raza, porque él se relaciona con nuestra condición de países semicoloniales en el terreno de la economía y la cultura. La generación presente tiene el deber de impulsar

retorno al régimen constitucional, que se inicia con la segunda elección de Arturo Alessandri, desarrolla una valiosa labor en el campo político y educacional, con aportes significativos en los dos frentes de trabajo: fue miembro fundador del Partido Socialista, en 1933; Ministro de educación en el gobierno de la República Socialista en 1932; en 1948; contratado por el gobierno de Venezuela para participar en la reorganización del sistema educacional de ese país, a la caída de la dictadura de Juan Vicente Gómez, en 1939; miembro del Comité Central del Partido Socialista en 1947, y elegido Secretario General de su partido en 1948-1950⁶; elegido senador por Santiago en el período 1949-1957; Director del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile en 1957; decano de la Facultad de Filosofía y Letras de esa universidad en 1959, y rector de la Universidad de Chile desde 1963 a 1968.⁷

Su trayectoria, es fácil constatarlo por la información precedente, ejemplifica una actitud de compromiso que liga la participación política, entendida como participación

nuevas formas de vida y organización (El Mercurio, 2 de junio de 1932)". Cf. Fernando Casanova y Manuel Fernández, *El Partido Socialista y la lucha de clases en Chile* (Santiago de Chile: Editorial Quimantú, 1973), pág. 86.

6. Eugenio González asume la dirección del Partido Socialista en un momento difícil, cuando un sector minoritario, fuertemente anticomunista (el sector Ibáñez-Rossetti), es expulsado por colaborar con el gobierno y apoyar la dictación de la Ley de Defensa de la Democracia; en 1949 este grupo se adueña del nombre del partido, y la tendencia de mayoría pasa a llamarse, temporalmente, Partido Socialista Popular. En este período el partido Socialista afianzará su línea de independencia política y de búsqueda de una cohesión del movimiento obrero, contribuyendo a la formación de la Central Única de Trabajadores.

Como contribución teórica al desarrollo del pensamiento socialista en Chile debemos destacar dos textos de Eugenio González: "El socialismo frente al liberalismo" y "Fundamentación teórica y programa del Partido Socialista", reeditados ambos en la recopilación de Julio César Jobet y Alejandro Chelén, *Pensamiento teórico y político del Partido Socialista de Chile* (Santiago de Chile: Editorial Quimantú, 1972).

7. En relación a la labor universitaria de Eugenio González, Astolfo Tapia publicó, poco antes de fallecer, un texto titulado *Personalidad universitaria de Eugenio González* (Santiago de Chile: Editorial Nascimento, 1980). En este texto, el profesor Astolfo Tapia, por razones explicables, debió soslayar cuidadosamente las referencias a la vida política del ex-rector de la Universidad de Chile. El libro reproduce uno de los últimos textos de Eugenio González sobre la universidad, escrito en 1968: "La Universidad de Chile y su responsabilidad nacional".

activa en la vida social y en las luchas y proyectos de cambio que se dirimen en la sociedad, a la labor intelectual desarrollada profesionalmente en la universidad. La primera, base que proporciona la experiencia necesaria para entender la sociedad no como abstracción, sino como realidad viva y cambiante; la segunda, posibilidad de dotar de significación a esa experiencia, proyectando esa comprensión de la realidad en una tarea universitaria centrada en el esfuerzo por readecuar la institución a las necesidades sociales del país, entendiendo la universidad como una institución histórica, cuya función básica es desarrollar críticamente el conocimiento y proyectarlo en la sociedad como elemento transformador, en sentido progresista. La lucha por la autonomía universitaria, la libertad académica, la democratización de la universidad y la planificación de la enseñanza, adecuando el sistema educativo a las necesidades del desarrollo nacional, que constituyó la preocupación central del período en que desarrolló su labor universitaria, corresponde a una etapa en que la universidad readecía sus funciones (a partir del influjo de la propia dinámica social), canalizando los imperativos de cambio social de los sectores progresistas que se han incorporado a ella.⁸

Eugenio González pudo mostrar con claridad tanto en

8. Eugenio González destacó, en varios de sus textos sobre el problema universitario, que las transformaciones que se discutían en la institucionalidad de la educación superior estaban necesariamente ligadas a la transformación de la sociedad, y que la institución debía abrirse receptivamente a las necesidades de cambio del país. La universidad, en este sentido, la concebía como una instancia de recepción de los proyectos de cambio y de acción solidaria con esos procesos:

"La democratización de la enseñanza superior sólo será efectiva cuando se democratice realmente la educación nacional en su conjunto y esto sólo será posible cuando se modifiquen las estructuras básicas de la sociedad y del Estado (...) También se puede entender la democratización de nuestra universidad en sentido distinto. Por su índole de institución estatal, ella debe servir activamente al pueblo que la sustenta. La ciencia y el arte que en ella se cultivan no pueden ser privilegio y regodeos de intelectuales y estetas, apartados de los sobrecogedores problemas de un mundo en crisis..."

En relación a la labor estudiantil, no es de extrañar que la haya destacado como un factor básico, dinámico y particularmente valioso en esta necesaria relación entre la Universidad y el mundo social:

"Hay que tener presente, sin embargo, una realidad: la rebeldía estudiantil en muchas universidades del mundo —por motivaciones circuns-

sus formulaciones políticas como en sus escritos sobre el problema de la universidad (trabajos que requerirían de una atención especial por parte de quienes estudien la evolución institucional de la universidad chilena), y desde su doble experiencia personal, que las opciones de cambio del sistema institucional dependen de los cambios que se gesten en la base social. Y lo hizo no solamente a través de una formulación teórica, sino refrendando esa convicción en una práctica de vida. Como pedagogo, mostró en su trabajo y su compromiso diario que el conocimiento no es sino la formalización productiva de la práctica social, que es convertir a la vida colectiva, a la historia, en la base más segura de toda pedagogía verdadera.

2. *Dos etapas en la formalización del neo-realismo en Chile.*

En las décadas del veinte y treinta comienza a desarrollarse en Chile (fenómeno que también ocurre, con variaciones específicas, en los demás países latinoamericanos) una nueva corriente literaria preocupada por destacar, temáticamente, las características del mundo social presente, corriente que se ha denominado comúnmente “realismo social”.

Para la crítica y la historiografía literaria formalista, ha resultado un difícil problema el poder deslindar las diferencias estéticas entre esta nueva expresión realista y el

tanciales diversas— es sólo uno de los tantos fenómenos reveladores de una crisis histórica en la que se están definiendo nuevas formas y valores de la vida humana. Ha surgido tanto en sociedades políticamente libres y prósperas como en sociedades agobiadas por la opresión y la miseria. Curiosamente, los estudiantes europeos y norteamericanos, hasta hace poco tiempo conformistas en su rigurosa tradición, parecen estar adquiriendo la conciencia política y el sentido social que han caracterizado, desde hace décadas, a los de nuestra América Latina.

Nos parece altamente plausible que nuestros estudiantes tengan serias inquietudes políticas y sociales. Por lo demás, las han tenido siempre, y a través de su Federación, han actuado como factor dinámico del progreso nacional. Preocupándose de los problemas públicos y promoviendo el cambio social, se han sustraído a las limitaciones espirituales de una formación sin base humanista y demasiado especializada que, por natural consecuencia, pudo inclinarlos a un concepto mezquinamente utilitario de su ejercicio profesional”. Vd. “La Universidad de Chile y su responsabilidad nacional”, en Astolfo Tapia, op. cit. pp. 95-96 y 97-98.

naturalismo finisecular (puesto que hay, en muchas de estas obras, un claro remanente de las concepciones deterministas que orientaban los “estudios sociales” de la novela naturalista), y explicar por otro lado la coexistencia de tipos de novela “regionalista”, “criollista” y obras centradas en la vida social urbana. Es evidente que ni la clasificación y periodización centrada en el plano formal, en los “estilos” literarios, ni en el plano temático, contenidista (que hacen el catastro de grupos como la novela “del campo” de “la ciudad”, “de la sierra”, “del indio”, “del mar”, etc.) pueden explicar satisfactoriamente el fenómeno.

La concepción de la historia de la literatura como una evolución de “escuelas” o “estilos” artísticos producidos por la actividad intelectual del hombre, y que generan una determinada historia cultural, tiende a soslayar el hecho de que toda producción intelectual es la expresión sensible de la experiencia del hombre en la sociedad, esto es, que está condicionada por una realidad histórica específica. Las distintas formas en que se expresa la cultura de una sociedad no pueden considerarse como entidades dotadas de una sustantividad propia, y generadora de su propia historia, como una práctica “libre” de toda otra determinación que no sea la del campo específico de la cultura, sino que es el modo de representación, la específica producción literaria, en que se articula la experiencia social del artista.

El problema consiste en explicar y definir, atendiendo a la particular relación que existe entre la vida social, la ideología y la producción artística, cuáles son las representaciones sociales, las ideas e imágenes que forman la materia básica que se articula en el lenguaje artístico, y el sentido que tienen en tanto proyecto estético que formaliza una visión del mundo. No se trata de ver en la literatura un mero calco de la realidad o de reducirla a un simple planteamiento ideológico, sino de considerar la compleja relación dialéctica entre realidad y representación artística. La producción literaria es una actividad específica de conocimiento del mundo, cuya formalización se identifica con un sistema socialmente determinado de ideas, imágenes y representa-

ciones que constituyen la "visión del mundo" del escritor, y que se modela a partir de una conciencia ideológica, pero sin que la obra sea reductible a sus meros contenidos ideológicos. Es una práctica en la *ideología*, pero que puede trascenderla en la medida en que no opera sólo en el nivel de las ideas o representaciones conceptuales *sobre* la sociedad, sino en el plano de la representación sensible de una experiencia en la sociedad.

En relación a la incidencia que tiene la lógica de los procesos sociales y la ideología en el desarrollo literario, Francoise Perús señala:

"En algunos momentos, esta relación con la ideología se manifiesta de manera clara, cuando determina región o tendencia ideológica imprime abiertamente cierto carácter a la literatura: carácter "moral", "religioso", "filosófico", "político", "social", etc. En otros, tal relación se torna opaca cuando, gracias a uno de sus típicos efectos de coartada, la ideología actúa sólo de manera implícita, subterránea produciendo en los propios escritores la ilusión de una práctica exclusivamente "estética", por fin "liberada" de sus proyecciones "extraliterarias" (...) Basta, pues, con concebir a la ideología no sólo como un sistema explícito de ideas conceptualmente articuladas, sino, en un sentido más amplio, como una matriz socialmente determinada de representación y percepción del mundo en todos sus niveles y dimensiones, para ver cómo ella incide en múltiples planos de la producción literaria. Instancia estructural que articula "vivencias", "percepciones" y "sentimientos" y confiere, por lo tanto, significación y sentido social a la experiencia "personal" del escritor, la ideología es también la encargada de definir qué espacios de lo "vivido" merecen ser "literaturizados" y en qué forma, determinando así no solamente la conformación primaria de la materia sobre la cual han de ejercerse las prácticas literarias, sino también el *proyecto* general de elaboración artística de dicha materia.

Tal proyecto, así como la concepción de la literatura que él supone, no es pues un mero efecto de la dinámica

interna de tal o cual género, "estilo" o "corriente", ni el resultado exclusivo de ciertas influencias "externas", como a menudo se cree al interpretar el desarrollo de la literatura latinoamericana, por ejemplo; y tampoco se origina ese proyecto en el sólo propósito "conservador" o "renovador" de determinado escritor o grupo de escritores. Aunque todos estos factores obviamente intervienen, lo decisivo en última instancia es siempre la función que la estructura social y las distintas coyunturas históricas asignan a la literatura, señalándole tareas, direcciones y campos problemáticos que cristalizan justamente en forma de "proyectos". El mismo índice de eficacia de la dinámica interna de cada género, "corriente" o "estilo", así como de las influencias "externas", varía en función de las diferentes estructuras y coyunturas; y el propio papel de lo "individual" (la "originalidad", por ejemplo) en la producción literaria está socialmente regulado. Por eso puede decirse que la esfera literaria, relativamente autónoma por su misma especificidad, y poseedora de determinada "tradición" en cada situación concreta, no tiene sin embargo una *historia propia*, es decir, una lógica intrínseca capaz de explicar las líneas fundamentales de su movimiento histórico. La lógica de su desarrollo no es, en última instancia, otra cosa que la historia de las determinaciones sociales que rigen los procesos de producción y reproducción de la literatura, incluyendo entre estos últimos los mecanismos de promoción/represión institucional, la labor llamada "crítica" y los demás efectos de la ideología sobre "el gusto", la educación y la formación de "públicos".⁹

El realismo social se desarrolla en América Latina en un momento de transición de los sistemas socio-políticos que ponen en evidencia la fractura de un orden tradicional, descubriendo a la vez zonas geográficas y sociales que irrumpen en la fisonomía del país poniendo en cuestión la imagen oficial de la nación. El realismo social comienza a hacerse cargo de esta realidad como realidad problemática, desta-

9. Francoise Perús, *Literatura y sociedad en América Latina: el modernismo* (La Habana: Casa de las Américas, 1976), pp. 39-41.

cando centros de interés que corresponden a aquellos estratos de la sociedad —y sus zonas— donde la contradicción entre la imagen oficial de la nación y la realidad es más notoria y, de por sí, más significativa: el mundo indígena en Bolivia, Ecuador y Perú (donde se desarrolla esa forma del realismo social que es la literatura indigenista), el mundo del sertao en Brasil, la realidad social urbana (con la formación de una clase proletaria) en Argentina y Chile, etc. Pero así como las tres obras ejemplares de la “novela telúrica” difieren en la perspectiva ideológica con que presentan la oposición entre civilización y barbarie, la nueva tendencia realista no está exenta de contradicciones ideológicas en relación al modo como se perciben y se definen los ámbitos de la realidad representada.

En primer término, lo que estas obras ponen de manifiesto es una voluntad descripción de las situaciones conflictivas del mundo social objeto de atención, en un momento en que estas realidades surgen desnudamente en la fisonomía nacional, y requieren ser conocidas y explicadas. Para entender la forma que adopta esta novelística habría que tener presente ese momento histórico y las coordenadas de comprensión de lo real que pone en tensión: es un período de crisis que hace surgir abruptamente una zona del mundo hasta entonces negada u oculta, la más significativa de las cuales es la presencia social de los grupos dominados, vistos anteriormente como simple naturaleza o dócil fuerza de trabajo, realidad que los escritores van a mostrar con esa dimensión inmediata con que se enfrentan los fenómenos que son, en sí, “nuevos”, es decir, describiendo y documentando los signos palpables, reales, de la historia. Es una relación de inmediatez en que los contenidos, los asuntos, tienen para el escritor un peso mayor que el de las formas culturales o “estilísticas” provistas por la tradición para definirlos estéticamente. Sin olvidar que esta tradición, especialmente en lo que respecta a la novela, aún le asigna a la literatura una función cognoscitiva, ideológica o política asumida explícitamente como perspectiva de ordenación de lo narrado, en tanto que la atención a los “valores autóno-

mos” de la representación artística y la valoración de la literatura como obra de lenguaje, acentuando sus aspectos de “novedad” formal, responde a un estadio posterior de la evolución social e histórica de América Latina, donde la instauración de pautas culturales que tiende a desvincular la “originalidad” individual, etc.), responde a una concepción exclusivamente estéticos de los valores de uso, y prestigiando una “novedad” que se desarrollaría exclusivamente en la zona autónoma de la “creación” (las “nuevas” generaciones, la “originalidad” individual, etc.), responde a una concepción predominante distinta del arte y la cultura, también históricamente condicionada.

Como señala Agustín Cueva, explicando el carácter documental, “utilitario”, de esta novelística, donde esta concepción de la forma resulta casi una dimensión “natural” de un contenido, “en una fase de transición como la indicada los mecanismos de explotación eran absolutamente visibles dada la presencia de formas brutales de acumulación originaria, prolongación inhumana de la jornada de trabajo, aumento de la intensidad de ésta por los métodos más bárbaros, procesos diversos de supeditación formal, vigencia de todo género de coacciones extraeconómicas amén de los profundos desarraigos y “contrastes” ideológicos y culturales que en tales condiciones ocurren inexorablemente.

Todo esto está recreado de manera clara en la literatura social de la época, pero no es esta evidencia la que quiero subrayar aquí. Lo que me interesa poner de relieve es que tales procesos históricos generaban un *espacio de verosimilitud* para una literatura en que se mostrara, como en la realidad, la trama infraestructural de la sociedad, con sus mecanismos básicos de explotación y opresión al descubierto como una llaga viva.

Aparentemente “esquemática” cuando se la lee con la distancia generada por el desarrollo ulterior del capitalismo, esa literatura no lo era, por lo tanto, en el momento y en las condiciones sociales en que fue producida. Las coordenadas de la percepción de lo real eran entonces distintas; esa “otra realidad” a la que se refiere Adoum sencillamente no existía.

y la supuesta "esencia barroca" de América Latina tampoco había nacido, ya que el precapitalismo mal podía contemplarse borrosamente y desde lejos a sí mismo; estaba demasiado vivo como para aparecer con una dimensión "mágica" o "mítica", con el charme legendario que sólo adquieren las formas ya abolidas. En fin, esa misma "alma" que hoy parece estar ausente del realismo social no es otra cosa que el espesor ideológico-cultural creado posteriormente por el capitalismo, con sus formas psíquicas correlativas".¹⁰

También habría que considerar en qué medida, en ciertos momentos de tensión histórica, de resquebrajamiento o ruptura de los fundamentos más o menos seguros del mundo, la literatura, y en especial la narrativa, adquieren una funcionalidad predominantemente documental, a veces testimonial, encauzando la necesidad urgente de dar cuenta de los nuevos parámetros de la realidad, en un nivel de representación primariamente reproductivo, y donde suelen imponerse esquemas de comprensión rescatados de otras experiencias, de otras formulaciones ideológico-culturales. Es decir, momentos en que la necesidad de constatar lo dado como realidad se impone a las posibilidades de transformar eso dado en significación diferenciada, en conocimiento productivo. En la tradición literaria española, por ejemplo, encontramos en la picaresca un panorama prolijo de los rasgos factuales de la crisis de la sociedad imperial de la época, una realidad que no logra interpretar cabalmente la comprensión teológica del mundo que le impone el narrador. Me refiero específicamente al Guzmán de Alfarache. O el desfase que hay, en muchas obras de la época del descubrimiento y la conquista de América, entre las realidades del Nuevo Mundo y la precariedad de los esquemas ideológico-culturales (y literarios) que los autores tienen a mano para interpretarlas. Y en momentos críticos de este convulsionado mundo latinoamericano, encontramos una literatura impelida a volver a una función documental y testimonial, saltándose tradicio-

10. Agustín Cueva, "En pos de la historicidad perdida". (Contribución al debate sobre la literatura indigenista del Ecuador), *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, N. 7-8. (1978), pág. 25.

nes y estilos consagrados, buscando definir un estilo que es siempre aprendizaje histórico, y con lecciones discontinuas, que no pueden parangonarse con otras literaturas que se suelen ponderar como modelos imitativos. Es notorio, y explicable, en este sentido, el rango documental y testimonial que se impone necesariamente en la literatura, frente a experiencias históricas de cambio (contrastante, por cierto) como son la novela de la revolución mexicana, la novela de la "denuncia" en Colombia, la literatura de la revolución cubana, la literatura chilena post-golpe, etc. Si analizamos este fenómeno desde la perspectiva del proceso de formalización significativa de la experiencia que se canaliza en la literatura, podemos ver en este tipo de obras un acercamiento inicial, inmediato, a una nueva realidad, un acto de descubrimiento y relación destinado básicamente a constatar y describir los nuevos términos del mundo. En esto reside su funcionalidad, y a la vez explica sus límites. Cuando se reclama una falta de hondura y complejidad en la representación, se está exigiendo que la obra cumpla un tramo que, cabalmente, aún no puede dar, puesto que para elaborar una imagen completa y acabada de ese mundo (mundo en ciernes), convirtiendo la experiencia en producción significativa, se requiere haber vivido esa realidad como un proceso ya decantado: es decir, ese proceso histórico tiene que estar ya constituido como tal.

En las primeras obras del realismo social, es frecuente encontrar, por ese imperativo de explicar coherentemente los datos del mundo narrado, una inadecuación entre los contenidos del mundo y los supuestos ideológico-culturales que lo formalizan. En algunos casos, la nueva realidad social es explicada a partir de las concepciones deterministas que prevalecían en el Naturalismo, es decir, imponiendo una visión del mundo que corresponde a los cánones ideológico-culturales de la tradición anterior, con el agravante de que esa concepción naturalista había sido reformulada, en los autores más destacados del naturalismo hispanamericano, desde una perspectiva ideológica muy diferente a la de Zola. En otros, a la inmediatez del mundo narrado, al dinamismo

fresco de una realidad descrita en su íntimo dinamismo, se le impone una proyección abstracta del futuro, visualizado en un socialismo que proviene de lecturas doctrinarias o postulados teóricos que se han formulado a partir de otras experiencias contemporáneas, y que en estas obras se insertan como una verdad meramente declarada, que no surge verosímilmente como significación del mundo representado. Hecho que es, históricamente explicable, puesto que aún no se había constituido, en estos países, una tradición social y cultural proletaria.

En la literatura chilena, podemos discernir en estas décadas dos momentos del realismo social. Uno que se constituye a partir de la década del veinte, en que surge una literatura que se caracteriza por incorporar temáticamente diversas zonas de la realidad social, tanto del campo, como del mundo urbano, y en este último sector espacial de la costa, centrándose indistintamente en el mundo marginal, el del proletariado emergente y, con mayor penetración, en los conflictos de la clase media, pero desde perspectivas ideológicas divergentes. Y otro que surge después de la experiencia histórica del triunfo del Frente Popular del año 38, y al que justamente ese proyecto histórico le otorga coherencia en tanto proyecto estético distintivo.¹¹

No resulta fácil distinguir y clasificar estas dos etapas. Incluso, a partir de un esquemático criterio generacional, hay autores que han propuesto diferenciar una generación del 20, del 30 y del 38. El problema surge al constatar que varios autores que inician su carrera literaria antes del 38, y el caso más significativo es el de Luis Enrique Délano (1904), se adscriben al proyecto social y cultural de la generación del 38, en tanto que otros escritores que se consideran de una generación anterior, como Daniel Belmar (1906), Gonzalo Drago (1906) o Juan Godoy (1911), comienzan a publicar después de 1940.

¿Qué es lo que diferencia, entonces, al grupo de escri-

11. Cf. Luis Iñigo Madrigal, "La novela de la generación del 38", *Hispanérica* 14 (1976): 27-43. Luis Iñigo Madrigal analiza en este trabajo la "pragmática" de esta generación, es decir, el sentido de su proyecto estético.

tores realistas de las décadas del 20 y 30 de la generación del 38? Indudablemente el criterio diferenciador no puede establecerse a partir de la edad de los autores ni de las fechas de publicación de sus obras. Creemos que la diferencia —y naturalmente los límites nunca son diáfanos, considerando que esta literatura está formulando sus opciones de conocimiento del mundo en un tiempo histórico que es experiencia común— reside básicamente en el modo de definir esa experiencia y transformarla en proyecto estético.

El realismo social anterior al de la generación del 38 se caracteriza por buscar los rasgos inmediatos de una realidad que se presiente inestable, confusa, contradictoria, donde la necesidad de transformación y conquista de un mundo digno es más un sueño que un proyecto colectivo de raíces seguras. Es una literatura en que la constatación de lo dado no va acompañada de la virtualidad de la transformación que anhelan los personajes. Los protagonistas se alzan como entidades aisladas, propuestas como orgullosa negación al orden tradicional, pero cuya peripecia deviene siempre en historia aislada, marginal. Generalmente, un aura fatalista termina por sancionar sus trayectorias. Es una literatura que busca y propone nuevas identidades en un mundo confuso y aplastante, pero sin que esas identidades encuentren una carnadura social, colectiva, que permita definir las en tanto proyección histórica de una humanidad nacional.

Fernando Alegría, al caracterizar esta nueva tendencia realista que supera al naturalismo y al criollismo (ambos orientados por una concepción muy precisa del hombre y la sociedad), destaca el propósito de búsqueda de una nueva identidad "íntima", "esencial", del hombre en que esta nueva literatura que se mueve "en las fronteras del realismo":

"Es decir, que cuando no bastó ya nombrar las cosas para hacer poesía, se buscó el atributo de las cosas en su relación trascendente con el hombre. La literatura chilena se movió entonces, en una zona sin fronteras, engañadora, mágica. Materia clara o brumosa, pero siempre inconstante, a la búsqueda de mano escondida, igualmente imprecisa. He aquí la clave de las tres grandes generaciones de escri-

tores que produce Chile en la primera mitad del siglo XX. Entre la realidad y la superrealidad, como quien dice entre la vigilia y el sueño, se persigue la imagen que habrá de individualizarse en el mundo contemporáneo".¹²

En la primera promoción de escritores neorrealistas se destacan Carlos Sepúlveda Leyton (1894-1944), autor de *Hijuna* (1934), *La fábrica* (1935) y *Camurada* (1938), Jenaro Prieto (1889-1946), autor de *El socio* (1929), Alberto Romero (1896), autor de *La viuda del conventillo* (1930), *La mala estrella de Perucho González* (1935), etc. Juan Marín (1900-1963), autor de *Paralelo 53 Sur* (1936), *Viento Negro* (1944), etc., Rubén Azócar (1901-1965), autor de *Gente en la isla* (1938), Marta Brunet (1901) autora de *Montaña adentro* (1923), *Humo hacia el sur* (1946), etc., Lautaro Yankas (1901), con *Flor Lumao* (1932), *El cazador de pumas* (1947) y otras obras, Juan Godoy (1911), con *Angurrientos* (1940), Daniel Belmar (1906), autor de *Roble Huacho* (1942), *Coirón* (1950) y *Los túneles morados*, Gonzalo Drago (1906), autor de *Cobre* (1941), *Purgatorio* (1951), *Una casa junto al río* (1946), Diego Muñoz (1904), autor de *Carbón* (1953), Eugenio González (1903-1976), además de Enrique Espinoza, Benjamín Subercaeaux, Ricardo Latcham, Manuel Gandarillas, Jacobo Danke, Luis Merino Reyes, José Santos González Vera, etc.

Estos escritores, indudablemente, abren las fronteras de lo que tradicionalmente era literaturizable en Chile. Pero en muchos casos la búsqueda de esa nueva "identidad" del ser nacional se detiene en el reconocimiento de nuevas zonas geográficas y sociales, hasta entonces no tocadas por la tradición. Pero se trata de una apertura geográfica y social que debe contentarse con límites parciales. Estas limitaciones no podrían achacarse sólo a la limitación de la mirada y la conciencia histórica del escritor, sino que habría que recordar, una vez más, que en definitiva esa esencia que se busca en toda literatura es, precaria y visionariamente, virtualidad histórica.

12. Fernando Alegría, *Las fronteras del realismo*, La literatura chilena del siglo XX (Santiago de Chile: Editorial Zig-Zag, 1962), pág. 13

Los escritores de la generación del 38, en cambio, emergen a la vida literaria teniendo como experiencia primigenia el proyecto de cambios políticos y sociales que canaliza el Frente Popular, y su obra se caracteriza por la voluntad de definir los valores sociales y culturales de ese proyecto histórico.

En la obra de esta promoción (Fernando Alegría, Guillermo Atías, Volodia Teitelboim, Francisco Coloane, Oscar Castro, Luis Enrique Délano, Leoncio Guerrero, Manuel Guerrero, Nicomedes Guzmán, Reinaldo Lomboy, Andrés Sabella, Oscar Castro, Baltazar Castro), la búsqueda de esa identidad "esencial" del hombre tiene la oportunidad de formularse a partir de una experiencia histórica precisa, de por sí "nueva". Esto, explicablemente, afecta tanto a los contenidos de las obras (en que los personajes dejan de ser entidades aisladas para proponerse como figuras típicas de un complejo proceso colectivo) como al sentido general de la representación, en que es marcada una voluntad de totalización, de caracterización del mundo como totalidad coherente.

Esta ampliación del punto de vista narrativo y la coherencia de los relatos aparece sostenida por una cohesión ideológica que estaba recién en germen en la narrativa anterior, y que ahora puede formularse con la seguridad que da el sentirse participando en una historia en proceso de transformación. Es esta conciencia ideológica y esta voluntad de integración a un proyecto histórico-cultural definido lo que caracteriza distintivamente a la generación del 38, cohesionando verosímelmente el sentido de la representación estética y los sueños de transformación de que son portadores los personajes, sueños o ideales que se sostienen ahora como virtualidad histórica.

Volodia Teitelboim, al analizar posteriormente las circunstancias en que emergió esta promoción de narradores, señalaba:

"La mayoría de sus componentes frisaba entonces los veinte años y se precipitó a la vida civil y literaria bajo el torbellino sonoro del Frente Popular. Chile ya no sería más objeto, sino sujeto de la historia. Los aprendices de escrito-

res pusimos algo de nuestra alma en esa lucha y nos sentimos parte del pueblo. Nos impulsaba un ansia apasionada y vaga de cambiar la vida nacional, de dar al obrero y al campesino y también al escritor y al artista un sello de dignidad bajo el sol, de crear una atmósfera donde la poesía ocupara una silla dorada en el proscenio. Queríamos imponer escalas de valores en que la inteligencia, el espíritu de sacrificio por la belleza, el pueblo y el país desplazaran al gobierno podrido de los opulentos, espiritualmente exhausto, inculto, mediocre y vacío. Fueron sueños dichos en voz alta. Ahora está acallado ese bullicio aturdidor. Muchas de las flores de ese año de primavera quedaron enterradas en el tiempo antes de que alcanzaran a dar fruto.”¹³

En oposición a la narrativa anterior, centrada exclusivamente en la descripción de lo dado como realidad inmediata, en ésta hay un “sueño”, un proyecto de futuro que ordena esa realidad de otro modo.

Al hacer esta distinción, no estamos proponiendo simplemente que esto garantice una literatura cualitativamente superior¹⁴; sólo indicamos un aspecto —el de la ideología— que contribuye a caracterizar distintivamente a la producción literaria en tanto proyecto estético.

El valor que tuvo el período frentepopulista como eje central de la experiencia histórica y cultural de la generación del 38 se reafirma cuando, una vez terminado ese ciclo de la historia y los sueños nacionales, los mismos integrantes se sienten impulsados a re-evaluarlo desde la perspectiva actual (la de la década del sesenta, en que se inicia otro período histórico, esta vez teniendo como fuerza protogó-

13. Volodia Teitelboim, Intervención en el “Segundo Encuentro de Escritores”, *Atenea*, Universidad de Concepción, N. 380-381 (1958).

14. La narrativa chilena de mayor relieve y profundidad, hasta la década del sesenta, ha sido producida por autores con un ostensible distanciamiento respecto a los proyectos estéticos de grupos o generaciones, y desde una posición de extrañamiento respecto a los valores consagrados por esta tradición. Es el caso de Manuel Rojas, por ejemplo, una de las figuras más destacadas de la novela chilena contemporánea, y luego de Carlos Droguett. Es una obra que, centrada en figuras socialmente marginales (y marginadas), hacen del rechazo a lo estatuido el fundamento de una búsqueda que cuestiona sistemáticamente las precarias bases de la realidad oficial.

nica a la clase que entonces era presencia emergente): en 1964, se publican tres libros que analizan la experiencia del 38, el de Fernando Alegría, *Mañana los guerreros*, el de Luis Enrique Délano *El rumor de la batalla* y el de Guillermo Atías *A la sombra de los días*.

3. La narrativa de Eugenio González: una literatura de transición.

La breve producción narrativa de Eugenio González tiene como período de publicación la década del 30. Si bien no es una literatura destacada desde el punto de vista estético, excepto su novela *Noche* (1942), que alcanza una estimable calidad, su análisis nos permite poner de relieve algunas constantes del período inicial del neo-realismo, aquella producción que emerge antes del movimiento político-social del Frente Popular.

Es una obra que se ubica en el momento de transición del naturalismo, que se clausura en los años 20 en el país (el año de la publicación de *El roto*, de Edwards Bello) y la consolidación del realismo social.

Las aguas divergentes de estas dos expresiones estéticas agitan problemáticamente las opciones de representación artística de este autor.

La novela naturalista, sustentada en la concepción de la literatura como documento social (generalmente, las obras se definen explícitamente como estudios sociales), y donde el relato ocupa el lugar de la historia, el estudio sociológico o el análisis psicológico, es la expresión de una concepción del hombre y la sociedad fijada de antemano en la perspectiva omnisciente del narrador, portavoz de una verdad supuestamente científica a partir de la cual se ordenan rigurosamente los datos de la realidad. Estos “estudios sociales” están destinados a definir, con un criterio de verdad positiva, las características del mundo natural y social, objeto de estudio por parte del autor. Pero la diferencia fundamental entre el proyecto estético del naturalismo francés y el que se desarrolla en los países hispanoamericanos

reside en la diferente perspectiva ideológica con que se postula esta "verdad". En la mayor parte de las obras naturalistas de estos países, es perceptible una clara utilización ideológica de los fundamentos "científicos" que avalan la verdad de la representación, destinados a mostrar las amenazas que se perfilan en el horizonte nacional para los sectores tradicionales que detentan el poder, exigiendo una nueva actitud de lucha para preservar esos valores tradicionales: la amenaza no reside en los cambios inhumanos que ha producido el capitalismo, como en las obras de Zolá, sino en la aparición de fuerzas negativas, racial y socialmente, que se manifiestan en los grupos inmigrantes en Argentina, en los campesinos de Venezuela o México, o en los grupos ascendentes en Chile. El naturalismo no describe, con simpatía y estremecimiento vagamente socialista, la aparición del "cuarto estado" que incorporó Zolá a la literatura, y mal puede hacerlo ya que históricamente esta clase social no está constituida como tal en Latinoamérica, pero presiente su emergencia y la hace objeto de una cauta llamada de atención.¹⁵

En Chile el rechazo al determinismo positivista, que es la expresión de la desconfianza ante la escala de valores predominantes a fines de siglo y sus esquemas de interpretación de la realidad, comienza a darse justamente a partir de 1910, la fecha a que aludimos al comienzo de este trabajo. Ese año se funda el grupo de Los Diez, dirigido por Pedro Prado, que reclaman una libertad poética sustentada en un repliegue autosuficiente de la intimidad. Posteriormente, en 1928, se inicia una polémica entre criollistas e imaginistas, donde Salvador Reyes, en el prólogo al libro de Luis Enrique Délano *La niña de la prisión y otros relatos*, y luego Domingo Meffi, en su artículo "Panorama literario chileno" (*La Nación* de Buenos Aires, 1929) definen una nueva actitud estética en la narrativa, caracterizada por el rechazo

15. Sobre este tema, puede verse mi artículo "La novela naturalista en América Latina", *Cuadernos Universitarios*, 6, Universidad de San Carlos de Guatemala (1980), y "Cuatro autores naturalistas de América Latina", Ph. D. thesis, Harvard University, 1980.

a las concepciones naturalistas y su confianza en la representación documental de la realidad exterior y la búsqueda de una "realidad trascendental" que estaría en la esfera "interior" del hombre, búsqueda que se efectuaría bajo el signo de un nuevo espíritu creador, más abierto y libre. De hecho, lo que se manifiesta es un repliegue inicial al plano de la interioridad, repliegue que se explica porque los parámetros de la realidad histórica han perdido sus bases sustentadoras.

A partir de allí, aquellos escritores que no cortan los lazos con la realidad, como Pezoa Véliz en la poesía, Luis Enrique Délano, Alberto Romero, Manuel Rojas, Juan Godoy, Gonzalo Drago, Eugenio González, en la narrativa, buscan nuevos derroteros para dar cuenta de la complejidad y los conflictos de la historia presente.

En la obra de Eugenio González se advierte una especial preocupación por revelar la dimensión íntima de aquellos estratos sociales y humanos que la tradición literaria aún no ha destacado en su dinamismo actual: el mundo lumpen, el proletariado emergente, y en forma especial la crisis de valores de la clase media. Pero, tanto en sus novelas como cuentos, esos sectores aparecen como entidades separadas, y su obra aparece así como una radiografía que sectoriza diversas zonas de un cuerpo social, sin que se alcance una suma comprensiva del mundo nacional como totalidad. El mundo que se define, en cada caso, es entonces un mundo aislado, donde los personajes buscan superar sus limitaciones existenciales, pero terminan siempre prisioneros de barreras que no pueden comprender cabalmente.

En la perspectiva narrativa —y esta es quizás la principal contradicción ideológica de esta novelística de transición— hay una notoria actitud de búsqueda de un fundamento humano para la conflictiva realidad de los seres que habitan cada sector del mundo, con simpatía y comprensión hacia sus problemas, pero a esta actitud se superpone una concepción determinista del mundo, no definida explícitamente como doctrina sino como una especie de remanente ideológico al que se acude para definir el sentido de la

realidad y explicar una condición humana que parece no tener salida. En otras palabras, a esta amplitud realista de la representación, al develamiento de las circunstancias históricas del mundo presente se le impone un modo de comprensión de lo representado basado en premisas ideológico-culturales que corresponden a la tradición anterior. Quizás la desorientación inicial que resulta de la crisis mundial del año 1929, con fuertes repercusiones en el país, unido al fracaso de la breve experiencia socialista del 31, expliquen en parte este sentimiento de frustración y desilusión que se advierte en muchas obras del período, donde el mundo novelado aparece envuelto en una aura de fatalismo, con una clara ausencia de una proyección de futuro en las acciones y sueños de los personajes, que levantan precariamente una humanidad permanentemente defraudada.

La primera novela de Eugenio González, *Más Afuera* (1930)¹⁶, fue escrita a petición de algunos amigos que lo estimularon a que diera forma narrativa a su experiencia de prisionero político desterrado a la Isla Más Afuera, cuando la dictadura de Ibáñez persiguió y encarceló a los dirigentes de los grupos opositores.

Alberto Romero, entonces periodista en un diario capitalino, fue desterrado en esa ocasión al sur, a Puerto Aysén, y su testimonio y requisitoria burlesca contra la dictadura fue editado en 1931, como *La novela de un perseguido*.¹⁷ Pero el texto de Alberto Romero es sólo una crónica factual de su experiencia personal, un recuento de hechos e impresiones que no se propone dotar al relato de una dimensión novelesca, buscando una interpretación significativa del mundo narrado.

Eugenio González elige, ante lo dado como experiencia, no el relato cronístico de su experiencia personal y su situación de preso político, sino el mundo aledaño que descubre de pronto ante sus ojos, el submundo del lumpen cuya realidad es tanto o más dramática y opresiva que la

16. Eugenio González, *Más Afuera* (Santiago de Chile: Nascimento, 1930).

17. Alberto Romero, *La novela de un perseguido* (Santiago de Chile: Nascimento, 1931).

del duro mundo proletario, y que ni siquiera es reconocida como parte del cuerpo social. Un mundo que está más allá, más abajo, que el mundo obrero y campesino incorporado a la literatura por Baldomero Lillo en *Sub-terra y Sub-sole*.

El relato está dispuesto como una crónica donde desfilan y desaparecen, sin dejar huellas, diversos personajes que forman un conglomerado humano, un remedo degradado de sociedad marginal, cuyas historias parecen configurar una suerte de fatal involución. Cada preso tiene tras sí, como única experiencia, una historia de miserias y delitos que termina por encarnarse en la constitución biológica:

“Había rostros imberbes, jóvenes, y rostros de hombres maduros en el delito, pálidos y aviesos, y rostros de ancianos en los cuales la albura de las canas semejava un sarcasmo de pureza. Y todos se parecían como hermanos porque la herencia de la miseria, las adversidades de la aventura y las noches trágicas del hampa, les había impreso, desde niños, sus rasgos fatales” (p.30).

La Isla-cárcel, como una metáfora de un mundo aislado, que reitera sus notas de tedio y desesperanza, cerca una realidad geográfica y humana que el narrador describe con adjetivos donde predomina lo sombrío, taciturno, áspero, gris, monótono, etc. El horizonte físico del mar, siempre violento y gris, está siempre presente, pero como una promesa irónica de libertad que nunca se alcanza.

El narrador destaca a algunos personajes, refiriendo sus pobres peripecias anteriores a la llegada a la Isla y deteniéndose un momento en su situación presente, en sus actos diarios y sus conflictos íntimos. Algunos, como El Chute y Camañiñi, representan la contradicción extrema entre los sueños de libertad y la muerte anónima que llega, como destino piadoso. Otros, como Elías, El Chinito, el “maestro Endeiza”, el Tuerto, Quiquirihuevo, ponen de manifiesto una cerrazón vital en la que emergen, como resortes instintivos, pequeñas odiosidades, intrigas, peleas, sueños difusos, un mundo que se reduce día a días a extremos animalescos.

Lo que en cierto modo le otorga unidad y propone un sentido a esta obra inicial de Eugenio González es ese pro-

ceso de involución que se manifiesta en ese mundo cerrado, en ese infierno monótono rodeado de mar. La obligada reducción a un estadio a-social, es decir, la separación de estos hombres de su habitat humano natural, origina un proceso de involución que los precipita fatalmente a un estadio animal:

“Vivir de ese modo no era en verdad vivir. (...) Para aquella torva multitud el mundo se había reducido y era sólo una pequeña planicie, afirmada contra altos cerros de piedra, frente a un paisaje de mar, cielo e invierno. La vida verdadera se hacía interior, imperceptible. Por debajo de los hechos habituales se cruzaban las pasiones más hondas, las más siniestras, y estrujaban las entrañas con furia silenciosa que no tenía desahogo.

¡Ah, qué destino! Miserias que se amontonan, angustia que no tiene calma, instintos sórdidos que se revuelven sin tregua” (p.168-69).

Ese proceso de involución está marcado por las acciones de algunos personajes cuyos nombres resultan simbólicos: los instintos asesinos de El Lince, en la primera parte de la obra, y la sórdida escena final, donde El garrapata sacia sus instintos sexuales con un animal, al mismo tiempo que le hunde el cuchillo. Pero la representación más significativa de esta involución a un estadio animal es la figura del “Perpetuo”, un idiota harapiento que vaga permanentemente por el poblado, indiferente a todo lo que no sea encontrar un mendrugo de pan.

En la descripción de este mundo de pesadilla están ausentes las motivaciones y explicaciones sociales. Lo revelado como realidad sólo es descrito en sus términos factuales, en que el narrador mira y le da forma narrativa a lo que ha descubierto. El único concepto a mano para explicar las constantes de ese mundo es una categoría abstracta: el concepto de destino.

En las obras posteriores este concepto vuelve a aparecer, pero refiriéndose como imposibilidad histórica de transformación de la realidad. Es decir, más que el determinismo abstracto, son las condiciones sociales, y especialmente el

peso de una tradición ideológica y cultural desfasada de las condiciones reales de la existencia presente, las que impiden sobreponerse a lo dado como vida individual y colectiva y convertir el inconformismo y la rebeldía en actos productivos, con una proyección de futuro.

La segunda novela, *Hombres* (1935)¹⁸, está centrada en el mundo obrero de los años treinta, y restrictivamente en un grupo anarquista que se propone transformar el descontento social y la rebeldía de las masas en fermento revolucionario, para llevar adelante una transformación radical de la sociedad.

El marco temporal de la narración es un mes de tensiones sociales y políticas en la capital, desde el inicio de una huelga reivindicativa de los obreros de la industria del calzado, a la que se pliegan en solidaridad otros sindicatos, hasta la derrota del movimiento huelguístico.

En torno a este proceso frustrado el narrador hace coincidir las figuras del grupo anarquista que sueña con convertir la huelga en revolución, definiendo la trayectoria personal de cada uno y los impulsos, de origen diferente, que los llevan a actuar en la organización anarquista.

Lo primero que se hace evidente es la distancia entre la experiencia concreta del mundo proletario, sus organizaciones y sus opciones de lucha, y esta pequeña cofradía que se propone dirigir y orientar el movimiento a partir de un impetuoso programa de acción dirigido por un impreciso “ideal político”, claramente ultraizquierdista.

El grupo está formado por algunos trabajadores independientes, continuadores de la tradición anarquista de fines del siglo XIX, y por estudiantes de la clase media o de familias acomodadas para quienes el ideal revolucionario es una promesa de aventuras, de cumplimiento de sueños románticos, de transformación radical de unas opciones de vida demasiado tradicionalista y monótona.

Resulta sintomático que, mientras el movimiento huelguístico se produce en una fábrica de calzado, el centro de

18. Eugenio González, *Hombres* (Santiago de Chile: Editorial Ercilla, 1935).

reunión de este grupo revolucionario, donde se exponen las teorías sociales y se planifican las acciones políticas, sea la casa de un zapatero.

Este distanciamiento, a la vez distanciamiento histórico, social y político, esta inadecuación entre las condiciones y opciones del presente histórico y las formulaciones y proyectos que elabora este grupo desde una orgullosa posición de “avanzada”, convierten naturalmente sus sueños en derrotas personales. Y a partir de esto, en muchos de ellos la visión idealizada del pueblo se transforma rápidamente en una visión negativa, terminando por calificarlo como masa dócil, sin conciencia, incapaz de superar una supuesta “fatalidad” que las condena a un destino de opresión.

En este sentido, la novela busca definir una contradicción ideológica que ha sido frecuente en la experiencia política de los sectores ultraizquierdistas, cuando “los extremos se tocan”: esos puentes que van del idealismo utópico, de la formulación de un proyecto de sociedad en la que está ausente el pueblo como creador de su historia, a las concepciones reaccionarias que lo ven como simple naturaleza condenada a mantenerse siempre en las mismas condiciones de miseria. La imposibilidad de que se adecúen al sueño abstracto de futuro que elaboran desde una concepción idealista del mundo los hace reformular esa realidad social como producto de una noción también idealista, su cara negativa: la “fatalidad”, o el “destino”.

Esta situación básica, que es la que define existencialmente las trayectorias frustradas de los personajes de la obra, está unida a un motivo literario que presenta el autor como situación destacada, mostrando el real efecto político que tienen las acciones del grupo en el mundo social del período. Es un motivo, también usual en la experiencia histórica, que se encuentra ya en una de las primeras obras de Galdós, *La Fontana de Oro*: es el que podríamos llamar “el agente reaccionario” o “la acción radical al servicio de la reacción”.

En el grupo anarquista hay un personaje que estimula la política de “acción directa” de los revolucionarios (sus

ataques a los partidos Socialista y Comunista, motejados de tradicionalistas, cuando no de “traidores a la causa de la revolución”, sus planes para poner bombas destinadas a asustar a la burguesía y a las organizaciones sindicales que no se pliegan a la huelga, su búsqueda de nuevos adeptos decididos a abrazar “la causa”, etc.) y que resulta ser un agente de la policía política del gobierno. La política de “acción directa” —y esto lo entiende con claridad la reacción— es la mejor justificación para las medidas represivas con que se desbarata el movimiento huelguístico.

Al centrarse en las vidas y las motivaciones personales de este sector marginal del mundo del período, la perspectiva de la narración se hace necesariamente parcial, y desafortunadamente el mundo proletario es visto desde afuera, como una presencia en la que se presiente un dinamismo y una humanidad a la espera de una voz cabal que lo represente. Pero al parecer la urgencia del asunto que noveliza el autor, y que sin duda constituía un problema significativo en la vida político-social de esos años, limita su representación y deja esa zona básica del mundo en un plano distante, con una fisonomía apenas delineada.

Pero a la vez, al no destacar claramente las diferencias entre este sector revolucionario, su confuso y frustrado proyecto de cambios, y la experiencia histórica real que vive el pueblo, y el modo en que esa experiencia se transforma en proyecto colectivo, esa noción fatalista que es resultado de la perspectiva ideológica de los personajes termina tiñendo, indiferenciadamente, la visión de ese pueblo momentáneamente derrotado por los patrones y por los falsos líderes.

La novela termina mostrando una contradicción, pero sin descubrir ningún camino potencial de cambio:

“La culpa era, en realidad, de todos, es decir, de nadie. Los soñadores de la revolución, puestos en el torbellino de los hechos, habían calculado mal la potencia humana de las masas que pretendían dirigir. Las habían considerado como entidades abstractas, colmadas de virtudes absolutas, con las cuales es posible trazar de antemano, como quien

resuelve un problema matemático de fuerzas, la dirección de los acontecimientos, el sentido inmediato del porvenir.

Pero las masas eran humanas, susceptibles tanto de la pasión como del desaliento y, sobre todo, abrumadas por un instinto casi animal, de la fatalidad. Apáticas, castigadas ¿quién podría despertar en ellas el anhelo místico que hace superior a los desfallecimientos de la carne, al derrotismo de la voluntad, que no percibe la alentadora proximidad del triunfo? (p. 163).

La colección de cuentos que publica en 1940, con el título *Destinos*¹⁹, señala un cambio en la zona social que será objeto de atención narrativa por parte de Eugenio González: esta vez es el mundo de la clase media chilena. En efecto, la mayoría de estos relatos, dispuestos como una simple "tranche de vie", es decir, que capturan un momento en la vida de seres que arrastran una existencia monótona, oscura, con breves encuentros potencionadores de cambio personal que resultan simples ilusiones defraudadas, corresponden al mundo social de los oficinistas, estudiantes, jubilados, secretarias, empleados de empresas pequeñas, etc.

Estos relatos no tienen, en verdad, la hondura y complejidad de una obra acabada, suficientemente configurada como producción estética, sino que representan ejercicios de acercamiento a una zona del mundo social que será tratada con mayor rigor y consistencia en su última novela. Es el primer intento de acercarse al mundo interior de la clase media chilena en ese período: y en ese intento lo que busca poner de manifiesto es su sino antiheroico, la crisis de valores que arrastra, su patético vacío. Uno de estos relatos, el titulado "Una mujer", aparece como el germen narrativo del tema que desarrollará en su novela *Noche* (1942)²⁰, sin duda la más lograda del autor.

En "Una mujer" se narra el encuentro fortuito de un agente viajero, un hombre de clase media que arrastra una

19. Eugenio González, *Destinos* (Santiago de Chile: Editorial Ercilla, 1940). Incluye los siguientes relatos: "Sueño de verano", "En la noche", "Una vida", "La tonta", "La broma", "Una mujer".

20. Eugenio González, *Noche* (Santiago de Chile: Editorial Orbe, 1942).

existencia opaca, sin ideales, con un vago inconformismo frente al que no encuentra salidas salvadoras, con una muchacha atractiva e inteligente que está de paso en un hotel. Entre ellos se establece una relación amorosa muy espontánea, y este encuentro parece ser la posibilidad más auténtica de romper con el pasado y darle un sentido nuevo a los pasos presentes. Pero el protagonista destruye ese puente liberador con su obsesión por conocer el pasado de la muchacha, y en especial al tratar de darle una explicación tradicionalista a los actos de la amante, incapaz de aceptarla tal como es. Ella, herida por esta falta de confianza, lo abandona. Esta posibilidad de rehacer la existencia, de darle un sentido con esta entrega a una pasión que viene provista de los signos de ruptura y superación de las convenciones oficiales, se destruye irremisiblemente.

En la narrativa de los años veinte y treinta, las obras que se centran en el mundo de la clase media tienen un interés especial. Sin duda el hecho de que la mayoría de los autores son justamente de este estrato social les permite revelar con mayor perspicacia los conflictos íntimos y la crisis del sistema de valores que se manifiesta en ese estrato de la sociedad. En general, estas obras presentan personajes cuyas opciones vitales se escinden radicalmente entre el sueño idealista, inalcanzable, y la sórdida realidad que orienta sus pasos. Esta escisión da origen, en algunos casos, a una peculiar estructura narrativa, que muchos han valorado como formas de un vanguardismo temprano. Seres de existencia social fronteriza, aislados de la sociedad tradicional y a la vez distanciados del mundo de la clase obrera, esta marginalidad los lleva a buscar una autenticidad vital que a menudo se sustenta en la unión, irrealista, de las categorías objetivas y la subjetividad: realidad y fantasía, vigilia y sueño, cordura y locura. El ostracismo ante lo dado como realidad cotidiana, el rechazo a los parámetros establecidos, la búsqueda solitaria de un fundamento existencial que reemplace a eso dado que se rechaza, y finalmente la locura como expiación, constituyen derroteros que se perciben en varias de estas obras. Para dar unos ejemplos: en

Ecuador aparece la notable obra *Débora* (1927), de Pablo Palacios, y en Chile la novela *El socio* (1928), de Jenaro Prieto.

Pero este irrealismo es, todavía, una floración aislada.

Noche presenta la historia de un joven de clase media, que luego de obtener su título de profesor, y deseando escapar de un destino mediocre, monótono, donde el futuro tiene una fisonomía aparentemente pre-establecida, como cotidianidad banal, decide irse a un pueblo de provincia esperando encontrar otros alicientes en un medio que imagina más joven y más auténtico. Pero esa búsqueda mítica del Sur (un motivo muy poco desarrollado en la narrativa chilena, que ha preferido, sugestivamente, el viaje opuesto) se frustra desde los primeros días en el pueblo que ha elegido. El mundo provinciano repite, a escala reducida, y con rasgos más notorios, los signos degradados del espacio capitalino.

Lo único que se destaca, con una extraña vitalidad anti-conventional, en ese medio gris y chabacano, es una muchacha que vive en la pensión donde está Alfredo. Esta muchacha, Aura, atrae la atención del muchacho, y despierta lentamente sus deseos de vivir una pasión auténtica.

El núcleo narrativo central de la obra es la relación que establecen los dos jóvenes, que parecen reconocerse como individualidades dispuestas a ignorar los parámetros convencionales del mundo.

Sin duda, lo más notable de la novela es la caracterización de Aura, una figura inusual en la narrativa chilena, que representa una voluntad de emancipación personal que rompe con los cánones pacatos con que se veía a la mujer en la literatura anterior. La muchacha se ha destacado en la vida pueblerina por una actitud que el común de la gente comenta con extrañeza, sorna y admiración: una vida amorosa desprejuiciada, en que ha aceptado y rechazado a varios amantes, sin sentirse afectada por la opinión de los demás.

Para ambos, el encuentro es la posibilidad de fundar una relación humana liberada de las ataduras al mundo tradicional, una especie de fundación adánica en que el mundo, lo presentado como verdad íntima, se rehace a partir

del sueño personal de liberación, y donde se funde a la vez la relación física y espiritual. Los dos muchachos han tenido un aprendizaje humano donde el amor se reducía al plano físico, a la entrega esporádica que luego se olvidaba, dejando una sensación de vacío interior que agudizaba la necesidad de buscar a la persona capaz de ir más allá del encuentro momentáneo, es decir, capaz de compartir un proyecto de vida.

La sensación de enfrentarse a una reducción extrema del horizonte social y cultural, y donde los valores tradicionales del país y de la clase se revelan como pobres banalidades, sin posibilidades de transformación, incitan a un proceso de búsqueda de la autenticidad que se retrotrae al espacio personal, que vuelve las espaldas al mundo colectivo, a lo que es historia en sentido básico, valorando como único principio fundador de un nuevo modo de existencia la relación interpersonal, la comunión física y espiritual entre dos solitarios. Esto implica necesariamente una negación tanto del mundo geográfico como histórico donde prevalecen los valores que se rechazan, y el único camino es la huida y el ostracismo. E implica también el rechazo al pasado histórico y personal, la valoración del presente individual y la reducción del futuro a un proyecto que se sostendrá, precariamente, en esa relación interpersonal, futuro que se cancela o se rompe cuando uno de los dos polos de la pareja desaparece. Este es precisamente el trayecto que se describe en la novela.

La ley de estructura del mundo narrativo aparece como una oposición entre el día y la noche: el primero representa el orden cotidiano, degradado, inauténtico, el espacio donde los personajes deben sobrellevar la vida social; el segundo es el espacio íntimo; donde anidan los impulsos primarios y los sueños, donde el hombre revela su verdadero rostro, descubriendo sus obsesiones y sus opciones de modificar el horizonte que vuelve a revelarse a la salida del sol.

Este proceso de huida es, necesariamente, un proceso de enajenación, que la novela presenta con notable coherencia, Alfredo, a la vez que se aleja con Aura hacia el Sur,

para vivir en la zona de los lagos (ese territorio de inmigrantes donde, aparentemente, la vida social puede reconstituirse con otros valores, forjados a partir del trabajo individual diario, en contacto con una geografía que recién está siendo dominada por el hombre), se aísla de la colectividad a la que está atado por relaciones de clase y de trabajo, la clase media que vive en función del Estado. Es la contradicción que le sigue pesando en un Sur que no tiene los rasgos míticos con que soñó difusamente. A la vez que vive con Aura como pensionista en la casa de una familia alemana, que les garantiza un mundo interpersonal aislado de la sociedad, y donde la familia anfitriona es el ejemplo de un proyecto de vida desligado de la sociedad nacional, trabaja en una escuela fiscal donde las relaciones sociales son, naturalmente, similares a las que existen en los lugares donde vivía antes. Es decir, el conflicto sigue latente, y al romper una vez más con el mundo social al que parece inexorablemente atado, peleando con el director de la escuela y abandonando su trabajo, el único derrotero que tiene esta enajenación es la locura y la muerte.

Hemos dicho que Aura representa, para el protagonista, el sueño de una autenticidad vital fundada en un encuentro adánico, que debe rechazar el pasado y rehacer una existencia donde el único fundamento es la relación hombre-mujer. La muchacha, expresamente, le ofrece esta opción cuando le dice que para ellos el pasado no debe existir, y que el único mundo posible que pueden fundar es el que construyan ellos a partir de su presente concreto.

Pero el muchacho está permanentemente obsesionado por conocer el pasado amoroso de Aura, y la imagen de sus amantes anteriores, que sugestivamente son un poeta que reiteraba, en el medio provinciano, la tradición romántica, y un oficial del ejército, rondan como fantasmas en su mente, al punto que cuando la abraza cree que son ellos los que siguen poseyendo a Aura.

Finalmente, se produce una inversión de las categorías del mundo: el mundo cotidiano que esperaba construir, el día futuro, se aleja como un sueño imposible, sin la posibi-

lidad de un territorio físico que conquistar ni un núcleo de relaciones humanas que compartir; y el espacio nocturno, el de los sueños, es dominado por estas figuras del pasado, que le dictan el paso final de la enajenación. Una noche Alfredo, imaginando que es el militar el que está poseyendo a Aura, la asesina y luego sale a la calle, esperando que llegue el día para olvidar un mal sueño. Pero al llegar el día, desaparece en las calles, que en su locura tienen la fisonomía borrosa e intemporal de la noche.

Esta inversión de planos, con la confusión entre las categorías de la realidad y la de los sueños, está presentada con notable verosimilitud en la novela, es decir, como un resultado predecible de la dinámica del mundo interior y los conflictos de que es portador el protagonista.

Los lectores familiarizados con la literatura hispanoamericana actual se sentirán tentados por sugerir alguna comparación con la novela *Aura*, de Carlos Fuentes. Pero es indudable que el parecido lejano, en este caso, tendríamos que establecerlo forjando hilos que se afirman más en la coincidencia aislada que en relaciones de la historia literaria. Es una tentación que por ahora habría que dejar en el Aura: en *Noche* el protagonista destruye ese futuro idealista que es Aura imponiéndole el pasado (la historia) que ella ha rechazado, y la confusión de los planos de la realidad tiene una explicación social y psicológica, presentando un mundo donde el vuelo imaginativo se afirma en la tradición de la novela realista; en *Aura*, de Carlos Fuentes, la mujer es el pasado viviendo en el presente, una presencia sin edad que impone, como condición del mundo actual, la categoría ideológica y estética del irrealismo.

Las obras de Eugenio González representan, a nuestro juicio, las opciones emergentes de una literatura que se desarrollará y se reformulará con una orientación ideológica y estética más definida en la tradición posterior.

Es una literatura de transición en el sentido que se abre hacia un mundo social en que aparecen distintos sectores definiendo conflictos y modos de existencia específicos. La insularidad de estos mundos, que explicablemente el autor

presenta en novelas distintas, es el modo en que se formula estéticamente un proyecto de representación de la realidad histórico-social del país en un momento en que la sociedad chilena está en crisis, sin que se definan históricamente las opciones de transformación que forja idealistamente cada grupo social oprimido. Al centrarse, separadamente, en el mundo marginal del lumpen, el mundo obrero y el mundo de la clase media, lo que hace el autor es describir esa sociedad como "totalidad extensiva", usando el término de Lukacs, sectorizando los espacios sociales tal como aparecen en un período determinado de la historia nacional. La perspectiva central, en este caso, es fundamentalmente descriptiva: es el imperativo básico de revelar lo que está dado como realidad.

El problema parece ser que en este proyecto novelístico no hay una perspectiva que defina esa realidad como totalidad histórica, y desde una visión ideológica que ordene esa realidad como un mundo dinámico con perspectivas seguras de transformación, es decir, mostrando un proyecto de futuro en que participen, coincidiendo o peleando entre sí, los distintos grupos sociales.

La pregunta que se impone de inmediato es: ¿por qué este escritor marxista, si participa activamente en la vida política y social del país, luchando por las transformaciones que ve como una necesidad histórica, no presenta su ideología, o sus postulados, como el horizonte natural del mundo que crea en su literatura, prefiriendo mostrar los conflictos y los caminos cerrados del presente? Para explicar esta contradicción, habría que formular la pregunta de otro modo: ¿por qué un escritor socialista no escribe una obra socialista?

La respuesta habría que buscarla, justamente, en el doble estatuto que tiene la concepción marxista, que es a la vez un modo de conocimiento de la realidad basado en la experiencia factual del mundo natural y social, donde los datos de la existencia constituyen la condición básica para convertir eso que existe en conocimiento, y una ideología, es decir,

una concepción del mundo que orienta el esfuerzo por transformar la realidad.

En la obra de Eugenio González, lo que predomina es el imperativo de dar cuenta de la realidad tal como se presenta factualmente en un momento dado, y con la intención —que en varios aspectos se muestra limitada, cuando no fallida— de definir los parámetros ideológicos con que cada grupo social ve su realidad. Si su obra no define un proyecto histórico de futuro —recordemos que su obra es anterior a la experiencia histórica del Frente Popular, y que *Noche* está centrada en el tema de una búsqueda marginal, utópica, de un personaje de clase media— es porque esa opción de futuro aún no se ha vivido como virtualidad histórica en el país. Pero al mismo tiempo, cuando prescinde del marxismo como ideología para dar cuenta de la realidad en tanto experiencia factual (y convendría usar aquí el término "cronístico", que es la forma literaria usual en varios períodos de cambios históricos destacados en el continente), al tener que explicar significativamente esa realidad se le imponen, de alguna manera, los parámetros ideológicos prevalecientes en la cultura tradicional. En Eugenio González, lo que se revela, conflictivamente, es la intencionalidad de dar cuenta objetiva de las contradicciones del mundo histórico y social del período y la imposibilidad de configurar, a partir de ese mundo dado, una opción significativa de cambio, en que la ideología y el sueño de futuro estén encarnados en una realidad distinta, es decir, que sean proyecciones de una historia en proceso de transformación. A esta cerrazón histórica le impone, entonces, como ideológico *deus ex machina*, una visión determinista y fatalista del mundo.

Estas preocupaciones temáticas que hemos destacado en Eugenio González y esta contradicción ideológica ha seguido desarrollándose en nuestra tradición histórico cultural. Por una parte, es significativo que en la narrativa chilena se hayan destacado líneas temáticas centradas indistintamente en el mundo marginal (desde las novelas de Juan Godoy, Manuel Rojas, hasta Carlos Droguett), el mundo obrero y campesino (la generación del 38), y el mundo de la clase

media y la clase aristocrática en decadencia (la generación del 50), desarrollando una especie de teodicea social de grupos separados. La reevaluación histórica de la sociedad chilena comienza a manifestarse a partir de los años setenta (y antes, como proyecto estético cuyos límites podemos evaluar cabalmente, puesto que es un proyecto concluido, con la novelística de la generación del 38). En la narrativa chilena actual, aquella que empieza a hacerse cargo de la contrastante experiencia histórica de las transformaciones socialistas iniciadas durante la Unidad Popular y la regresión de la dictadura militar que se impone en 1973, la búsqueda de una explicación de los mecanismos que regulaban la vida del país tradicional hasta la década del 70 comienza a ser una tarea imprescindible. Y por otra parte, algunos de los mitos forjados por la ideología oficial a comienzos del siglo, y entre ellos el mito del roto como figura capaz de tener salidas individuales, geográficas y sociales, es decir, patiperro que se las arregla en cualquier parte del mundo y resuelve a punta de inventiva sus dilemas o "pruebas" impuestas por el medio social, pero condenado fatalmente a una posición inferior como clase, mito que tiñe la perspectiva de muchos escritores progresistas de la década del veinte, del treinta, del cuarenta, y que se traduce en una suerte de determinismo social que empantana los intentos de convertir en conocimiento productivo las luchas históricas de la clase, explicando los fracasos como resultado fatal de la 'idiosincrasia' (cuando no de la 'indiosincrasia', que agrega una nota de desvalorización racial), al prolongarse incluso, de contrabando, en las concepciones con que los sectores de izquierda ven la realidad nacional, señalan las dificultades reales para superar las viejas concepciones ideológicas y fundar una imagen distinta del pueblo como entidad histórica. Es decir, muchos elementos de la ideología dominante siguen tiñendo los esquemas de comprensión del mundo de los grupos sociales que están experimentando, realmente, un cambio histórico de sus opciones de la vida colectiva. Si es posible advertir esta contradicción en la literatura, es porque a los escritores les toca

formular lingüísticamente esa cosmovisión, dejando su trabajo como una radiografía sensible de un modo histórico de entender la realidad.

Cuando, empujado muy paternalmente por mi viejo, fui a ver a Eugenio González a su oficina de rector de la Universidad de Chile, y lo único que pude explicar con claridad fue que me interesaba la literatura, tuvo la paciencia de explicarme que había gente que escribía narrativa, poesía o teatro, y que a veces podían convertir esa tarea en oficio exclusivo (que no requería la Universidad)²¹, y había otra gente que se preparaba para conocer científicamente la lengua y la literatura y luego explicarla en la comunidad (estaba, por ejemplo, el Pedagógico). Me explicó enseguida que eran dos modos de conocimiento muy emparentados, pero que diferían en relación al objeto de atención: en el primero se trataba de tipos que se lanzaban a contar cómo veían experiencialmente el mundo, y que sus obras mostraban, como verdad literaria, el resultado de esa experiencia; en el segundo caso se trataba de personas que analizaban y explicaban, buscando un método más riguroso, lo que los escritores habían definido en su acercamiento inmediato a la realidad. Como quizás pensaba que la distinción era demasiado engorrosa, y que al final buscaría una profesión más segura (como la medicina) me explicó que los escritores trataban de hacer una radiografía de la realidad vivida y los estudiosos de la literatura explicaban la misma realidad utilizando la radiografía de los escritores, incluyendo a la vez al escritor como material de estudio. La explicación fue lo suficientemente novedosa como para decidirme a entrar a este oficio confuso, que una tía me supo explicar de manera muy poética: los escritores pueden contar todo lo que pasa en el mundo, pero andan siempre volando como las águilas; y los profesores de literatura por más que tengan un trabajo regular, y sean formales, andan siempre a palos con el águila.

Me habría gustado que Eugenio González supiera que

21. A no ser —y esto era frecuente en Chile— como institución mecenas.

el primer intento de conocimiento crítico de lo que él elaboró como experiencia literaria lo haría alguien formado en los mismos principios teóricos y de organización, estimulado a convertir esos principios en un modo de conocimiento de la realidad y explicación de los problemas ideológicos y culturales de la sociedad. La aplicación de esos principios al campo de la literatura es, en gran medida, resultado de la formación teórica a la que contribuyó en el Partido Socialista. La elección de su obra como objeto de estudio, constituye un homenaje; un homenaje en la forma que él hubiera querido: como evaluación y crítica.



NOCHE: UNA NOVELA DE EUGENIO GONZALEZ ROJAS

Javier F. Campos¹

A. INTRODUCCION

En el preciso año de 1920, Eugenio González Rojas tiene 17 años e ingresó a estudiar Pedagogía en Castellano al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Fecha que no es un simple azar en la vida social, económica y política de nuestro país, en donde profundos acontecimientos, de la misma naturaleza, venían sacudiendo la vida de los chilenos y cuyas contradicciones se manifestarían abiertamente en más de una década, entre falsas esperanzas alessandristas, ruido de sables ibañistas, organización de masas populares, opresión de la oligarquía, entrada escandalosa del imperialismo en sociedad con el gobierno de turno, una República Socialista de 12 días para culminar, en 1938, con la presidencia de Pedro Aguirre Cerda.

En ese mismo 1920, en la primavera de un Octubre santiaguino, aparece el primer número de la revista *Claridad* de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, que tendrá una activa labor política y artística de 12 años (1920-1932). Sus extremos no dejan de ser significativos para este período que va de 1920 a 1938.

Claridad, como órgano de los estudiantes universitarios de esa época, representará la atmósfera literaria, política e ideológica de aquellos jóvenes, el alimento y la expresión:

1. Candidato a doctor en literatura hispanoamericana en la Universidad de Minnesota.

un alimento ideológico para interpretar la realidad y un instrumento para referirse a la contingencia nacional y a la expresión creadora.

Allí, Eugenio González escribe y acusa en prosa la política pro-imperialista en los pueblos de América Latina, acusa a la dependencia económica, política, cultural y militar. Entonces tiene 20 años y es presidente de la Federación de Estudiantes en 1922, renunciando en 1923: “El ex-presidente señor Eugenio González Rojas presentó su renuncia indeclinable por estimar que las nuevas corrientes ideológicas de la Federación hacían necesario el cambio de su dirección”¹. Esas nuevas corrientes ideológicas no eran sino tendencias individualistas que llevaban la corrupción a la Federación de Estudiantes. Nada querían con la cuestión social, sólo preocupación de “grandes problemas humanos y espirituales”. La crisis ideológica era un grave problema de desorientación en la mayoría de la masa estudiantil. En esa fecha sólo el 40% del estudiantado estaba organizado y sólo un 10% opinaba, escribía, promovía actividades políticas, charlas, difusión, etc. Juan Gandulfo escribía en esa misma fecha sobre el momento estudiantil: “La Federación se ha acostumbrado a vivir con un parasitismo crónico en sus entrañas y la crítica situación presente es en todo semejante a la de los años 19, 20, 21 y 22. . .”². Concluye Gandulfo que ésta no es sólo una crisis de la Federación, organismo conductor de la masa estudiantil, sino; “. . . hay crisis de hombres; entre los estudiantes se ha producido el *snobismo revolucionario*, quisieron estos actuar como ideólogos, como anarquistas y en el hecho son simples pancistas, vulgares conservadores que, incapaces de vivir el presente, se han vuelto a hurgar estérilmente en el pasado”. Precisas palabras de este destacado dirigente estudiantil de esa época para designar a esa masa juvenil mayoritaria, marcadamente individualista.

Si esta crisis fue la causa de la renuncia de Eugenio

1. Claridad, 28 de abril 1923

2. Claridad, 28 de abril 1923.

González al cargo máximo en la dirección estudiantil de esos años, cierto es que la tal llamada crisis ideológica no era específicamente universitaria sino un derivado del emporcamiento en que estaba sumido el país y, de manera indirecta, de los acontecimientos producidos a nivel internacional, fundamentalmente de la Revolución Rusa. En lo nacional, el gobierno de Alessandri volvía las espaldas a su “querida chusma”, los militares comenzaban a hacerse notar y lo harán en breve tiempo más (5 de septiembre de 1924). Corrupciones administrativas, descontento popular, represión en las salitreras, capas medias desorientadas, todo ese clima nacional tendría que producir una desorientación en la mayoría de la masa estudiantil que carecía de los instrumentos necesarios y exactos para interpretar y participar en la contingencia nacional.

El único contacto obrero-estudiantil comienza hacia el año 20, a través de la Universidad “José Victorino Lastarria” que venía funcionando desde 1909 con cursos vespertinos para trabajadores. Estos sectores de trabajadores artesanales y portuarios (Santiago y Valparaíso), a diferencia de los que laboran en las salitreras, no poseen ideas socialistas. No es un proletariado realmente significativo, pues aún no se incorporan a un proceso importante de industrialización. Están ligados a la I.W.W. (Industrial Workers of the World), de EE. UU., de claras tendencias anarquistas, condenada por Lenin en *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo* (1920).

Este es el contacto que los estudiantes realizaron con el proletariado, más que todo un contacto de divulgación de las ideas anarquistas, a través de charlas y clases en la Universidad vespertina “José Victorino Lastarria”. que resumían, comentaban y divulgaban en la revista *Claridad*. Lo contradictorio de esta revista eran dos tendencias claras: aquellos artículos —y eran los menos— de Juan Gandulfo, de Eugenio González y otros que pretendían una interpretación más científica, no dejando de caer, por cierto, en el teoricismos, y los otros —que eran los más— de ideología anarquista. En esa revista estaban los nombres de Bakunin

y Kropotkin, Golwin y Proudhon, "El Único y su propiedad", de Max Stirner, mezclados con ideas embrionarias del marxismo o de una gran pedantería teórica o de estallantes censuras al gobierno de Alessandri, a su camarilla, a la corrupción de la administración pública, al golpe de los militares en septiembre de 1924. Había oposición absoluta al poder del Estado la tesis vertebral de las ideas anarquistas.

No será únicamente en el ambiente estudiantil donde Eugenio González habrá de tener participación. En 1925 es comisionado como inspector extraordinario para poner en práctica la nueva legislación social, que tuvo su origen en el golpe militar de septiembre de 1924 (Altamirano, Gómez Carreño y Ward), que derrocó a Arturo Alessandri. Bajo la presión de las fuerzas armadas, el Parlamento aprobó una serie de leyes sociales largamente detenidas, que dieron origen al Código del Trabajo. "Allí había importantes conquistas del proletariado, pero a su vez había disposiciones engorrosas y de largos trámites, obstaculizando el derecho de huelga con objeto de liquidar la libre organización de los trabajadores"¹.

En 1927 es secretario de la Dirección del Trabajo. La dictadura ibañista (1927-1931) lo hace desterrar a la isla Más Afuera. Recibe, en 1928, su título de profesor y hace clases en el Liceo Amunátegui; en 1929, en el Instituto Barros Arana. Publica su primera novela en 1930, *Más Afuera*. En 1931 es profesor de filosofía y sociología en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. La revista *Atenea*, de la Universidad de Concepción, le otorga el premio anual que da esa revista en 1931, junto a Alberto Romero. En 1932 será Ministro de Educación de la República Socialista por el grupo más claramente socialista, el de Matte y Grove (4 al 16 de junio 1932), siendo uno de los fundadores del actual Partido Socialista (1933). En 1935 publica su segunda novela, *Hombres*. Entre 1939-1940 es contratado por el gobierno de Venezuela para que organice el Instituto

1. Luis Corvalán: *Ricardo Fonseca. combatiente ejemplar*. Austral, 1971, pág. 50.

Pedagógico de ese país. Publica un conjunto de cuentos en 1940, *Destinos*. En 1942 publica su última novela, *Noche*. Es senador de la República por el Partido Socialista en 1949. Posteriormente, ocupará el cargo de Rector en la Universidad de Chile.

Eugenio González, en el período que va de 1920 a 1932, es un activo luchador social. Nítidamente está su presencia en las luchas estudiantiles, ocupando altos cargos públicos, sufriendo el destierro en 1927, ejerciendo docencia en la Universidad de Chile, actuando como Ministro de Educación y participando en la fundación del Partido Socialista en 1933.

B. PROSAS JUVENILES¹

Eugenio González no sólo se nos aparece como el escritor de ensayos socio-políticos, con ese teoricismo que suele darse a los 20 ó 22 años; también escribe, en esa misma edad, prosas que son las antípodas de aquellas en las que analizan problemas sociales. Estas serán prosas poético-filosóficas. Si las primeras tienen mayor cabida en la revista *Claridad*, las segundas se publican de preferencia en la revista *Atenea*, de la Universidad de Concepción. En Santiago está Eugenio González, dirigente, analista político-social; en Concepción, en cambio, se le conoce más por su marcado pesimismo, por su oscuridad y desolación. Contradicción que será constante en él: uno será el hombre claro y racional, el científico implacable, y el otro —atmósfera constante de sus cuatro libros y otros que no publicó— el de tono desolado, con un desgarrado buscarse a sí mismo, con el escepticismo por sobre todas las cosas. Nos interesa el creador. No andamos en busca del otro Eugenio González. Sabemos que esa contradicción es profundamente humana, que hace de algunos hombres poseedores de una personali-

1. En 1924, Rev. Atenea: Ceniza del tiempo.

En 1925, Rev. Atenea: Prosas Breves.

En 1926, Rev. Atenea: El buscador de sí mismo.

dad poderosa: desgarrados hasta el desamparo, pero sólidos como la roca.

Tiene 21 años cuando publica prosas en *Atenea*. Es el año 1924. Neruda ha publicado ya en 1923 *Crepusculario* y, al año siguiente aparecerán sus *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Neruda tiene 20 años. Su contacto no sólo será amistoso en el Pedagógico o en la misma revista *Claridad*. Entre ese Neruda, en que asoma ya la potencia creadora, y Eugenio González, hay secretas comunicaciones, idénticos lazos poéticos, casi parecidos ojos y oídos para la atmósfera juvenil de aquellos años. Neruda hablará constantemente de crepúsculos, Eugenio González de estados poscrepusculares; pero en este último, será más dominante el desgarramiento interior. Sus prosas tendrán, entonces, dos características claras: profundo sentimiento de desolación y ambiente poscrepuscular, imágenes en estados de *claro-oscuro*, la hora de la semipenumbra, a un paso de la noche. Veamos la primera característica de sus prosas juveniles:

“¿Dónde dirigirse en busca de la verdad más cierta, del impulso más puro? Todo es absurdo y efímero, mis amigos, loco es el que pretende trazar figuras de espanto en el telón de la lejanía; loco es el que quiso fijar los perfiles de los árboles en la impetuosa superficie del río; y más que ellos, locos nosotros, amigos míos, que ansiamos traspasar los límites de nuestra soledad sembrando palabras que buscarán, en vano, el eco imposible de otras almas”.¹

Pero es la segunda característica la que dará a sus prosas juveniles esa similitud con la poesía crepuscularia de Neruda y la que, por último término, será el *leit-motiv* de sus cuatro libros la oposición claro-oscuro que se resuelve en un estado poscrepuscular:

a) Lo claro-oscuro, dado por el desteñimiento del crepúsculo y la aparición de los primeros astros innumerables:

1. *De Prosas Breves*, O. C.

“Cuando el crepúsculo enrojece las techumbres distantes, un negro viento que nadie sabe de dónde sopla, desgreña al pasar los árboles del parque...”

“Quisiera decir las cosas vagas y tristes que la marea del crepúsculo echa sobre mi corazón desamparado...”

“Apoyado en la borda amarillenta del crepúsculo...”¹

b) El estado poscrepuscular, estado penumbral del día:

“Viene la hora lenta y triste en que no se sabe a dónde ir, la hora en que el espíritu alarga raíces hambrientas a lo desconocido y lo lejano. No enciendas todavía la lámpara, deja que el espíritu se lleve las voces olvidadas y vague de nuevo por senderos imaginarios, por mares de sueño al abrir los ojos, al lado de esa lámpara que encendiste para siempre en la noche sin aurora de mi desamparo”.²

Esta síntesis que origina el estado poscrepuscular no es la inmersión total en la claridad del día o en la noche absoluta; es el momento en que la desaparición del crepúsculo ha teñido a los objetos de un tono amarillento y nebuloso, casi de somnolencia, impregnando a los objetos, a los cuartos de las casas, a las calles, al cuerpo mismo, a la interioridad toda: es la hora del desamparo total.

Si en Neruda la función sociológica que el crepúsculo ejerce en su poesía es ese período del día en que la multiplicación de los colores en el cielo contribuye a una profunda exaltación de la interioridad, a una “relevancia que adquiere el sentido de la vida frente al mundo celeste”. (Para Neruda el crepúsculo “. . . es la égloga del cielo en plena ciudad. Para evitar el panorama rudo de los puentes pobres, de los barrios oscuros, no es necesario fugarse ni alejarse. Un simple levantamiento de la mirada basta. En

1. *Prosas Breves*, *Atenea*, 1925.

2. El buscador de sí mismo, *Atenea*, 1926.

las alturas todo se suaviza; allí comienza la paz...” “Atrincherado en la maravilla inmensa de esas tardes, el poeta ha aprendido a discernir el más pequeño signo, toda cualidad fabulosa. Un aire, un olor de antaño, una quietud cualquiera; colores tan premonitorios como si representaran la epifanía solemne de la noche... De aquí nacerá una de las profundas poesías de las tardes americanas, donde este tiempo fronterizo entre el día y la noche se hará medio de comprensión para aspectos fundamentales de nuestra historia continental”),³ en Eugenio González, a semejanza del joven Neruda, este estado crepuscular permite el sueño, rescatando, como en ningún otro momento del día, estados pretéritos, alegrías de un pasado distante, olores, gestos o posibilidades futuras. Pero la diferencia radica en que para González el ser no permanece en aquel tiempo maravilloso de los colores del universo, sino en el estado más cercano a la noche —momento poscrepuscular— donde los contornos de las cosas se sitúan entre lo claro y lo oscuro, amarillentos. Son seres somnolientos y las miradas que hagan del mundo serán como mirar un eclipse detrás de un vidrio ahumado. Si Neruda dice: “Aquí estoy con mi pobre cuerpo frente al crepúsculo”, ese momento del día vivifica profundamente su alma; en González, por el contrario, el momento poscrepuscular aumenta su pesadumbre, su angustia y su escepticismo. Será ésta la atmósfera somnolienta que tendrán todos sus libros posteriores, atmósfera rescatada de un período que no se caracterizó por una luminosidad que permitiera ver los contornos con absoluta claridad; por el contrario, los sucesos y la realidad toda eran vividos en un estado de contradictorias oscuridades.

C. LOS ALIMENTOS LITERARIOS.

No es falso decir que los libros suelen contribuir durante la juventud a despertarla y a definirla; son los que suplantán a la escasa experiencia que se posee. Son, en última instancia, el cristal con que se mira la realidad. Cristal,

3. Jaime Concha: *Neruda*. Editorial Universitaria, 1972.

bueno o malo, deformador o no, son los que estos jóvenes poseían en toda su vitalidad de adolescentes aún.

En esos años, dos vertientes bien claras eran las que nutrían la sed de sus espíritus: una europeo-occidental y otra ruso-soviética.

Del Occidente provenía toda esa literatura del desamparo, esa literatura pre-existencialista que reflejaba en sus creadores la crisis por la que estaba atravesando el capitalismo y, de allí mismo, aquella ideología anarquista; anarquismo que no lograba entroncar aquellas burbujas socialistas con una interpretación científica de las profundas contradicciones sociales, políticas, históricas que se estaban produciendo en las sociedades europeas.

Se leían obras que se editaban en España, especialmente de los anarquistas revolucionarios tales como: “La conquista del pan”, de Kropotkin y otras de Julien Grave, Bakunin; “El único y su propiedad”, de Max Stirner. Se leía bastante a Nietzsche y Schopenhauer, Eliseo Reclus, Guyau, especialmente a Ibsen, Maeterlink, Suderman, Emilio Zolá y su obra de divulgación socialista, Bjorson, etc.

Revisando la revista *Claridad* de 1922, encontramos una cantidad de libros recién publicados, con sus correspondientes precios a la vista y venta del lector consumidor. Algunos títulos: *La doctrina anarquista* de Pablo Eltbacher; *La falsa redención*, de Sebastián Faure; *Entre campesinos*, de Enrique Malatesta; *Organización y Revolución*, de Ricardo Mella; *La conquista del pan*, de P. Kropotkin; amén de párrafos textuales de *El único y su propiedad*, de Max Stirner.

Frente a esta profusión ideológica del anarquismo europeo en nuestros países, los jóvenes leían, para su confusión, escasos artículos sobre las ideas marxistas mezclados con otros que hacían un anarquizante análisis de lo que estaba ocurriendo en la Rusia de Lenin y donde se concluía que el marxismo es más maligno que el régimen burgués y los únicos que pueden hacer la revolución son los anarquistas: “Nosotros anarquistas debemos decir: la revolución que nosotros preconizamos va más allá del interés de tal o cual clase; quiere llegar a la liberación completa e integral de

la humanidad, de todas las esclavitudes políticas, económicas y morales".¹

En la revista *Claridad*, de diciembre de 1922, encontramos un curioso artículo: "Este manuscrito ingenuo, parte del cual reproducimos, fue encontrado en el cuarto de un hombrecito pequeño, semidesnudo, que se suicidó en días pasados en una pensión del barrio Recoleta. El hecho ocurrió de este modo: el hombre se abrió las sienes en la mañana, después del desayuno. A la una y media se constituyeron en el cuarto las autoridades judiciales y procedieron a tomar declaración a la dueña de la casa y a los vecinos, éstos dijeron que el mozo estaba recién llegado y que apenas, le conocían. La criada negó toda relación con el occiso. En el cuarto había algunos libros, que resultaron escandalosos, algunos números de *Claridad*, y en el suelo, con un cabo de vela encima, *Los Gemidos*, de Pablo de Rokha. El sumario se cerró, atribuyendo el hecho a la obra malsana de esta clase de literatura".²

Cierto o no, el suceso no deja de demostrar que la alimentación literaria producía serios retorcijones.

Pero frente a la literatura e ideología que contribuían a producir estas crisis en los estudiantes y que ayudaban a fomentar el desamparo y el individualismo, estaba la vertiente ruso-soviética: "Se anunciaba que la Revolución sería aplastada de un momento a otro, pero veíamos centellear la figura de Lenin y nos llegaba toda la literatura rusa que venía a liberarnos de los programas oficiales de lectura con un aliento nuevo. Por todo el mundo era derramada aquella literatura con la intención política de mostrar lo que estaban "destruyendo" los bolcheviques. Pero el efecto fue completamente contrario. Aquella literatura explicaba mejor que nada lo que estaba ocurriendo en Rusia, lo que empezaba a ocurrir en toda la humanidad. Eran *Chéjov, Tolstoi, Dostoievski, Gogol, Andreiev, Turguenef, Goncharov, Gorki, Bunin, Lermontov, Pushkin*. Estas lecturas y la ideología

1. *Claridad*, diciembre 1922. "La lucha de clases", R. Mella.

2. *Claridad*, diciembre 1922.

logía marxista orientaban ya a muchos de nosotros cuando entramos a la Universidad".¹

La influencia europea occidental era, sin embargo, demasiado fuerte; y esto, unido a las condiciones nacionales de Chile, en esos años, contribuyó en muchos de estos jóvenes escritores, a una actitud venenosa respecto de todo lo que fuera literatura. Desconfiaban de ella porque les había envenenado hasta lo más profundo; no era otra cosa que las vivencias de un profundo abismo existente entre las superestructuras que venían del extranjero y la infra-estructura nacional. Más tarde, en los años 1927, la penetración imperialista norteamericana, avalada por Carlos Ibáñez, contribuiría a ensombrecer más la vida de los chilenos.

D). PRODUCCION LITERARIA

Los únicos cuatro libros que publica Eugenio González cubren un lapso de 12 años (1930-1942). En 1930 publica *Más Afuera*, título que se refiere al nombre de una de las islas de Juan Fernández a la cual en 1927 fuera desterrado por el gobierno de Ibáñez. Es una novela excelentemente escrita. La censura de ese entonces hace que no sea abiertamente explícita.

No se caracteriza por poseer una trama lineal, sino, más bien, se trata de un conjunto de cuadros con una diversidad de personajes, generalmente de extracción sub-proletaria, unidos por un leit-motiv general: la desesperación por los obstáculos que esa solitaria isla les pone a su deseo de libertad. Es el sueño sobre una vaga esperanza de que alguna vez llegue el barco desde el continente y quizá les saque de aquella isla.

A través del sueño y la retrospectión hacia la infancia o a un pasado más o menos luminoso, logran realizar lo que conscientemente la realidad inmediata les niega. En el presente son fatalistas, tienen la certeza de que la suerte de cada hombre está predeterminada. Sueño y realidad logran

1. Diego Muñoz, Revista *Hechos Mundiales*, No. 60, "Los años juveniles".

fundirse en algunos pasajes de la novela, resolviéndose en situaciones de un total absurdo que nos hace recordar la literatura del absurdo, el teatro del absurdo posterior. Releáse, por ejemplo, el pasaje donde los reclusos organizan una velada para pasar el tiempo, para olvidar un poco esa desesperación que los consume. Organizan un pequeño escenario, un pequeño teatro, donde se presentan improvisadamente un par de reclusos que quieren representar algo; pero ante el asombro de los espectadores su libreto no tiene sentido, no dicen palabras, su actuación es tan absurda que el ambiente se pone tenso, no hay comunicación alguna. Finaliza con risotadas y abucheo general.

Este pasaje, aparentemente sin importancia de *Más Afuera*, refleja ya el estado de veneno que ha proyectado la literatura, no dice nada, no interpreta nada entendible. Si a una pequeña burguesía intelectual los ensombrece, a estos reclusos —subproletariado— los hace reír grotescamente. La comunicación es más distante que de la isla al continente.

La novela *Hombres* (1935), junto con el conjunto de cuentos *Destinos* (1940), son inencontrables. Si en *Hombres* su tema es el de un revolucionario frustrado, *Destinos* tiene personajes movidos por el deseo sexual. Los arrastra patológicamente ese deseo que no logran dominar. Personajes abrumados y oscuros, conflictivos cuando se enfrentan a la realidad. La función del sueño en estos personajes es la proyección pura de la hostilidad que les provocan los objetos y las relaciones humanas.

Su última novela, al menos de las publicadas, es *Noche* (1942). Aunque ella cronológicamente esté fuera del período 1920-1938, toda su atmósfera interior la hace representativa de él. Pertenece, por lo tanto, al lapso que estudiamos.

Desde esa fecha, 1942, ha seguido hasta hoy día, en su autor, un silencio literario de más de 30 años.

E. NOCHE¹ (1942)

Escrita en XIX capítulos, con una narración lineal en

1. Editorial Orbe, 1942. 254 pp.

tercera persona, la novela contiene, en el capítulo II, un relato donde nos enteramos de la infancia del protagonista —Alfredo Velasco—, de su adolescencia y de su vida universitaria, hasta situarnos, en el capítulo III, en el comienzo temporal de la narración.

Argumento

Alfredo Velasco, recién titulado de profesor de castellano, se aleja de Santiago a un liceo de provincia. Se adapta inmediatamente a la rutina de un profesorado mediocre. Conoce a Aura: hija de italianos, Agustina y don Lucas, dueños de la pensión donde para Alfredo, tiene relaciones secretas con Agustina. Presume que el amor por Aura le producirá la tranquilidad interior que necesita, que apaciguará su desolación interna, su amargura y hostilidad que le produce el vivir. Una vez que se han conocido y se sienten recíprocamente atraídos, Alfredo empieza a consumirse por celos de cierto pasado amoroso de Aura con el Capitán Alvarez, ido a Santiago para desempeñar funciones en el Ministerio de la Guerra. Se casan a pesar del dolor de Agustina y una sorprendida indiferencia de Don Lucas. Van a Santiago, se hospedan en una antigua pensión de los años de estudiantes del protagonista. Los celos de Alfredo se transforman en morbosidad mezclada con la más intensa desolación. Quiere saber la verdad y se entrevista con el militar. De ese diálogo toma conciencia que su desamparo será definitivo, pues le confirma amores con Aura. Su estado alucinatorio le hace ver al Capitán Alvarez en las calles. La relación Alfredo-Aura es cada vez más un abismo. Consumido totalmente por los celos y un estado mental incontrolable, mata a Aura en el lecho. Sale a caminar sin destino, llegando a la cima de un sendero escarpado, cayendo definitivamente al abismo.

El personaje somnoliento

El título mismo de *Noche* no es un azar y explica genéricamente la atmósfera de toda la novela.

Esta tiene una estructura constante entre la oposición

de lo *claro* y lo *oscuro*, resolviéndose dialécticamente en una síntesis de estado poscrepuscular. El protagonista se verá como un ser somnoliento, proyectando su interioridad hostil hacia el mundo exterior, que a la vez se le refleja incongruente, carente de significado, tanto a nivel de simples objetos, cosas ambientes como a un nivel más complejo de relaciones humanas (infancia, adolescencia, amistad, trabajo productivo, amor).

A nivel de cosas, objetos, ambientes:

“Desde el comienzo, las cosas le presentaban perfiles extraños. La pieza del hotel se le antojó la imagen de la hostilidad que lo aguardaba. Aquellos muebles: el catre, la mesa, el ropero, el lavatorio, sin una nota que animara el espíritu, se agrupaban entre los cuatro muros desnudos, con inmovilidad de desaliento. Nada había en ellos que invitara a la confianza, al reposo. . . La humedad que en los rincones decoraba el papel —obsesionantes manchas viscosas— hablaban del fracaso de la vida, del tiempo sin retorno”.¹ Con la mente vacía, contempló largo rato el borde de la raída alfombra en que iba a morir el rayo de sol que se introducía por el resquicio de la ventana”.²

Las acciones más elementales del protagonista, donde ojo y oído, son más agudizados, se realizan siempre en lugares cerrados, semioscuros, en una luminosidad amarillenta. La relación aquí de *claro-oscuro*, protagonista que proyecta su interioridad degradada y esa posible claridad exterior de los objetos, se transforma en un círculo hostil de cuatro muros desnudos de *marcado tono penumbral* (catre, mesa, ropero, lavatorio, obsesionantes manchas viscosas, raída alfombra, muerte del rayo de luz).

Veamos esta misma estructura a nivel de relaciones humanas. El narrador nos presenta una pareja, él es un hom-

1. O. C. pág. 7-9.

2. O. C. pág. 15.

bre viejo, corpulento, cuello corto y ojos hinchados, rostro repulsivo. Ella: muchacha dulce, 18 años, hermoso perfil. El protagonista imagina la relación amorosa de ambos a través de la voz del narrador:

“La llamaría impacientemente a su lado y pondría sus labios resecos, cubierto de áspero bigote amarillento, sobre aquella boca que parecía florecer, sobre los hombros finos y dorados. . . Estremecida de repugnancia, ella buscaría afiebradamente una imagen a la cual asirse en aquel naufragio de sí misma, una imagen que le permitiera sustraerse al aprobio de su carne. Volvería la cabeza al sentir sobre su rostro, contraído de impotente furor, el jadeo del hombre. . .”

Este hermoso pasaje de la novela hace que esta misma nos demuestre los gérmenes de un novelista americano posterior, de narradores como Juan Carlos Onetti, de sus personajes degradados y noctámbulos que atraviesan sus narraciones. Nos separarán muchas fronteras en nuestra América, pero hay un solo Dios no más que nos une.

El pasaje demuestra entonces que la relación más próxima a la comunicación, el amor, también sucumbe a esa dialéctica, resolviéndose en un acto grotesco, incomunicable y nocturnal.

La relación *Aura-Alfredo* también sucumbirá bajo el mismo esquema. Alfredo: profundamente hostil, oscuro y desolado: Aura (el mismo nombre de Aura lleva en sí una carga semántica que se opone, supone claridad): dulce, hermosa y apasionada. La relación termina en un verdadero final alucinatorio, en un ambiente de total penumbra, la *noche* ha cubierto definitivamente al protagonista. Después de matarla, cae, simbólicamente, en un abismo.

La novela siempre estará bajo este esquema: el protagonista enfrentado a un mundo que le es hostil e incomprendible, que se resuelve en una atmósfera penumbral.

La literatura como veneno

En páginas anteriores, hemos presentado la atmósfera literaria e ideológica que los jóvenes de este período respiran. No es un azar que el oficio que este protagonista tiene, sea, precisamente, de profesor de Castellano.

Hay dos momentos claves en la vida de Alfredo: una, en su vida de infancia, adolescencia y juventud universitaria; la otra, su vida, desde la cual se nos comienza a narrar la novela, haciéndose cargo de una docencia en un Liceo de provincia. En ambos momentos, hay un eslabón que los une y que a su vez degrada, caracterizando al protagonista como un ser somnoliento y penumbral: la literatura como alimento y veneno.

La infancia del protagonista está ausente de toda protección maternal y paternal. De los cuatro años queda huérfano, solo, al cuidado de una tía solterona: "...beata señora, llena de achaques más imaginarios que reales".¹ El recuerdo que Alfredo hace de ella es "...entre velas encendidas del altar que ocupaba un rincón de su dormitorio..."

Su adolescencia transcurre solitaria, sumergida en una avidez de lecturas que nada responderán a su espíritu:

"Buscaba cada noche en los libros, con afiebrada avidez, el secreto de la vida. Y como ninguno de ellos le daba la respuesta que exigía su corazón, se sentía inmensamente desvalido, roído por una inquietud sin sosiego..."

"Pero las lecturas habían envenenado prematuramente su espíritu con la duda acerba".¹

Es un factor *ideológico* lo que contribuye a envenenar prematuramente la formación intelectual del protagonista

1. O. C. pág. 16.

1. O. C. pág. 21.

y no otra cosa. La vida universitaria y mediocre no contribuye a extirpar aquel maligno cáncer. El ambiente estudiantil no es en nada distinto:

"...salas de clase, diversas salas de clase, todas igualmente ingratas, de muros desnudos donde se embota la mirada y el anhelo, seres que aparecen y desaparecen como fantasmas de un juego sin sentido, placeres efímeros, a menudo innobles, que aumentan la congoja, *libros, muchos libros, lento, insustituible* veneno: eso era su pasado. Por delante sólo veía la noche".²

El alimento ideológico tiene su contrapartida: el envenenamiento. Impotentes estos libros para responder a la realidad, se produce el ahogo en sí mismo, el individualismo monstruoso, el escepticismo por sobre todas las cosas. Los libros han cumplido; los planes de estudio tradicionales han contribuido a esa labor; el protagonista, ya formado como profesor de Estado, con ese veneno auestas, desde la infancia, adolescencia, y en su vida universitaria, hasta el Liceo, formador de otras conciencias. El círculo vicioso, en definitiva, sigue rodando.

Si el envenenamiento es constante se termina por una fuerte repulsión hacia él, se desarrolla una actitud escéptica a todo lo que sea palabra escrita, la palabra escritor producirá escalofríos, se será anti-literario pues la literatura no aporta nada, es un engaño, no tiene soluciones, las soluciones son foráneas. Las super-estructuras extranjeras, una cultura ajena a lo que nos sucede, produce una somnolencia en las capas medias intelectuales de este período. La atmósfera de *Noche*, el protagonista escéptico y poscrepuscular, hacen de esta novela y de Eugenio González claros representantes del período.

CONCLUSION

Podemos clasificar a *Noche* dentro de las novelas propiamente subjetivas de este período, no así de lírica.

2. O. C. pág. 29.

Es un protagonista contradictorio frente a un mundo que le es hostil. Entre ambos existe un profundo abismo, lo que contribuye a desarrollar un protagonista somnoliento y esceptico a toda la realidad que le circunda, a toda relación humana que ha de tener. Por esta característica, la narración adquiere la atmósfera penumbral, un claro-oscuro, lo pos-crepuscular.

Al analizar sus prosas juveniles, vemos que está constante ha nacido de allí, que en esas prosas está el germen del tono de época, lo que respira Eugenio González en ese período.

Este protagonista, así caracterizado, es producto de lo que hemos llamado los alimentos literarios, cuyo efecto es un envenenamiento interior. Literatura occidental por una parte superestructura europea en una infraestructura nacional en profunda crisis —y material ideológico de la época por otra: anarquismo. Anarquismo de poderosa influencia en los estudiantes de aquel período —pequeña burguesía, fundamentalmente— por sobre un marxismo aún embrionario en nuestros centros urbanos de Santiago y Valparaíso. Sin embargo, llegaban los ecos de aquella primera experiencia socialista del planeta, con las contradicciones que supone la muerte del capitalismo, mientras allí, en *Claridad*, escribían los anarquistas europeos y los criollos. Allí los primeros poemas de Neruda junto a las fechas de las clases y charlas que los estudiantes daban en la Universidad Victorino Larraín, únicos contactos penumbrales —pues las clases eran vespertinas— que tenían con los obreros, fundamentalmente artesanales, de aquel Santiago de los 20 años.

LA PERSONALIDAD DE EUGENIO GONZALEZ ROJAS Y SU RECTORADO DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

Julio C. Jobet *

I

La larga trayectoria de Eugenio González Rojas como educador, escritor y político posee contornos macizos y atra-yentes. Pertenece a la llamada “generación de 1920” y se nutrió en sus atributos esenciales, bien definidos por el propio Eugenio González en un bello artículo, con estas frases: “Había entonces ideales, no consignas. Nadie abdicaba de su autonomía moral, de su independencia intelectual, de su derecho a juzgar libremente las ideas, los sucesos y los hombres”. En ese ambiente se amasó el fondo sustentador de su calidad intelectual e ideológica, de la inagotable originalidad y vitalidad de su pensamiento y de sus actividades sociales y políticas. La generación de 1920 fue fecunda en altos valores individuales, con rasgos muy característicos. Al pasar revista a los grandes líderes de la brillante promoción, sintetiza en Domingo Gómez Rojas las cualidades humanas y los anhelos de sus integrantes: “Gómez Rojas ha quedado como el mejor símbolo de aquella época y aquella generación. Tuvo de ellos, en su carácter y en su obra, el exaltado romanticismo, la patética osadía, el ardiente

* Historiador y destacada personalidad intelectual del Partido Socialista de Chile.

afán de plenitud humana, el visionario sentido de una vida superior de libertad, de justicia, de belleza". Eugenio González, militante de aquella generosa y vibrante pléyade universitaria, es uno de sus más altos exponentes. El eximio memorialista González Vera lo recuerda participando en los encendidos debates de la época, con su hermosa voz lenta", aportando sabiduría y humanidad. Desde entonces ha sobresalido como educador, escritor y político, por su talento, por su fina y honda sensibilidad, por sus avanzadas y creadoras posiciones, determinadas por sus ideales de justicia y verdad.

El espíritu de la generación del año 20, idealista, libertaria y rebelde, le marcó su sello indeleble y, a su vez, Eugenio González la personifica con brillo inigualado y le asegura una gravitación e influencia mucho más allá de sus reales fronteras cronológicas.

Las concepciones y los problemas, su examen y su crítica, en el tratamiento de Eugenio González alcanzan siempre una amplia dimensión, un luminoso ensanchamiento, jamás se reducen o estrechan en formas dogmáticas y sectarias. Todo debate o polémica donde participe se traduce en un serio esclarecimiento y en un fecundo enriquecimiento del asunto discutido. De esa virtud ha surgido la ancha gravitación de su personalidad intelectual, haciéndose acreedor al respeto y la estimación generales. Hombre de ideología definida y de convicciones firmes es, sin embargo, la antítesis del fanático, porque su amplio espíritu sabe comprender y aquilatar las ideas y actitudes de los demás, confrontándolas con las suyas, con inteligencia y elegancia.

II

Fiel a su ideario democrático-social se opuso a la instauración de la dictadura militar y durante el primer período de Carlos Ibáñez del Campo, por su resistencia a la tiranía, sufrió una larga relegación en la isla Más Afuera. A su regreso al continente participó en las inquietudes de un selecto grupo de ciudadanos, organizado con el fin de dar vida a

una nueva agrupación política. De su seno nació la ARS (Acción Revolucionaria Socialista), y como dirigente intervino en la revolución socialista del 4 de junio de 1932, en cuyo gobierno ocupó el Ministerio de Educación. En seguida tuvo una señalada actividad en la fundación del Partido Socialista de Chile, el 19 de abril de 1933, y en los años iniciales de su vida.

Según Eugenio González, un partido político nuevo aparece en el seno de una sociedad democrática cuando responde a los intereses y a los anhelos de un sector social sin cabal expresión en los organismos existentes. Al fundarse el Partido Socialista se daban las condiciones objetivas para que los trabajadores intelectuales y manuales actuaran de consuno en una colectividad política propia, por cuanto ninguno de los partidos tradicionales, ni tampoco las pequeñas agrupaciones obreras de la época, representaban sus intereses económicos y sus aspiraciones sociales, dentro de una doctrina concordante con el sentido del movimiento histórico. El Partido Socialista emerge, entonces, como producto natural de las circunstancias económico-sociales, dentro de la continuidad orgánica de la evolución democrática del país, con el propósito de reconstruir la economía y afirmar una nueva moral. Por las razones expuestas participó con decisión en el nuevo conglomerado político popular y en los momentos particularmente graves para el destino socialista, jugó un papel de primera magnitud, siendo designado Secretario General del Partido Socialista Popular y, a continuación, en las elecciones de marzo de 1949, salió elegido senador por la provincia de Santiago.

Paralelamente a sus actividades políticas mantuvo sus inquietudes literarias. Integró el grupo escogido formado en torno a la revista "Índice", de mucha trascendencia en la evolución artística del país. Su primera novela, "Más Afuera", constituyó un éxito rotundo y asimismo las siguientes: "Hombres", "Destinos" y "Noche". Junto al valor del escritor es indiscutible la calidad e influencia de su empresa en la enseñanza. Cumplió una larga y fructífera labor en el Internado Barros Arana y en el Instituto Pedagógico de la

Universidad de Chile, como profesor de Filosofía y de Sociología; realizó una fecunda misión educacional en Venezuela, contratado por un gobierno democrático de ese entonces. A su regreso prosiguió en su tarea docente hasta llegar a ser designado Director del Instituto Pedagógico y, luego, Decano de la Facultad de Filosofía y Educación.

Sin duda, en la múltiple y rica personalidad de Eugenio González resplandece su larga y constante trayectoria de educador. En un memorable discurso polémico en el Senado, expresó que la sociabilidad esencial del hombre implica la subordinación de sus instintos divergentes a imperativos de conveniencia mutua. Tan radicales son en el hombre los impulsos egoístas como los impulsos altruistas, y la prevalencia ulterior de estos últimos es el sentido que tiene —si alguno tiene— la evolución de la sociedad y de la cultura. Pues bien, es la educación el medio por el cual pueden afirmarse y expandirse los impulsos altruistas y transformar al individuo en un ser culto, eficiente y solidario, capaz de convivir con sus semejantes. Comparte el soberbio juicio de Kant: “el hombre no llega a ser hombre sino mediante la educación”.

III

Su obra educadora enriquecida con su experiencia política y su intuición de artista, le han dado un profundo conocimiento de la naturaleza humana y de la sociedad. Su fe en el hombre y en su perfectibilidad, por la elevación de su grado de racionalidad y la purificación de sus sentimientos, y su reconocimiento de la inquietud permanente del corazón humano más allá de todo progreso social y de todo avance científico, provienen de este contacto cotidiano con la juventud y de su conexión estrecha con la vida. Además, Eugenio González es un trabajador incansable. Ha enfrentado sus tareas, siempre, con el máximo de responsabilidad y las ha realizado con eficacia. Su larga obra de maestro, escritor y político corrobora con exceso la afirmación expuesta.

En su condición de intelectual, de hombre de pensamien-

to, ha mantenido una resuelta independencia frente a los poderes, a los sectarismos y a las conveniencias tácticas, entregado exclusivamente al servicio de la verdad. Su inteligencia, unida a una moralidad severa, enemiga de la búsqueda de éxitos efímeros, o de recompensas, nutren su admirable y permanente actitud de defensa de los valores espirituales, de la causa del hombre. Su trayectoria intelectual y política exhibe una perfecta consecuencia entre idea y acción, entre teoría y praxis. Ha rechazado toda consigna astuta, la mentira y el dogma. Y como hombre de pensamiento, educador y político, ha sabido encontrar la reconciliación de la condición humana en la formación de la juventud y en la solidaridad con el sufrimiento de los pobres y de los humildes.

En su última intervención en el Senado pudo decir con absoluta veracidad: “no concebimos la política como medio de encumbramientos personales. Tampoco como ocasión de popularidad y vanagloria. Menos aún como empresa de utilización partidista del poder del Estado. La concebimos como actividad de servicio, como severa vocación patriótica”. Tal ha sido la norma inflexible en la vida y conducta de Eugenio González. De ahí su gravitación espiritual, el acatamiento y simpatía a su personalidad, aun por sus antagonistas ideológicos y políticos.

IV

Durante los ocho años de su mandato senatorial cumplió una magnífica misión, no sólo por su preocupación constante por los problemas nacionales, concretada en peticiones y proyectos, sino por sus numerosos y eruditos discursos polémicos en torno a la doctrina socialista, a su programa, al enfoque de la evolución histórica de Chile y al análisis de la política de la época. A pesar de la dura pugna ideológica y política, se le escuchó con interés y respeto y se le admiró por su extensa cultura, por su estilo original y su riqueza idiomática, por su profunda versación técnica. Además, siempre constituyó una fiesta espiritual escuchar sus inter-

venciones por el tono elevado y distinguido de sus planteamientos, y por sus frecuentes consideraciones ingeniosas, en las cuales brillaba un agudo y remozado volterianismo.

A raíz de su discurso del 14 de marzo de 1957, culminación de su brillantísima jornada de ocho años de labor y fecundas polémicas, en la cual se conquistó la admiración de todos los senadores por su actitud serena y gallarda, se produjo un hecho inusitado: su contendor tenaz, el senador liberal Raúl Marín Balmaceda, pronunció sentidas y ecuanimes palabras, en su nombre y en el de los miembros de los partidos opositores, como adhesión al caballeroso y talentoso antagonista ideológico y político: "Sin odios ni resentimientos, sin pasión y sin violencia, sin actitudes inútiles —que sólo contribuyen a cavar un abismo entre los partidos antagónicos—, en lenguaje singularmente castizo y hermoso, supo él dar elevación, seriedad, a todos los debates en que tomó parte. Me es inmensamente grato así decirlo y rendir por ello al noble adversario público homenaje de admiración y respeto". Y se lo rendía casi sin conocerlo personalmente, por lo cual agregaba: "No es, pues, un sentimiento de amistad el que me mueve a rendirle este homenaje de despedida, sino el reconocimiento a su cultura, a su caballerosidad y a su alta apostura moral en el desempeño de su representación popular".

V

Eugenio González es uno de los representantes más calificados del socialismo chileno y de su corriente humanista. ¿Cómo lo entiende? De acuerdo con sus propias palabras, en memorables discursos, el socialismo es revolucionario y creador y, al mismo tiempo, profundamente democrático. Los partidos socialistas frente a la sociedad burguesa son revolucionarios como en otra época lo fueron frente a la sociedad nobiliaria los partidos liberales. La condición revolucionaria del socialismo no depende de sus métodos empleados para alcanzar sus objetivos, sino de la naturaleza de su impulso histórico dirigido a un cambio radical en el

régimen de propiedad y en la forma de convivencia. Por otra parte, para superarlos, dándoles la plenitud de su sentido humano, el socialismo pretende poner al alcance de todos los miembros de la colectividad trabajadora los bienes de la civilización técnica desarrollada por el sistema capitalista. El socialismo es revolucionario por sus objetivos, pues implica un cambio completo en la estructura de la sociedad capitalista, pero no puede ser dictatorial por sus métodos, por cuanto procura el respeto a valores de vida que exige el régimen de libertad.

¿Cuál podría ser la fórmula expresiva del programa socialista? La siguiente: planificación económica dentro del estado democrático popular con vista a la dignificación espiritual de la vida humana. Las formas de vida en que el socialismo se realice sólo serán auténticas y verdaderamente progresivas si están animadas por lo esencial de su espíritu: la dignificación del hombre. Para el socialismo la transformación radical de la estructura económica es sólo el medio para posibilitar el fin, que es el pleno desenvolvimiento de la personalidad humana, hoy día desvirtuada en sus más nobles tributos y convertido en nuevo resorte de la maquinaria estatal. El capitalismo se afirma de hecho en una negación de la persona humana e impide a la mayoría de los hombres, adscritos a la servidumbre moderna del salario, el acceso a los bienes de la cultura y los limita a todos por igual —capitalistas y obreros— en una práctica mecánicamente rutinaria del trabajo y en una concepción sórdidamente utilitaria de la vida. Ante la confusión de los medios y los fines y la transmutación tan negativa de los valores vigentes en la convivencia humana, Eugenio González expresa: "Así, la técnica, la economía y la política, de simples medios han llegado a convertirse en fines eminentes. El socialismo, esa es la raíz de su fuerza ética y de su significado cultural, tiende a restablecer la subordinación de los medios a los fines y a determinar estos últimos de acuerdo con una jerarquía de valores cuyo eje sea la dignidad de la persona. Aprovechar la técnica, organizar la economía y configurar el Estado de modo que sean posibles, conjuntamente, la libertad polí-

tica, la justicia económica y el desarrollo espiritual". El socialismo se esfuerza por establecer condiciones que permitan devolver al trabajo su alegría creadora y a la vida su dignidad moral. Los socialistas quieren una economía para la comunidad, no para el Estado.

VI

Es arbitrariedad de la ignorancia, cuando no propósito de intencionada malicia, sostener que el socialismo es incompatible con la libertad y, por lo tanto, siendo ésta su esencia, con la democracia. Eugenio González aclara que la socialización del poder económico propiciada por el socialismo no implica que ella se realice en forma de centralización totalitaria impuesta por una burocracia estatal y porque como heredero del patrimonio cultural, repudia el socialismo, cualquiera forma de Estado totalitario. Los fueros de la conciencia personal en lo que concierne a los sentimientos y a las ideas así como a su expresión legítima, son inalienables para el socialismo como el derecho de los trabajadores para designar a sus representantes en la dirección de las actividades comunes. El socialismo no excluye ninguno de los modos superiores de vida espiritual. Ningún método de violencia estatal, menos aún la violencia erigida en sistema, es compatible con la índole del socialismo, porque si puede realizarse por la violencia una planificación económica para colmar el abismo del atraso y del subdesarrollo, ellos se hará a costa de una inevitable deformación moral de las nuevas generaciones en el ámbito inhumano del Estado totalitario.

Dice Eugenio González: "El socialismo no aspira a reforzar el poder político del Estado con el manejo del poder económico. No pretende el socialismo que sea el Estado quien planifique, regule y dirija los complejos procesos de la producción y distribución de bienes y servicios. No se propone el socialismo levantar sobre las ruinas de las empresas privadas a una especie de gran empresario que sería el Estado burocrático y policial. Por el contrario, quiere el

socialismo que los propios trabajadores y técnicos a través de sus organizaciones, planifiquen, regulen y dirijan directa y democráticamente los procesos económicos en beneficio de ellos mismos, de su seguridad, de la sociedad real vigente. Para el socialismo es tan imperativa la defensa de los intereses y valores humanos frente a las tendencias absorbentes del totalitarismo estatal como frente al poder económico del capitalismo monopolista".

No es posible, entonces, separar el socialismo de la democracia. Más aún, sólo utilizando los medios de la democracia puede el socialismo alcanzar sus fines sin que ellos se vean desnaturalizados. Sin duda, se trata de una democracia viva, superadora de la democracia puramente formal, de alcances civiles y políticos, y se haga una democracia real, de contenido económico y social, pero sin que su sentido histórico y moral que es, por sobre todo, la preservación de los derechos humanos, experimente menoscabo alguno en provecho del poder del Estado o del progreso de la economía.

En este instante de crisis y de transición en nuestra evolución democrática la instauración del socialismo es ineludible y, en su fase inicial, exige la planificación económica como absolutamente necesaria para acelerar el desarrollo interno del país; industrialización conforme a un plan reforma del régimen de propiedad y trabajo de la tierra, reajuste del sistema institucional democrático, la incorporación de las masas a la actividad cultural; entendimiento de los países latinoamericanos sacándolos de su estado de simples dependencias de la política y economía de los grandes imperia- lismos en pugna para una integración orgánica de sus economías y unidad de sus estados en la política internacional, con los gobiernos democráticos.

VII

El socialismo se está realizando en el mundo como exigencia perentoria de las transformaciones económicas impuestas por los avances tecnológicos, y como imperativo insoslayable de la conciencia moral. Y aquí está, según Eugenio González, "la fuente primordial de la vitalidad del socialismo: en que es todavía una esperanza de superación humana. Si él no fuera otra cosa que la racionalización, en términos políticos y económicos, de los impulsos utilitarios y materialistas de las masas urbanas, carecería de verdadera grandeza, de virtud creadora".

¿Se puede construir el socialismo en un ambiente de libertad política? y ¿en un país en vías del socialismo, puede existir organizadamente una oposición política socialista?

Creo interpretar de manera correcta el pensamiento de Eugenio González al responder, de acuerdo con sus ideas expuestas, afirmativamente dichas preguntas. Y en tal sentido expresa la posición de la mayoría de los adeptos al programa y a las actividades socialistas, y a la vez, los caracteriza en forma precisa ante las otras corrientes del movimiento obrero.

El socialismo es comunión íntima con todos los desheredados, en un humanismo democrático, cuya misión supone construir una nueva sociedad, un ideal de vida, una comunidad de intereses, una civilización de trabajo. En la reconstrucción de esa comunidad de vida e intereses es esencial el funcionamiento de una economía planificada que nacionalice los medios de producción y asegure una justa repartición de las rentas; pero la planificación no debe aplastar y sumergir al individuo. El régimen socialista impone

prescribir a la política y al Estado límites que dejen al ciudadano un campo de libertad filosófica o religiosa y permitan el amplio respeto humano. El socialismo no implica un dogma ni una disciplina obligada y apremiante, sino una ética. Al concretarse como régimen político abarca un sistema de libertades, con garantías individuales, libre discusión y crítica, bajo un permanente control democrático. La democracia socialista debe ser un modo de convivencia, organización y dirección social basado en la libertad, cuya expresión positiva contenga el derecho a disentir. Una democracia socialista genuina favorece la crítica de sus métodos, y aun de sus fundamentos, para lograr su incesante perfeccionamiento; estimula la iniciativa creadora de los ciudadanos; respeta y amplía las libertades, protege la oposición y la disidencia. En caso contrario cae en la dictadura simple y niega su teoría, su contenido, su esencia.

Eugenio González personifica brillantemente el programa y la posición del socialismo humanista y democrático.

VIII

Su preocupación por el mejoramiento de la enseñanza ha sido constante. En el Senado presentó un proyecto de reforma educacional, de transición hacia una completa reorganización del sistema docente nacional. Su base filosófica tendía a acentuar el valor de la persona humana y la dignidad del trabajo productor, como fundamentos del orden democrático; su estructura pretendía simplificar los servicios técnicos y administrativos, adaptada a las necesidades de la sociedad patria y a las orientaciones de la educación científica; su organización establecía el carácter orgánico de la educación nacional que debía desenvolverse como unidad funcional desde las actividades preescolares hasta los estudios universitarios, sin perjuicio de su descentralización administrativa y técnica, de acuerdo con las zonas geográfico-económicas del país. Para dar forma práctica al principio de la correlación entre las diversas ramas de la enseñanza establecía las unidades educacionales sobre la base de las

ya existentes y de las que se irían creando para impartir bajo una misma dirección la enseñanza primaria, media y profesional, a objeto de simplificar el mecanismo administrativo y técnico, aprovechar mejor los medios de trabajo, y realizar una amplia labor de extensión cultural en las respectivas localidades. Contemplaba la educación sistemática y la educación extraescolar. Para los fines de la descentralización administrativa consideraba directores y consejos locales y la representación genuina del profesorado en funciones; como organismo máximo se constituía la Superintendencia de Educación, con la participación de personeros del magisterio. A fin de asegurar la independencia de la función docente del Estado asignaba al Ministerio de Educación un carácter técnico. La formación del profesorado de todos los servicios sería realizada por las Escuelas de Pedagogía, dependientes de la Universidad de Chile.

Al terminar su mandato de senador, Eugenio González quedó de nuevo entregado por entero a sus labores docentes. Se le designó Decano de la Facultad de Filosofía y Educación y al cumplirse el periodo legal de su gestión, se produjo un hecho sorprendente. En las elecciones de 1962 se le reeligió por acuerdo unánime de sus miembros. Le otorgaron tan elevada prueba de adhesión y confianza como reconocimiento a su capacidad intelectual, a sus prendas morales, a su probada sindéresis y a su larga dedicación a la enseñanza. La actitud desinteresada y ecuánime de los componentes de esa Facultad significó el acatamiento espontáneo a la egregia condición humanista de Eugenio González, hecha de saber, de actividad realizadora, de rectitud personal y de profunda comprensión del hombre chileno y de la sociedad nacional.

Al aproximarse la fecha de designación de Rector de la Universidad de Chile para el período a iniciarse el 17 de septiembre de 1963, una vez más su ascendiente intelectual y moral movió a doscientos maestros a firmar un manifiesto levantando su candidatura. De inmediato se sumaron numerosas adhesiones y su postulación adquirió una honda resonancia. Por primera vez, en varios decenios, se llevaba

como candidato al magno cargo a una figura prominente en el campo del pensamiento y de la cultura, y a un educador de nota, con una obra vasta, real y fecunda, con ideas precisas, con una posición nítida y definida, y con una reciedumbre espiritual, ideológica y ética admirable y ejemplar.

En el día de la elección su nombre se impuso de manera categórica, por amplio margen. Asumió la Rectoría en medio del entusiasmo de sus admiradores y del respeto de sus rivales, y desde el primer día se advirtió la firmeza de su actitud y la ponderación de su método.

Sin duda, su rectorado se traduciría en la dignificación, el progreso y la renovación del más alto plantel educacional del país.

Eugenio González Rojas asumió el cargo de Rector de la Universidad de Chile prestigiado por una larga carrera docente en la enseñanza liceana y universitaria, por una importante labor de creación literaria y por una rica experiencia política como calificado representante de las fuerzas democráticas del país en el Senado de la República.

Apenas inició sus funciones, en 1963, formuló diversas declaraciones en diarios y revistas, y a los más connotados comentaristas de radio, con su acostumbrado lenguaje, castizo y su elevado y sereno estilo, sobre sus concepciones en torno a la misión de la universidad en general y, en forma precisa, acerca de los problemas universitarios chilenos, y esbozó en líneas generales cuáles serían los puntos más sobresalientes, las preocupaciones, mayores, de su política universitaria.

Dejó de manifiesto sus condiciones excepcionales de carácter y de cultura, y, también, su vigorosa posición ideológica de izquierda, democrática, laica y socialista. Según ella, la izquierda representa una concepción democrática integral, basada en el reconocimiento de la igualdad social y política de todos los individuos, en oposición a la derecha, propiciadora del "gobierno de élite", y justificadora de derechos y privilegios abusivos por una supuesta ineptitud y una irremediable desigualdad de los seres humanos. La iz-

quierda es optimista, posee confianza en el hombre, se coloca en la línea del progreso esforzándose por instaurar un nuevo orden libremente deseado, a base de la aplicación de la ciencia a la vida y de la participación de todos los ciudadanos en la elaboración de los nuevos valores de una sociedad igualitaria. La izquierda propicia el cambio, la innovación, y exige el otorgamiento de iguales oportunidades de desarrollo y de participación social y política a todos los miembros de la comunidad. La derecha habla de la existencia de "leyes naturales", en oposición a las conscientes elecciones humanas, y predica la sumisión a ese orden natural, en nombre del cual condena las revoluciones y el principio mismo de las reformas de estructura. La derecha es fundamentalmente conservadora, defensora de los intereses materiales y de los privilegios. La izquierda se encuentra al frente del avance de la sociedad, porque "el deseo de hacer las cosas mejor, antes generador de utopías, se convierte en la condición del progreso e incluso de la prudencia. Ahora bien, *esta confianza en las posibilidades humanas es el alma de la izquierda. Ella se ha expresado ora con torpeza, ora con clarividencia, tomando partido por la ciencia contra el oscurantismo, por la democracia contra el autoritarismo, por el cambio contra el statu quo.* Ella ha suscitado doctrinas, pero también combates, que han marcado profundamente la historia de nuestro país. El conservantismo profesional que se ha apoderado de los medios de enseñanza no debe hacer olvidar que fueron hombres de izquierda, los institutos republicanos, quienes sostuvieron en el momento más difícil, la batalla por la difusión del saber, fuera de la élite que trataba de conservar lo existente".

La izquierda es la única capaz de impulsar el progreso porque persigue, como lo señalara Jaurés, "el fluir de la gran vida ardiente y libre de la humanidad que, aliviada de toda servidumbre, se apropiará del universo a través de la ciencia, la acción y el ideal".

Eugenio González Rojas al unir a su cultura, a su idealismo y a su elevada moralidad, su condición de firme e inteligente hombre de izquierda, de luchador democrático,

de socialista humanista, colocado en medio del fluir histórico hacia el progreso y la libertad, garantizó una eficiente administración de la Universidad de Chile, su ampliación y mejoramiento; su manejo con dignidad, firmeza y jerarquía, sin aspavientos egolátricos, sin estridencias demagógicas y sin móviles proselitistas.

I X

En sus primeras declaraciones afirmó de manera categórica: "*Tengo el propósito de hacer funcionar, del modo más cabal que sea posible, un régimen de democracia en la vida de la universidad, y, a la vez, establecer un racional ordenamiento general de la actividad universitaria y una más eficaz planificación de la enseñanza superior*". Sin embargo, desde el primer momento dejó también constancia de que tales intenciones chocaban con un obstáculo muy serio: la vigencia de un Estatuto Universitario anticuado, cuya reforma es de resorte del Gobierno. No obstante las inmensas atribuciones dadas por las leyes y reglamentos al rector, aquel Estatuto obsoleto restringe la adopción de medidas creadoras aconsejadas por la experiencia y las nuevas necesidades; impide la realización de los cambios de fondo que las circunstancias actuales imponen, y, de tal modo, limita y reduce toda posibilidad renovadora de una nueva política universitaria, de una reforma y de una democratización generales. Por esa razón, pondría su máximo empeño en obtener la tramitación legal de una modificación sustantiva del Estatuto Universitario, delicada cuestión de incumbencia del Gobierno.

De todos modos, agregaba: "Aun dentro de los marcos restrictivos de la actual legislación universitaria, es posible poner en obra procedimientos que simplifiquen, haciéndolo más expedito, el funcionamiento administrativo de la universidad; que hagan más eficaz la docencia, mediante una seria reforma de la organización de las cátedras y de los métodos de trabajo; que den un impulso realista a la investigación

científica, sin caer en exageraciones dispendiosas y a menudo peregrinas”.

El planeamiento de la educación universitaria, como aspecto del planeamiento integral de la educación nacional, supone el ordenamiento y la jerarquización de los problemas generales y particulares, mediatos y urgentes; la utilización racional de los medios existentes y la apelación a nuevos recursos indispensables, y por encontrarse ligada a la enseñanza media, y por el sentido de sus tareas, su conexión con ella; no puede aparecer como una institución aislada en el marco del sistema escolar del país. Las ramas de la enseñanza deben guardar una relación coordinada y progresiva, porque cada etapa de la educación posee una tarea propia y, a la vez, es preparación de la siguiente.

En relación con las ideas anteriores, la universidad recomendó la supresión del bachillerato, y luego lo reemplazó por una prueba de aptitud académica en armonía con el contenido y el carácter de la enseñanza media, y, por otro lado, influyó ante las autoridades educacionales para la creación del Consejo de Coordinación y Planeamiento de la Educación Superior.

El rector Eugenio González, en sus declaraciones públicas, se refirió también, en forma clara y precisa, a la *autonomía universitaria*. Para su funcionamiento eficaz y fecundo se requiere un régimen de plena autonomía administrativa y cultural, y un régimen de libertades para la expresión del pensamiento, la investigación científica y la organización interna de los grupos de la vida universitaria. La libertad de cátedra implica la plena soberanía del profesorado en la enseñanza y la responsabilidad para éste de impartirla objetiva y científicamente, de presentar con honestidad intelectual los diversos sistemas. La unidad de la universidad no puede obtenerse en el respeto de un dogma oficial, porque ello desembocaría en el confesionalismo, sino en el conocimiento vivo y en la búsqueda permanente de la verdad, y en la identificación de todos sobre lo que debe ser y hacer la universidad en la vida de la nación.

En la actualidad, como lo ha expresado F.C. James, pre-

sidente de la Asociación Internacional de Universidades, la autonomía universitaria está expuesta a nuevas amenazas: “La contribución de los gobiernos centrales o provinciales al financiamiento universitario aumenta regularmente”, y esta evolución involucra el peligro de una mayor ingerencia suya en su seno, y, por otro lado, como las universidades son “consideradas ahora poderosos factores del desarrollo nacional, pone en el riesgo de incitar a los gobiernos a intentar una mayor influencia sobre ellas, a fin de adaptar más estrechamente sus actividades a los planes nacionales de desarrollo”, y en otras partes del mundo, “se ve a veces a las iglesias y a otros organismos religiosos esforzarse por orientar el conjunto de las actividades universitarias”.

La autonomía es algo básico en la vida universitaria, porque sin ésta carece de posibilidad de acción. La autonomía le concede el derecho a la propia dirección, y el gobierno de la universidad, de sus facultades y departamentos, se alcanza por la vía electiva democrática, por la libre elección de los claustros de profesores, y, en ciertas fases, de los representantes de los alumnos.

La autonomía supone la existencia de una amplia libertad para determinar sus orientaciones, el contenido de sus estudios y sus sistemas de trabajo. El gobierno y la sociedad deben darse cuenta que la autonomía de la universidad es un poder espiritual que se debilita o no se hace patente si ella carece de libertad, y, al mismo tiempo, su vigencia supone la obligación de la universidad de respetar todas las ideologías políticas, todos los credos sociales y las creencias religiosas. La universidad autónoma no puede convertirse en instrumento de ningún partido o secta.

La autonomía sufre limitaciones provenientes, principalmente, de la restricción financiera de su presupuesto con recursos escasos en relación a sus crecientes necesidades, dependiente del poder público, y no de rentas propias. La falta de independencia económica puede comprometer la autonomía doctrinal y efectiva de la universidad y por eso es una aspiración legítima llegar a conquistar fondos propios acordados por leyes específicas.

Cuando la universidad ha perdido su autonomía por la subordinación estricta al Gobierno, transformándolo en órgano de dictaduras, de ideologías dogmáticas o sectas o grupos partidistas dominantes, pierde su poder espiritual, su búsqueda imparcial de la verdad, y deja de estar animada por una vida auténtica.

X

“La universidad está al servicio de la cultura, es decir, de la formación del hombre. . . La universidad tiene que ser radicalmente humanista. Toda actividad universitaria, por lo mismo de serlo, tiene que girar alrededor del hombre y de su destino dentro de la realidad orgánica de una cultura viviente”.

Si la cultura “es el sistema vital de las ideas de cada tiempo”, la misión de la universidad supone la transmisión de la cultura, la enseñanza de profesiones y la investigación científica, o sea, una equilibrada totalidad de cultura, ciencia y profesión, con un sentido integrador y unitario. La universidad moderna, junto con perseguir el desarrollo de la aptitud y el saber técnico profesional, y de la capacidad para la investigación científica, tiende al pleno desenvolvimiento humano.

Eugenio González Rojas reconoce la alta importancia de la ciencia en el contexto de la cultura moderna, pero rechaza el criterio bastante generalizado según el cual sólo posee valor la ciencia que da los fundamentos de la técnica cada día más perfeccionada, necesaria para “el aumento de la productividad”, “el desarrollo económico” y la “satisfacción de las necesidades materiales”, y también reacciona contra el criterio restrictivo corriente, propio de los especialistas, de considerar ciencia únicamente a las ciencias naturales, apoyadas en las matemáticas, menospreciando las ciencias del espíritu y de la cultura, como son las históricas, psicológicas, sociales. . . Por eso, sin menoscabar la situación de la ciencia natural y de la alta tecnología, en la universidad, estimaba indispensable impulsar todas las for-

mas de la actividad espiritual, y manifestaba: *“Tendré el mayor interés en fomentar el cultivo y difusión de las ciencias humanas y de las actividades artísticas y literarias. El desarrollo cultural debe ser orgánico y reflejarse, como tal, en la formación de la juventud. La universidad tiene que promover armónicamente, sin exclusivismos arbitrarios ni circunstanciales apasionamientos, la producción filosófica, científica y artística. Esa es su tarea: de integración espiritual, de auténtica cultura”.*

En razón de lo expresado, al imperativo de formar buenos contingentes de profesionales y técnicos, que guíen y promuevan el desarrollo económico y social en todos sus aspectos; de impulsar la investigación científica, proporcionando los elementos materiales indispensables y estimulando el interés de los jóvenes por las ciencias puras, como única manera de romper la eterna dependencia de los aportes científicos y técnicos de los países más avanzados y crecer por sí mismo, se agrega la obligación de amparar y extender el arte y la literatura, y de aumentar la orientación filosófico-humanista de toda su enseñanza para llegar a la formación integral del hombre.

El pensador Fritz Pappenheim, en su ensayo “La enajenación del hombre moderno”, entre sus muchas consideraciones sobre los factores alienantes de la sociedad actual y la posibilidad de encontrar una solución positiva en la reforma educacional, destaca cómo en la actualidad predomina un tipo de enseñanza especializada, dirigida a formar y entrenar meros técnicos; enseñanza limitada, concentrada en aspectos parciales y fragmentarios del problema humano. Escribe: “El hombre moderno no busca el conocimiento primariamente para comprender el misterio del ser o para encontrar soluciones a las cuestiones suscitadas por el sentido de curiosidad supuestamente inherente a todos los seres humanos. Prefiere el tipo de saber que le capacitará para lograr su meta de sujetar el mundo a sus fines y aumentar su poder tanto sobre la naturaleza como sobre sus semejantes. El conocimiento mejor adaptado a este propósito es el saber pragmático, dirigido a la dominación tal como lo ha des-

crito Scheler en sus ensayos sobre la sociología del saber moderno. La influencia de este saber pragmático y utilitarista para controlar es una tendencia básica de la civilización moderna". O sea, el sentido de la sociedad actual, en sus diferentes regímenes políticos, le impone a la educación ese afán de aumentar nuestro poder sobre la naturaleza y elevar nuestra posición social; no se preocupa por exaltar su significado humano, es decir, su capacidad de permitir al hombre realizar su búsqueda de la verdad que lo libera.

Está en lo justo, entonces, Eugenio González Rojas al propiciar como fin de la educación universitaria, el desarrollo de un hombre eficiente y libre. Por ese motivo, la universidad no puede limitarse a desempeñar el papel de un organismo administrativo, de enseñanza superior, dotado de un criterio pragmático-utilitario, para dar una preparación parcial, la de una profesión especializada en función de una sociedad competitiva y egoísta. La universidad pretende ser más científica y humanista, porque su meta genuina es más amplia y profunda: lograr la concurrencia equilibrada de la especialización profesional, del espíritu científico y del contenido del humanismo, con una idea integradora.

Según F. C. James, "la experiencia de la investigación es necesaria para el desarrollo personal del escolar o del científico. Sus resultados, vale decir, el volumen de conocimientos humanos, sólo pueden ser transmitidos de generación en generación de estudiantes universitarios, a través del proceso de la enseñanza. *La investigación y la enseñanza* son, de esta manera, igualmente indispensables en el proceso de la enseñanza superior". Son tareas fundamentales de la universidad, entonces, la enseñanza (profesiones) y la investigación científica, y para prodigar sus beneficios, la extensión cultural y el bienestar estudiantil.

El mismo autor citado reconoce "que el volumen de los conocimientos de nuestra época crece tan rápidamente, que hay una tendencia hacia el completo divorcio entre los conocimientos "científicos" y los "humanistas". Cada vez se tiene mayor necesidad de técnicos, y por la causa indica-

da, la verdad es que éstos "no están siempre preparados para jugar su papel de ciudadanos", y tal situación cobra gravedad cuando ingenieros u otros técnicos llegan a ocupar altos puestos administrativos en el Estado, o en la política. Por tal motivo es acertado el criterio de Eugenio González Rojas cuando plantea que la universidad sea radicalmente humanista. No es correcto mirar a la universidad únicamente como un conjunto de organismos y servicios destinados al desarrollo de la aptitud y el saber profesional, y de la capacidad para la investigación científica, y obligados a proporcionar colaboración técnica a una política del Estado. Es primordial entenderlo como un núcleo vivo preocupado del pleno desenvolvimiento humano.

XI

"... Nuestra universidad se ha caracterizado por su liberalidad para acoger las nuevas ideas y ha promovido iniciativas y estudios que, adelantándose al movimiento de la sociedad, han contribuido a orientarlo a través de las juventudes formadas en sus aulas. Es la suya, en este sentido, una noble tradición".

Al reconocer esta tradición, Eugenio González Rojas declaró que se esforzaría por acrecentarla en conformidad con los requerimientos sociales y las tendencias renovadoras del mundo actual. No concibe una universidad estática, incapaz de responder a las exigencias y peticiones del dinamismo social, porque en tal situación sería un factor negativo para el progreso de la nación. Como órgano y conciencia de la sociedad, se deberá adaptar al acelerado proceso de cambio social y espiritual; y, a la vez, a impulsarlo por sendas creadoras y fecundas.

En una admirable síntesis definiendo el rol de la universidad en el proceso de cambio actual, dijo:

"La universidad no sólo tiene que adaptarse al cambio social, sino que debe contribuir a impulsarlo desde su propia esfera de acción constructiva y con la objetividad que

corresponde a su espíritu de libre crítica, a fin de alcanzar la forma de vida justa a que el pueblo aspira.

“Conservar, incrementar y difundir el patrimonio cultural, son funciones tradicionales y específicas de la universidad, pero como efecto superior de su actividad docente está la formación de mentalidades directivas de la actividad social en todos sus aspectos. Nuestra universidad prepara buenos profesionales, y comienza a preparar buenos investigadores. Todavía no prepara, sin embargo, buenos dirigentes, porque ha descuidado la formación de auténticos universitarios, capaces de comprender la sociedad y la naturaleza en que viven, y de contribuir a la transformación de la una en términos de justicia, y al aprovechamiento de la otra en el desarrollo nacional.

“El progreso científico y tecnológico que nos asombra y nos abruma, pone en evidencia la necesidad de una elevada formación espiritual de quienes lo promueven, tanto por los peligros que implica la neutralidad de la ciencia y de la técnica frente a los valores morales y artísticos, como por las manifestaciones de creciente independencia entre las distintas manifestaciones de la ciencia y de la técnica con las demás expresiones de la vida cultural.

“Pero esta formación integral que define al verdadero universitario, no se logra si se desconoce el sentido social de las ciencias y las profesiones. Aunque estamos en la época de la socialización, persiste todavía en muchos aspectos de la preparación de científicos y profesionales una tendencia de anacrónico individualismo. Quiero ser bien entendido. No pretendo decir que el individuo deba desaparecer en las nivelaciones mecánicas de la sociedad de masas. Por el contrario, es mi propósito destacar el hecho de que el individuo sólo puede existir moralmente como tal en la medida que se integra a la comunidad donde vive, con libre decisión de servicio.

“La universidad —como institución nacional— debe ser colaboradora del Estado en el esclarecimiento científico y

técnico de los diversos problemas concretos— administrativos, financieros, económicos, educacionales, agrícolas, sanitarios, etcétera— que a éste se le presentan. He aquí una relación de la universidad con la política, entendida como empleo creador del Poder Público, por encima de circunstanciales intereses partidistas. La universidad ha cooperado, desde sus comienzos, y está cooperando al progreso institucional de la república, tanto a través de la enseñanza que imparte con elevado espíritu científico como mediante las investigaciones que realiza en nuestra naturaleza y en nuestra historia”.

“Pero hay otra relación, en un plano más elevado, de la universidad con la política. La universidad no es sólo un conjunto de organismos y servicios capaces de proporcionar asesoría técnica y científica a una política del Estado. Es también la universidad —y debiera serlo principalmente— una persona moral que toma debida y oportuna conciencia, en cada circunstancia histórica, de las fuerzas renovadoras que aparecen como impulsos ciegos de la voluntad colectiva. Esto significa que la universidad tiene la obligación de contribuir a orientar hacia objetivos valiosos el movimiento social, defendiendo siempre las conquistas dignificadoras de la personalidad humana”.

“Todos los universitarios saben lo que es necesario hacer en la universidad, y saben, también, por qué sólo se hace en insuficiente medida. El desarrollo de la universidad está programáticamente vinculado al desarrollo nacional. Si el ritmo de desarrollo es lento, lo será asimismo el ritmo de desarrollo de la universidad. Pero en ningún caso puede la universidad quedar rezagada con respecto al desarrollo nacional, porque si así fuere, este último se resentiría a corto plazo en términos de imprevisible gravedad”.

En resumen, la universidad debe poseer una orientación *humanista*, de acuerdo con el principio de que la conservación, transformación y perfeccionamiento del hombre es el fin de la cultura; *nacionalista*, en cuanto su crecimiento orgánico y funcional se guíe por las exigencias del desarrollo y

progreso de la nación en los diversos aspectos de su vida: formación de profesionales, investigadores, dirigentes políticos, requeridos para cubrir todas sus necesidades; *democrática*, tanto en su funcionamiento interno, por una leal asociación de profesores y estudiantes, como en su papel en la vida de la nación, tendiendo a eliminar los obstáculos y privilegios económicos que retardan el avance del país e impiden a los estudiantes de las clases modestas llegar a sus aulas; *social*, en cuanto a modificar la estructura y sentido ético de las profesiones, y en especial de las tradicionales, reemplazando su ejercicio comercial por una finalidad de cooperación en la vida social, y estimular y propiciar las proyecciones técnicas ajustadas a las necesidades del desarrollo nacional; constituyendo servicios de bienestar y protección al estudiante (pensionados, atención médica-dental, libros, etc.), y organizando la difusión cultural al servicio de las capas populares; *científica*, en cuanto a programas, centros de investigaciones y laboratorios; servicio de las cátedras y selección del profesorado. (Si la universidad se concibe como un órgano al servicio del desarrollo nacional, la actividad científica ha de orientarse a la investigación de sus recursos naturales y a la aplicación técnica correspondiente).

X I I

“Procuraré que se establezcan vínculos permanentes y, en lo posible, efectivamente orgánicos, entre nuestra universidad y las demás universidades latinoamericanas. Tenemos problemas comunes y podemos coordinar nuestros esfuerzos para solucionarlos con nuestros propios recursos. No quiero decir con esto que sea contrario a recibir la colaboración económica de países ajenos a la comunidad latinoamericana. No; cualquiera ayuda a nuestro desarrollo cultural —como al económico— debe ser bien acogida. El mundo de hoy tiende a la integración entre los dos órdenes. Pero, eso sí, cualquiera ayuda que se ofrezca para la universidad, debe ser absolutamente incondicionada, es decir, prestada en con-

diciones que no amengüen en forma alguna la independencia y la dignidad de la corporación y del país. Nosotros, en cuestiones de educación, tenemos técnicos de alta competencia. No necesitamos de “expertos foráneos” . . .

En cuanto a la planificación de la educación superior en Latinoamérica: “Nos interesa mucho la coordinación planificada de la actividad universitaria en Latinoamérica. Consideramos este asunto con sobrio realismo. No queremos contribuir a formar y mantener entidades fantasmales que sólo adquieren transitoria consistencia para celebrar congresos”...

En la realización de este propósito ha tratado de forjar vínculos efectivos entre universidades libres, como intercambio de profesores y escuelas comunes, con las de Lima, Buenos Aires y Montevideo.

Por otra parte, a juicio de Eugenio González Rojas, las universidades latinoamericanas fieles a su tradición histórica, están obligadas a sustentar ideales democráticos y americanistas, y, por lo tanto, atender al perfeccionamiento de la democracia y a la unidad de los pueblos americanos, preparar a la juventud para la libertad política de cada nación y para la unidad continental. Estos principios se concilian perfectamente con aquellos fundamentos básicos de la universidad: orientación humanista y sentido de universalidad, defensa y práctica de la libertad y búsqueda permanente de la verdad; objetividad científica y espíritu social; autonomía general y vinculación al medio nacional.

Al respecto es preciso tener en cuenta una atinada observación de F. C. James, cuando expresa: “El hecho mismo de que las universidades contribuyan tan poderosamente al desarrollo nacional, tiende cada vez a que sean consideradas como instituciones *nacionales* más que *internacionales*. Es esto, bien entendido, completamente contrario a los largos siglos de tradición universitaria, y es también peligroso. Si, en efecto, el progreso técnico está en la situación de reducir todo el problema a que la humanidad deba transformarse en el futuro en una gran comunidad pacífica, o perecer, es de primordial importancia que las universidades en esta época

crucial tengan conciencia aguda de los problemas y de la estructura de la comunidad mundial, que sean ellas en verdad centros de comprensión internacional y no puramente de propaganda nacional”.

En efecto, la universidad, además de su espíritu nacional y americanista, no puede desentenderse de la aspiración general de la humanidad hacia la comprensión, el intercambio y la solidaridad humanas. La universidad defiende la persona humana, su dignidad y libertad; combate la guerra y el odio fratricidas, proclama el derecho de la autodeterminación de los pueblos y del cumplimiento de cada destino nacional, para integrar la unidad latinoamericana y conseguir la comunidad mundial.

XIII

En breve recapitulación, a juicio de Eugenio González, la universidad es el gran centro creador de la cultura, y la educación universitaria se propone conservar, transmitir y desarrollar la cultura. Contribuye a su avance mediante los estudios humanistas, la investigación científica y tecnológica, la creación artística y la formación profesional (la formación de profesionales es sólo una parte de su misión). Es fundamental en su quehacer la investigación científica en todos los campos del saber, y por medio de la labor docente transmite y difunde las ideas, los adelantos de la ciencia, las realizaciones artísticas, el pasado histórico.

Además de la función de investigar y de preparar investigadores, y de capacitar especialistas en las diferentes direcciones de la ciencia y de la profesión, entra en el campo universitario la formación de técnicos auxiliares encargados de realizar los proyectos de los científicos y planificadores. La universidad cumple su cometido contemplando estudios ajustados al desarrollo económico del país, y estableciendo una relación correcta entre la investigación científica y la riqueza potencial de los recursos naturales.

(En el siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX, la universidad experimentó un crecimiento desarticulado, y a

consecuencia del proceso de especialización, las facultades se desmembraron y cada una adquirió fuerza propia. Lo importante pasó a ser esas facultades, el estudio especial, profesional, y lo secundario, la universidad, el estudio general. La idea de que la universidad era una suma de facultades, se adecuaba a la enseñanza de las carreras para preparar los profesionales liberales: médicos, ingenieros, abogados, y el personal de la administración pública).

La universidad, al entroncarse con la realidad nacional, con sus características y deficiencias, forma elementos capaces de ayudar con eficacia a mejorarla y superarla. En este terreno, con respecto a Chile, ha establecido toda una serie de carreras cortas, muchas de ellas en estricta conexión con las necesidades locales (Colegios Universitarios Regionales). La universidad no cumple con su cometido y se debilita si no fija una adecuada relación entre el estudio de las ciencias y las humanidades, y entre la necesidad de formar a los jóvenes en diversas carreras y especialidades y el progreso científico de la educación. Su labor languidece cuando hay escasez de personal, altamente preparado, de laboratorios y bibliotecas, o los locales son inadecuados, y cuando no implanta una estructuración racional para evitar que haya profesores y alumnos de cursos equivalentes, duplicados en la misma universidad; que la enseñanza de las diversas ramas, como matemáticas, física, química, biología, economía, sociología, esté fragmentada en decenas de secciones-estancos a cargo de catedráticos autónomos, repetidas de escuela en escuela, dispersando y multiplicando instalaciones y profesorado.

La universidad exige ser un ámbito de trabajo constituido por seminarios y laboratorios, equipos de estudios y centros de investigación, cursos y ciclos de conferencias. Y es fundamental el trabajo directo, personal, de profesores y alumnos; la investigación y resolución de problemas mediante una acción convergente de maestros y discípulos. La función docente tiene por objeto la enseñanza teórica y práctica, en forma activa, fomentando el contacto directo entre los estudiantes y el personal docente, y evitando la colocación del alumno en una pasiva actitud receptiva y repetidora del saber

hecho, que no ha concurrido a investigar ni a esclarecer. La enseñanza inerte a base de apuntes y manuales, sin elaboración directa del estudiante, debe desecharse. Es perjudicial *la didáctica de los apuntes*, con gran actividad de la memoria, del sistema de cátedra magisterial, de exclusiva exposición oral, dogmática y rígida. Es menester buscar las formas vivas de aprendizaje, intensificar los trabajos prácticos individuales y por grupos, y acordar una relación más adecuada entre el trabajo de los alumnos y el del profesor. De aquí la necesidad de implantar el sistema de profesores con "dedicación exclusiva", al lado del profesor con dedicación parcial, o catedrático. La universidad actual no permanece hermética frente a las transformaciones de la cultura y de la sociedad, y en un plano elevado intenta la comprensión de los problemas y aclara y orienta el proceso histórico de la nación.

En esta época de cambio la juventud universitaria, a pesar de sus excesos, concurre siempre ante los nuevos hechos sociales y a la cultura, con aportaciones valiosas y oportunas, con actitudes renovadoras que no siempre manifiestan las otras generaciones, por lo cual poseen el legítimo derecho a participar en el gobierno universitario al lado de los profesores y graduados.

La universidad es un vigoroso poder espiritual orientador, sin prestarse para servir de ambiente o tribuna a la propaganda partidaria o sectaria. Y en cuanto a su magisterio, se afana por darle un trato excepcional, en el cual se haya suprimido la expoliación intelectual, con horarios excesivos y malas condiciones de trabajo, y eliminando la desmedrada condición económica por las bajas rentas y la subestimación de la carrera docente. El profesorado no se libera de la obligación de estudiar y actualizarse, y por ello es fundamental su estímulo y respeto a base de concederle un buen salario y dignidad profesional.

XIV

En abril de 1966, Eugenio González publicó un notable y esclarecedor documento sobre la situación y las perspectivas

de la Universidad de Chile. Su examen permite adentrarse en los aspectos más sobresalientes de su política universitaria.

Ante todo se pregunta si está la Universidad en crisis. Y responde con ruda franqueza: "Lo está, por cierto, como el país entero, como el mundo entero. Hay, en todas partes, graves incongruencias entre las instituciones que tienden a permanecer inalterables y las realidades sociales fundamentalmente dinámicas. Entre nosotros, el ritmo de desarrollo se ha acelerado en los últimos decenios y se acelera cada vez más, exigiendo cambios verdaderamente revolucionarios en las estructuras básicas —materiales y morales— de la sociedad y del Estado.

La Universidad no puede quedar ajena a tales cambios. Y para medir sus deficiencias y limitaciones, es preciso considerarla en relación con la estructura educacional del país. Algunos datos estadísticos aclaran la situación. En 1964, la matrícula total llegó a 1.399,000 alumnos en educación parvularia y primaria (81.3%); a 291,000 alumnos en educación media (16.9%), y a 32,169 alumnos en educación superior (1.8%). Según las cifras reproducidas, la distribución del alumnado es todavía insatisfactoria, pero cada vez más equilibrada en los distintos grados del sistema educativo. Se tiene casi resuelto el problema cuantitativo de la educación primaria y una importante expansión en la enseñanza media, y, en cambio, es muy insuficiente el desarrollo de la educación superior. Una comparación permite abarcar la realidad en esta rama: en Estados Unidos y la Unión Soviética, a fines de la década pasada, el 7.6% y 8.3% de su población escolar cursaban educación superior, correspondiendo al 1.85% y 1.13% de su población nacional, respectivamente. En cambio, en Chile, esas proporciones de la educación superior, alcanzadas en 1964, fueron del 1.9% de la población escolar, y el 0.38% de la población nacional. Por lo tanto, en Chile queda por recorrer todavía un camino inmenso en ese plano.

En 1964, el 70% de la matrícula en la enseñanza media correspondía a los liceos, y esos establecimientos continúan

siendo, para la mayoría de sus alumnos, preparatorias para el ingreso a la Universidad. Y ahí se origina uno de los graves problemas nacionales, por cuanto “esta insuficiente diversificación de la enseñanza media, reflejo del menor valor que aún se atribuye a la actividad productiva de la industria, la agricultura y el comercio, y deplorable vestigio de una estructura social en vías de superación, explica, en gran parte, la excesiva presión por el ingreso a la enseñanza superior que se observa cada año”.

La angustia del ingreso a la Universidad deriva del hecho anotado de la insatisfactoria distribución del alumnado (un alto porcentaje en los liceos sólo mira a la universidad) y del carácter selectivo de la educación superior. La educación universitaria es por definición selectiva, pues se reserva únicamente a los más aptos para aprovecharla. Pero “debemos reconocer, no obstante, que el acceso a los últimos años de la enseñanza media y, por lo tanto, a la Universidad, es todavía, en nuestro país, una especie de privilegio. Investigaciones realizadas recientemente muestran que los padres de nuestros estudiantes tienen un ingreso promedio igual al doble del promedio nacional, y un promedio de escolaridad que es también igual al doble del promedio nacional”.

En este aspecto radica otra deficiencia grave: carencia de una amplia política asistencial dirigida a favorecer el ingreso a los grados superiores del sistema educativo a todo joven talentoso, cualesquiera que sean las condiciones sociales y económicas de sus familias; por eso, “hoy es posible afirmar que estamos dando educación superior sólo a una fracción de los jóvenes realmente capacitados para recibirla”.

Aunque la Universidad no posee capacidad para acoger a todos los egresados de la enseñanza media, el desajuste no es tan dramático como se le presenta arbitrariamente: “La matrícula total del primer año de las universidades entre 1961 y 1965 representa el 80% del total del último año de las escuelas de educación media con seis años de estudios entre 1960 y 1961”. Y, por otra parte, no puede pre-

tenderse que todos los egresados de la enseñanza media deban incorporarse de modo automático a la enseñanza superior: “Ningún Estado, por fuerte que sea su estructura económica y perfecta su organización social, podría sostener una política de “universidad para todos”, en el sentido de proporcionar a todos los ciudadanos que la deseen, preparación universitaria. Otra cosa es que la Universidad esté abierta a todos los que, en el curso del proceso educativo, demuestren aptitud y vocación para los estudios superiores, proporcionando el Estado, a aquéllos cuya situación económica lo exija, los recursos necesarios. Así podría haber en el ingreso a la Universidad una selección auténtica”.

A pesar de sus deficiencias y limitaciones, la Universidad de Chile ha alcanzado progresos de importancia, y es la base insustituible para cualquier construcción del futuro. No se encuentra al margen de los imperativos de cambio social ni se ha demostrado incapaz de responder a las progresivas demandas de educación superior. La matrícula de alumnos propiamente universitarios, por curso, entre 1961 y 1965, aumentó en un 50%, a una tasa acumulativa anual de 10.7%, y la del primer año a una tasa realmente excepcional de 14%. La Universidad de Chile atiende el 54% del alumnado universitario nacional. Además ha extendido sus servicios a todo el país, haciendo funcionar más allá de Santiago y Valparaíso, ocho centros universitarios (en Arica, Iquique, Antofagasta, La Serena, Talca, Chillán, Temuco y Osorno) en los cuales se proporcionan algunas de las carreras tradicionales y numerosas carreras cortas, de acuerdo con las necesidades y posibilidades económicas y sociales de la región. Pero el progreso se ha conseguido con un gran esfuerzo, siempre entrabado por la parsimonia cicatera del Estado en el suministro de los recursos indispensables para financiar la calidad de su educación y una acelerada expansión de sus servicios.

El reducido monto del Presupuesto de Inversiones ha impedido mejorar las condiciones de su planta física y disponer de la dotación exigida por una universidad moderna.

Apenas un 20% del equipo actual ha sido adquirido en los últimos diez años, y el resto debería ser renovado; sus escuelas y servicios funcionan en locales dispersos e inadecuados. La Universidad sólo posee el 64.3% de las superficies construidas en que funciona; de los locales restantes, 10.3% son arrendados, y 24.4% cedidos. Un 19% de sus edificios pueden considerarse buenos; un 31% son deficientes y un 50% son impropios para sus labores.

Una estimación prudente de recursos necesarios para atender en forma adecuada su expansión cuantitativa (mayor matrícula, planta física y dotación, gastos de operación de sus servicios, en constante crecimiento) y su mejoramiento cualitativo de la preparación profesional (aparte de la actualización de planes, programas y práctica de nuevos métodos de trabajo, exige disponer de completos equipos de laboratorio, bibliotecas bien provistas, numeroso personal docente y auxiliares consagrados enteramente a la faena universitaria) alcanza sumas enormes. De 1967 a 1975, en pesos de 1965, requiere aumentar su capital anualmente en E° 29.1 millones, para atender la expansión de la matrícula y renovar su planta física y su dotación, y aumentar su presupuesto corriente con una suma idéntica para atender los gastos de operación de sus servicios, en crecimiento a una tasa de 10.7%. Sin considerar gastos adicionales diversos y reajustes de remuneraciones y otros derivados de los cambios en el poder adquisitivo de la moneda.

La gravedad del problema universitario chileno radica en que "el país necesita . . . profesores, ingenieros, médicos veterinarios, agrónomos, asistentes sociales y otros especialistas, en número creciente, y las escuelas que los forman no están en condiciones de satisfacer la demanda nacional".

(A este respecto, una información del extranjero ilustra la anterior afirmación. En el *Boletín Informativo de la Gaceta de la Universidad*, No. 16, de junio de 1967, de Montevideo, se reproducen unas declaraciones del doctor Hermógenes Álvarez, decano de la Facultad de Medicina, sobre la superpoblación estudiantil de la universidad uruguaya, y

cuando habla de los estudiantes extranjeros destaca su elevado número en su facultad, en particular *chilenos*, con un porcentaje de 8.1% sobre el total, y expresa "la cantidad de estudiantes chilenos que cursa en nuestra Facultad (67), supera la población de las dos últimas facultades que creó Chile. Allí funcionan cuatro facultades de Medicina, una de las cuales admite 150 estudiantes y las otras tres solamente 30 cada una. Así, el limitacionismo de las universidades de Chile nos lleva a la situación de formar más de la cuarta parte de los estudiantes de medicina de ese país. Un convenio firmado en 1918 establece la libertad de ingreso de esos estudiantes a nuestra Universidad". Para remediar tan delicado asunto, las autoridades universitarias uruguayas se han planteado la necesidad de revisar ese acuerdo y, por otra parte, el Consejo de la Facultad de Medicina ha propuesto limitar a un 5% el total de ingreso de los estudiantes extranjeros.)

Con el propósito de mejorar la docencia, cada año se incorporan más profesores al régimen de jornada completa, régimen óptimo dentro de una universidad moderna, a pesar de no contar con los recursos para ofrecerles, en general, remuneraciones equivalentes a las que algunos pueden obtener en el ejercicio profesional libre o en otros servicios públicos, empresas privadas, organismos internacionales y universidades extranjeras.

(En tal situación reside una de las explicaciones de la emigración de tantos profesionales chilenos. Según un informe del ex embajador de Chile en los Estados Unidos, don Sergio Gutiérrez Olivos, de 8,549 chilenos establecidos en ese país entre 1954 y 1963, 2,320 eran graduados universitarios, y de esa cantidad, un 18% ingenieros, 14% economistas, 12% médicos, 14% arquitectos, mecánicos y técnicos en electricidad. . . Esa grave fuga de profesionales no sólo constituye una pérdida por lo que dejan de producir para el país, por el daño a su economía, sino también por el gasto ocasionado al erario nacional en su formación. A la Universidad de Chile, formar un médico le costaba

35 millones de pesos; un agrónomo, 12 millones; un arquitecto, 7 millones; un ingeniero, más de 7 millones; un economista, 5 millones; según cifras de 1965, más un 25% de desvalorización, en 1967. Si se multiplican esas cifras por el número de profesionales emigrados en esos años a Estados Unidos, 92 agrónomos, 417 ingenieros, 324 economistas, 324 arquitectos, 278 médicos, etcétera, se redondea una suma fabulosa. Es una pérdida de elemento humano especializado, vital para resolver las necesidades de desarrollo del país, y en el cual se invirtieron recursos cuantiosos para formarlos, mientras aquí faltan caminos, puentes, atención médica, cultivos científicos, y en circunstancias que la Universidad debe rechazar año a año a numerosos postulantes en sus diversas escuelas profesionales porque no hay cabida, y, sin embargo, el país necesita miles de arquitectos, ingenieros, agrónomos, técnicos industriales, químicos, dentistas, profesores. . .)

De todos modos, la Universidad, a pesar de algunas fallas, cumple ampliamente con su deber institucional: es un importante conjunto de escuelas profesionales, favorece la creación artística, literaria y la difusión de los valores culturales, y es un inmenso centro de alta investigación científica y tecnológica, estrechamente unido al desarrollo del país. La Universidad de Chile se encuentra íntimamente enlazada a los problemas nacionales, y, por tal razón, el gobierno está en la obligación de darle recursos y de fomentarla. Así lo expresa su Rector: *"Pero es necesario que se forme conciencia pública en el sentido de que el problema fundamental de la Universidad de Chile —el problema de su adecuado financiamiento— es un problema de Estado. La Universidad de Chile sólo podrá responder con plena eficacia a los requerimientos de nuestra sociedad —en trance de transformaciones profundas— si el Estado le proporciona, oportuna y regularmente, dentro de sus planes de desarrollo, los medios que reclama"*.

La Universidad de Chile aumenta año a año el número de sus alumnos, por cierto sin alcanzar todavía un porcen-

taje óptimo, a causa de sus limitados recursos (el nivel óptimo del número de estudiantes universitarios para naciones como la nuestra, se estima entre el 0.75% y el 1% de la población; por lo cual, en Chile nos encontramos en menos de la mitad de esa cifra; los estudiantes universitarios son 35,000, el 0.3% de la población; si se llega a un 0.75% se alcanzaría una cifra superior a los 80,000 estudiantes). Y en forma constante se perfecciona su enseñanza y se amplía su investigación; pero, *"...el notable incremento cualitativo de nuestra educación superior sería un beneficio ilusorio y podría crear nuevos y mayores problemas, si no fuera acompañado de una radical reforma de la universidad y de la organización de los estudios, en orgánica correlación con una reforma completa de todo nuestro sistema educacional y con un efectivo cambio en la situación económica y social de Chile"*.

X V

En los comienzos de 1968, Eugenio González Rojas dio a conocer la situación de la Universidad de Chile y expuso su pensamiento frente a sus grandes problemas: crecimiento y necesidades financieras, democratización y representación estudiantil, carrera y libertad académicas, autonomía y planificación¹.

En primer término, reiteró, con un más extenso análisis, algunos de los asuntos considerados en su exposición de abril de 1966 sobre la situación y la perspectiva de la Universidad. Su proceso de rápido crecimiento se registra de manera objetiva en la expansión de la matrícula. Su alumnado era en 1957 de 12.267 jóvenes, y subió en 1967 a 30.663. (Incluidos solamente los alumnos regulares que cursan enseñanza superior). Ese aumento ha sido más acelerado en los últimos cinco años: en 1962 hubo una matrícula de 15.915; en 1967 alcanzó una cifra equivalente al doble, o sea, en cinco años experimentó un 100% de incremento.

¹ Su texto íntegro apareció en "El Mercurio", del 10 de febrero de 1968.

Este notable crecimiento cuantitativo se produce junto con una extensión trascendental de las tareas de la Universidad hacia las provincias, por medio de centros universitarios muy activos (en Arica, Iquique, Antofagasta, La Serena, Talca, Chillán, Temuco y Osorno) y por el funcionamiento de nuevas carreras, "creadas con el propósito de preparar a los muchos profesionales y especialistas, de grado medio, que va requiriendo nuestro desarrollo económico y social". En 1957 se daban 66 tipos distintos de formación profesional, y subieron a 116 en 1967, la mayor parte dados en los centros universitarios de provincia. En 1957, el 76,2% del alumnado de la Universidad de Chile seguía carreras de cinco y más años de duración, y el 23,8% lo hacía en carreras de cuatro años y menos. Ahora, la proporción es de 52,5% y 47,5%, respectivamente, lo cual reafirma la importancia de las carreras cortas y su acogida favorable en la juventud.

Junto a la expansión cuantitativa de la docencia, ha mejorado su contenido cualitativo por medio de la revisión de los planes y programas de estudio "para adecuarlos a las exigencias del progreso científico y tecnológico y a las realidades y perspectivas del desarrollo nacional". (Entre enero de 1966 y mayo de 1967, el Consejo Universitario consideró 46 planes y programas de estudio y reglamentos de escuelas y de carreras recién creadas).

Con el mismo objeto de mejorarla ha enviado a centenares de profesores a especializarse y perfeccionarse en los grandes centros científicos y universitarios en Europa y los EE. UU. Y ha emprendido y realizado numerosísimas investigaciones científicas y tecnológicas, en diversas ramas del saber, para mantener la enseñanza superior en un alto grado de calidad y eficiencia. Por otra parte, ha sido enorme su obra de difusión cultural a través de escuelas de temporadas, cursos y conferencias y su participación en trabajos de ayuda a la comunidad en diversos lugares del país. (A través de su Departamento de Extensión Universitaria, Centros de Estudios Sindicales y Cooperativas y Departamentos de Acción Social).

La notable expansión en la enseñanza, investigación, difusión cultural y acción social no ha tenido, desgraciadamente, un aumento correlativo de sus recursos humanos, materiales, técnicos y financieros. Aunque la planta física de la Universidad ha aumentado de 139.668 m² en 1957, a 273.819 m² en 1967, es insuficiente para su buen funcionamiento, y "faltan aulas, bibliotecas, laboratorios, gimnasios. Faltan hogares y casinos estudiantiles, canchas deportivas. Faltan, sobre todo, equipos de trabajo —personal y medios— para atender a las crecientes promociones estudiantiles".

La Universidad comprende quince grandes reparticiones: Rectoría, Secretaría General y trece facultades. A su vez, esas quince reparticiones se componen por 322 organismos a lo largo del país (escuelas, institutos, centros, departamentos, oficinas, estaciones, observatorios, etc.). Para atenderlos cuenta con un presupuesto constituido por sus entradas propias (derechos de matrícula, prestación de servicios, producto de leyes especiales) y por los *aportes anuales del Fisco*.

Las entradas propias permiten solventar actividades reducidas y un tanto marginales de la Universidad. En cuanto a los aportes del Fisco, anota las cifras esenciales y claves para comprender el divorcio profundo entre las exigencias y necesidades de la Universidad para mantener y perfeccionar sus tareas, y las cantidades asignadas realmente.

En 1966, las cantidades totales solicitadas como mayor aporte del Estado se elevaron a la cifra de E⁰ 96.000.000, de la cual se otorgaron E⁰ 14.000.000; en 1967, E⁰ 80.000.000 y de ellos se dieron E⁰ 17.000.000; en 1968, el mayor aporte solicitado ha sido de 99 millones de escudos y le han sido dados, hasta ahora, E⁰ 19.000.000. "Un sucinto análisis de las cifras anteriores permite establecer que, sin considerar los reajustes de remuneraciones que se otorgan cada año por ley especial, y que pasan a incorporarse al presupuesto del año venidero, el mayor aporte fiscal para el presupuesto de gastos corrientes fue, en 1966, de un 7,31% del total de E⁰ 97.164.966, asignado en 1965; en 1967, de 10,92% del

total de E⁰ 134.071.000 asignado en 1966, y en 1968, de un 8,83% del total de 174.065.000 escudos asignado en 1967. Estos porcentajes incluyen los aumentos de sobresueldos (trienios, cargas familiares) que se producen en el curso de cada año, los incrementos vegetativos de los rubros de bienes de consumo y los gastos que implica la continuación de cursos iniciados en periodos anteriores. De este modo, las disponibilidades para extender las actividades internas y externas de la Universidad se reducen hasta proporciones insignificantes” . . .

A menudo el Fisco ha dejado de pagar algunas sumas del presupuesto de gastos corrientes y también del presupuesto en dólares. Y en cuanto a los fondos provenientes de la Ley 11.575, de 1954 (para favorecer la investigación científica y tecnológica orientada a mejorar la productividad de la agricultura, minería e industria y a acelerar el desarrollo económico nacional), como el Fisco no ha podido financiar en su totalidad las necesidades mínimas de la Universidad, se ha autorizado su inversión en gastos de funcionamiento para evitar reducir su actividad. (Y el Fisco adeuda a la Universidad la totalidad del rendimiento en dólares de la Ley 11.575 correspondiente a 1967, 456.000 dólares, y el 40% del correspondiente a 1966, 188.099 dólares).

Ante la crítica malintencionada de algunos sectores de opinión, Eugenio González rechaza categóricamente la suposición de que la Universidad de Chile carezca de una “definida política, reflejada en una planificación técnica de su actividad corporativa, condición esta última del óptimo aprovechamiento de los recursos disponibles y base objetiva para solicitar la entrega de mayores aportes fiscales”. Por el contrario, posee un plan bien elaborado de expansión de la Universidad, “hecho a base de las exigencias técnicamente estimadas del desarrollo educacional y nacional en los próximos diez años”. Y éste se revisa y se perfecciona constantemente para actualizarlo. En cuanto a la acusación frecuente de existir en la administración universitaria arbitrarismo dispendioso, también la niega por injustificada. En cambio es verdad que

adolece de muchos de los defectos inherentes a la de cualquier servicio público, dentro de un Estado de acentuada índole burocrática, porque “la complicidad de las disposiciones legales y reglamentarias a que está sometida nuestra Universidad impide, en efecto, cualquier simplificación de sus mecanismos administrativos, cada vez más recargados de enojosos trámites que perturban, a menudo, la oportuna atención de las necesidades propiamente académicas. Consideramos de urgencia dotarla, mediante una nueva ley orgánica, de la potestad reglamentaria requerida para que ella misma regule su régimen interno”.

El Consejo Universitario *ha discutido y aprobado, después de reconocer las opiniones expuestas en las distintas facultades, las disposiciones principales de un nuevo proyecto de Estatuto Orgánico* (para reemplazar al de 1931, todavía en vigencia), que elevará a la consideración y resolución del Gobierno y del Parlamento. Asimismo, *el Consejo Universitario ha aprobado las ideas centrales de un proyecto de reorganización de la Universidad* que requiere, para ser puesto en práctica, nuevos edificios agrupados en centros docentes, “que permitan la integración armónica de servicios similares, ahora dispersos”. Pero se necesitan cuantiosos recursos financieros y el Estado ha sido incapaz de aumentar sus aportes. *No faltan planes, sino medios. Los proyectos de expansión, oportunamente presentados, quedan sin aplicación.*

La Universidad de Chile “ha llegado al límite de utilización de su personal, de sus instalaciones y de sus locales”. Frente a tan angustiada realidad, de acuerdo con los datos suministrados, la opinión pública y la juventud, en especial la que no ha obtenido matrícula en la Universidad, deben apreciar “la magnitud y trascendencia del problema, cuyo planteamiento corresponde a los organismos técnicos de nuestra Universidad, pero cuya solución depende de la voluntad política del Estado”.

Con respecto a la democratización de la Universidad existe un asunto previo: “no cualquiera, por el simple hecho de haber terminado el ciclo secundario, puede atribuirse el de-

recho a ingresar a la Universidad; tiene que acreditar, para ello, calidad y vocación. Además, es obvio que ningún Estado, cualquiera sea el régimen imperante en él, contribuiría a formar más profesionales de los requeridos para su subsistencia y progreso”.

La democratización de la Universidad no puede entenderse en tal sentido, y es más legítimo preguntar: ¿Llegan actualmente a la Universidad los jóvenes más capaces para los estudios superiores? El proceso educativo, ¿produce en sus diferentes instancias una elevación auténtica y una adecuada distribución de los alumnos, según sus aptitudes y vocaciones? Ni lo uno ni lo otro. La selección universitaria se realiza entre jóvenes que por pertenecer, en abrumadora mayoría, a grupos sociales de alta y mediana situación económica, pudieron completar el ciclo de enseñanza media... *La democratización de la enseñanza superior “sólo será efectiva cuando se democratice realmente la educación nacional en su conjunto, y esto sólo será posible cuando se modifiquen las estructuras básicas de la sociedad y del Estado”...*

Se puede atenuar la injusticia actual por una pródiga asistencia del Estado a los jóvenes de escasos recursos. La democratización de la Universidad, en cuanto al servicio del pueblo, debe considerarse como “esencial función suya llevar al pueblo estímulos de cultura, a fin de abrir los espíritus a la comprensión de los valores de la verdad, la belleza y la justicia para el logro de una convivencia digna”.

Aunque la Universidad es ajena a las contingencias de la política partidista, no puede ser indiferente a los movimientos de progreso social, y por eso el empeño de su rector y de sus autoridades en darle una estructura nueva que le permita ser una auténtica comunidad de vida y trabajo, de la cual se encuentren excluidos la violencia y el dogmatismo. En este terreno, la rebeldía estudiantil debe comprenderse como “uno de los tantos fenómenos reveladores de una crisis histórica en la que se están definiendo nuevas formas y valores de la vida humana. Ha surgido tanto en sociedades políticamente libres y prósperas como en sociedades agobiadas por

la opresión y la miseria”. Y frente a ella, el Rector proclama: *“Nos parece altamente plausible que nuestros estudiantes tengan serias inquietudes políticas y sociales. Por lo demás, las han tenido siempre y, a través de su federación, han actuado como factor dinámico del progreso nacional, Preocupándose de los problemas públicos y promoviendo el cambio social, se han sustraído a las limitaciones espirituales de una formación sin base humanista y demasiado especializada que, por natural consecuencia, pudo inclinarlos a un concepto mezquinamente utilitario de su servicio profesional.”*

Con respecto al problema de la democratización de la Universidad hacia adentro, o sea, con respecto al funcionamiento de sus servicios docentes, científicos y culturales, y con relación al modo de elegir a los miembros del cuerpo académico superior y sus autoridades, se plantea este problema candente: *¿Deben los estudiantes intervenir en estas elecciones con derecho a voz y voto, para hacer efectiva la democratización de la Universidad?* Los estudiantes participan en diversos organismos con derecho a voz, y algunos con derecho a voto; y tres representantes de la FECH asisten al Cuerpo Superior. La colaboración de los estudiantes ha sido útil, inteligente y constructiva, y en los debates del Consejo Universitario han expuesto, con serena y respetuosa firmeza, sus puntos de vista sobre todos los problemas universitarios.

Ante tal situación, “para la debida integración y el cabal funcionamiento de una genuina comunidad universitaria —y recogiendo la ya larga experiencia del carácter positivo de la colaboración estudiantil— el Consejo Superior, en acuerdo con los delegados de la Federación de Estudiantes, ha resuelto que se institucionalice, dándole vigencia legal, en el nuevo Estatuto Orgánico, *la participación de representantes estudiantiles en todos los organismos colegiados de nuestra Universidad, con derecho a voz y voto desde la cátedra, concebida como grupo de trabajo, hasta el Consejo Superior.* También la tendrán representantes del personal agregado a la docencia. *El derecho a voto de los estudiantes, no regirá para la elección de autoridades y profesores y la resolución*

de problemas administrativos". El sensato acuerdo revela la madurez y seriedad de los dirigentes estudiantiles y el espíritu realista y renovador del Consejo Universitario.

En cuanto a la carrera y libertad académicas, reconoce defectos en la generación del cuerpo académico y, por ende, en la generación de las autoridades universitarias, porque no participan en los claustros electores de las facultades y el Claustro Pleno, varias categorías de profesores e investigadores, a pesar de que muchos trabajan sólo para la Universidad, afectos a jornada completa y dedicación exclusiva, y reúnen los requisitos docentes y científicos para ser considerados en el más alto rango de la jerarquía universitaria. Entonces "urge poner término a esta situación evidentemente anómala, estableciendo una 'carrera académica' en la que los miembros del personal docente y científico, independientemente de la función que desempeñen, vayan ascendiendo en los diversos rangos de la jerarquía universitaria hasta alcanzar el más alto, que les dará acceso, con plenitud de derechos, a los claustros de las facultades y al claustro pleno. El respectivo reglamento deberá ser extremadamente riguroso, a fin de que las promociones se produzcan exclusivamente a base de méritos, experiencia y trabajos".

Sólo de esa manera se evitará cualquiera arbitrariedad de las autoridades en los nombramientos de su incumbencia y no quedarán librados a mayorías ocasionales de las facultades, a veces movidas por intereses ajenos a los propios de la Universidad.

Corresponde a las autoridades universitarias respetar y hacer respetar el principio de libertad académica, principio esencial en la vida y el trabajo de la Universidad. Para el cabal ejercicio de la libertad académica "es condición básica, por una parte, la *autonomía de la Universidad*, con respecto a poderes externos, en el cumplimiento de sus fines docentes, científicos y culturales; por otra parte, en el orden interno de la Universidad, la libertad académica implica completa independencia de sus miembros para exponer y sustentar ideas y doctrinas. *Ningún miembro de la*

Universidad puede ser objeto de medidas restrictivas, menos de sanciones directas o indirectas por las ideas y doctrinas que exponga y sustente, tanto en los organismos universitarios y ante sus alumnos dentro y fuera de las aulas, como en cualquiera forma de la actividad pública".

Por otro lado, la Universidad, aunque se mantiene al margen de los intereses transitorios de la política partidista, no puede permanecer ajena a las inquietudes ideológicas y problemas de la época. Por el contrario, "debe estar abierta a la discusión elevada de los grandes temas del conocimiento y de la vida, y al examen objetivo de todas las ideas y doctrinas, hecho con la libertad de crítica y el decoro intelectual propios del espíritu científico. *Aún más, la Universidad, como entidad moral, tiene la obligación de promover en la juventud de sus aulas una clara conciencia de los valores que orientan, en sentido de progreso, la formación del hombre y el desarrollo de la sociedad*".

En cuanto al ordenamiento de las actividades nacionales y la autonomía de la Universidad, no puede existir oposición y, por ese motivo, la Universidad de Chile ha expresado repetidamente la necesidad de planificar el crecimiento de la enseñanza superior, vinculándola al desarrollo de las demás ramas del sistema educativo y el avance cultural, social y económico de la nación. Para llevar a la práctica este anhelo, el Rector pide que se establezca en una ley, como organismo del Estado, el Consejo de Coordinación y Planeamiento de la Educación Superior, creado por decreto del Ministerio de Educación en 1967. Que entre al examen de los proyectos de expansión de las autoridades universitarias estatales y particulares, dándoles prioridad, en el financiamiento de nuevos servicios y proyectos, a las universidades del Estado, en particular a la Universidad de Chile, por cuanto atiende más de la mitad del alumnado universitario del país.

La acción de la Universidad de Chile está estrechamente ligada a la vida y el porvenir de la nación a través de las generaciones formadas en sus aulas, y por ello es obligación

includible del Gobierno y el Parlamento proporcionarle los recursos para cumplir y extender sus tareas.

A pesar de las trabas de un anticuado Estado Orgánico y de la insuficiencia de sus recursos financieros, la Universidad de Chile, bajo el rectorado de Eugenio González Rojas, creció y progresó; planteó sus problemas adelantándose a las críticas y señaló cuál debía ser el camino adecuado para resolverlos; exhibió un conocimiento cabal de las necesidades nacionales e indicó las maneras de satisfacerlas; mantuvo su dignidad académica y se hizo acreedora a la consideración y el respeto de las autoridades y de la ciudadanía.

Supo imprimir un considerable impulso al desarrollo de los Centros Universitarios, como parte de la Universidad de Chile, perfectamente integrados, en los cuales se daba una educación superior moderna, se ponían en práctica formas originales de organización del trabajo docente y de formación profesional y se ensayaban métodos nuevos de docencia. La exitosa experiencia de los Centros Universitarios llevó al Consejo Universitario a discutir la idea de la Universidad de Chile como universidad nacional descentralizada en sedes, en provincias, dotadas todas ellas con la autonomía correspondiente, que las constituiría en verdaderas universidades, pero sin pérdida de la unidad armónica del sistema. Con motivo de las sesiones del Consejo Superior de los Centros Universitarios, los días 15-18 de enero de 1968, y ocasión en la cual se aprobó un documento sobre "Naturaleza y estructura de los Centros Universitarios", el Rector insistió en que "constituyen un verdadero sistema, por la naturaleza de su organización, por los nuevos métodos de trabajo docente, por la forma en que se efectúan las relaciones con el medio social. Ellos son sedes que se irán desarrollando naturalmente en un proceso de crecimiento y, como universidad nacional, podrá disfrutar de una autonomía creciente a medida que adquiera el grado de desarrollo conveniente"... Al mismo tiempo esclareció "que no se trata de que cada Centro procure parecerse lo más

posible a los establecimientos tradicionales de Santiago. Por el contrario, hay que comprender la verdadera significación de lo que realmente son los Centros. Ellos están ensayando procedimientos que no se dan en escuelas centrales. Estas innovaciones redundarán en el progreso de la educación superior".

En todo momento Eugenio González fue el celoso defensor de los fueros de la Universidad de Chile, el eficiente promotor de su progreso y el decidido formulador de sus deficiencias actuales y de su urgente reforma.

Sus documentos-informes de 1966 y 1968 constituyeron certeros balances de la situación de la Universidad de Chile y respuestas constructivas a las críticas de los diversos campos ideológicos; definidos deslindamientos de responsabilidades, y patéticos llamados a los organismos políticos y al Gobierno para atender con prontitud las exigencias del desarrollo y de la reforma del primer plantel de la cultura nacional.

En los meses finales de su rectorado se produjo la rebelión estudiantil de las universidades particulares, y poco después se desató un movimiento reformista en la Universidad de Chile, iniciado por la aplicación del co-gobierno en la Facultad de Filosofía y Educación. A raíz de la situación creada, el Consejo Universitario resolvió intervenir la facultad insurrecta, lo cual determinó la renuncia indeclinable de su Rector. A partir de ese instante, mayo de 1968, se abrió un proceso crítico, de cambio y reajuste, que aún no se cierra.

En el fondo, la rebelión de la juventud universitaria chilena empalma con el movimiento juvenil mundial de repudio a la sociedad dominante, tanto a la sociedad industrial opulenta como a la sociedad primitiva indigente; y, por tanto, de rechazo al poder abrumador de las oligarquías económicas y políticas, al industrialismo masificador y su alienación creciente, al atraso y miseria en los países pobres, expoliados y saqueados por las potencias industrializadas. Los estudiantes franceses, quienes han dado

el ejemplo más contundente de rebelión, sostienen posiciones anticapitalistas y antimperialistas, y combaten contra una sociedad "que funda su prosperidad en la opresión del proletariado y de los países subdesarrollados". Ponen en discusión la sociedad capitalista y la civilización industrial; niegan la sociedad en que viven, de la cual la universidad es su emanación. Por eso, a juicio de ellos, la universidad no pasa de ser una mera usina entre las demás y su razón de ser actual se limita a producir los cuadros que la sociedad industrial, o preindustrial, necesita para perpetuar su opresión. Es decir, de las aulas de las universidades de los países capitalistas únicamente salen los futuros cuadros de profesionales y técnicos guardianes de la sociedad burguesa.

El planteamiento de los jóvenes universitarios chilenos es similar y, en síntesis, sus críticas señalan que sus universidades están comprometidas con el régimen capitalista vigente, desempeñando un papel conservador, como verdaderas "agencias del conformismo". Son "profesionalizantes" porque se limitan a preparar los cuadros profesionales, técnicos e intelectuales indispensables para prolongar el sistema democrático-burgués y mantener la dominación de las oligarquías usufructuarias de nuestra sociedad capitalista y de la penetración imperialista. Sus sistemas docentes entregan conocimientos estáticos y transmiten los valores propios de una sociedad clasista, de opresión sobre las grandes mayorías nacionales. No se preocupan por desarrollar las facultades creadoras del alumno; no han dado importancia real a la investigación por temor a su espíritu crítico y a la ruptura que puede provocar en la escala de los valores aceptados; han rechazado sistemáticamente constituirse en auténticas comunidades de docentes, investigadores y alumnos y, por ello, se han negado a ampliar los claustros electores de las autoridades universitarias y formuladores de la política universitaria; han funcionado ajenas al desarrollo del país y a sus necesidades de cambio y sin coordinación con los otros grados de la enseñanza nacional. A raíz de la caren-

cia de planificación de la educación superior, han crecido desarticuladas, fragmentadas en facultades independientes, con una absurda duplicación de esfuerzos y gran derroche de sus reducidos recursos, sin una filosofía o doctrina central que informe y vitalice toda su organización, su espíritu, su finalidad. Por otra parte, el ingreso a la universidad es limitado y sólo se permite el acceso de los jóvenes de los sectores sociales pudientes, con lo cual no ofrecen igualdad de oportunidades y, por tal razón, no son democráticas.

El estudiante universitario chileno ha decidido luchar, entonces, por una reforma completa de la universidad, según la cual se precisen sus objetivos, se modifiquen su carácter y su espíritu, se cambie toda su estructura académica y administrativa y sus planes de enseñanza; porque se coloquen al frente de la Universidad, en sus autoridades y docencia, profesores capaces y progresistas, y se les reconozca a los estudiantes una adecuada representación en la gestación de las autoridades y en la realización de la reforma. Por otra parte, los jóvenes anhelan que las universidades se inserten en un moderno plan nacional de educación superior y se les libere completamente de la tutela de poderes extrauniversitarios, tanto eclesiásticos como políticos, ideológicos y económicos.

¿Cuál era la actitud de Eugenio González frente a los anhelos reformistas de la juventud universitaria? De acuerdo con su concepción socialista de la vida y de su pensamiento educacional modernísimo, su posición permanente estuvo enderezada a cambiar y renovar toda la enseñanza nacional y, por ende, a reformar la Universidad. Hemos visto cómo en varios documentos señaló la necesidad de democratizarla y la obligación del Gobierno de darle los recursos suficientes para atender y extender sus servicios. Asimismo, propició su revisión completa por encontrarla anticuada y encerrada en los moldes estrechos y retrógrados de un estatuto legal obsoleto. Dirigió los estudios de un proyecto de nuevo estatuto de la Universidad, punto de partida de una auténtica y profunda reforma y, luego, lo defendió ante el Consejo Universitario y

en él se encuentran las ideas esenciales enarboladas más tarde por muchos de los reformistas recientes.

En un documento publicado por Eugenio González cuando ya se había alejado de la rectoría, estampó conceptos de permanente validez sobre la crisis universitaria y reveladores de su inalterable posición de avanzada ideológica y docente: "La sociedad, el Estado, la cultura, están en crisis. Es que el hombre mismo, en los fundamentos de su propio ser histórico, está en crisis, abriendo su conciencia entre frustraciones y esperanzas a nuevas posibilidades espirituales y materiales. . . La revolución social no es para las nuevas generaciones un vago ideal de teóricos y utopistas, situado siempre más allá de un cambiante horizonte histórico, sino una realidad vivida en la experiencia cotidiana, tanto en la inmediata y propia, como en la ajena y distante". . . "La rebelión de los estudiantes ha comenzado generalmente en lo inmediato, como protesta contra sus instituciones demasiado vetustas de la vida académica, para convertirse pronto en lucha abierta contra los poderes conservadores y anónimos que gobiernan desde la sombra los Estados al servicio de los intereses deshumanizados y deshumanizantes de la sociedad industrial".

Eugenio González ha sido partidario decidido de la reforma de la Universidad, porque el primer deber de ésta es "situarse lúcidamente en el curso del proceso revolucionario y ser en él un factor dinámico y radicalizador del cambio social". A su juicio, en la lucha por la reforma, es conveniente la participación de representantes de todos los estamentos universitarios en la elección de autoridades de gobierno y administración, "pero sólo debieran tener derecho a ser electores o elegidos los que reúnan determinados requisitos: los profesores, investigadores y agregados que dediquen la mayor parte de su actividad a las tareas universitarias y los estudiantes que ya han cumplido satisfactoriamente un ciclo de estudios que acredite su efectiva incorporación a la vida académica".

Eugenio González creyó siempre que el movimiento de los alumnos y profesores de criterio avanzado y renovador po-

día conseguir importantes reformas en la estructura y funcionamiento de sus servicios docentes, científicos y culturales; modernizar planes, programas y métodos de enseñanza, y establecer sobre fundamentos más amplios las jerarquías académicas del saber y las jerarquías de gobierno y administración, y de tal modo preparar a la Universidad para cumplir sus funciones cuando las fuerzas progresistas de Chile configuren un nuevo Estado al servicio de una nueva sociedad. Para él, de acuerdo con su pensamiento sociológico de avanzada, el problema universitario, en su fondo, es un problema político y una "real democratización de la Universidad sólo será posible en forma cabal cuando se democratice la educación nacional en su conjunto, lo que supone, a su vez, cambios auténticamente revolucionarios en las estructuras básicas, económicas, sociales y políticas".



UN RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

Raúl Brañez*

El propósito de las líneas que siguen es ofrecer al lector de este volumen, dedicado a don Eugenio González Rojas, un bosquejo de su personalidad como Rector de la Universidad de Chile en el período 1963-1968. Así lo han querido los editores del libro, en el que se alternan varios ensayos sobre la vida y la obra del tan ilustre Rector de la Universidad de Chile, incluido su Rectorado. Quien esto escribe tuvo el privilegio de colaborar con don Eugenio González Rojas durante todo el período de su Rectorado y, por tanto, lo que aquí se dice es el producto de un conjunto de vivencias que se fueron generando en una relación de trabajo casi diaria.

Debo expresar que don Eugenio —y de aquí en adelante me referiré al inolvidable Rector simplemente como don Eugenio, según el uso seguido en esa época en toda la Universidad— supo imprimir a nuestra relación, como creo que lo hizo con todos sus colaboradores inmediatos, un sello especial. Su vocación humanista, que lo llevaba siempre a buscar la persona que había en cada individuo, daba lugar a que, incluso las relaciones de tipo jerárquico como la nuestra, tuvieran un rico contenido.

No creo faltar a la verdad si digo que don Eugenio fue

* Asesor jurídico durante el rectorado de Eugenio González Rojas, actualmente trabaja en la Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco, México, D. F.

mi maestro. Miles de estudiantes fueron formalmente discípulos suyos en los niveles medio y superior de la enseñanza chilena. Creo que muchos otros lo fuimos de modo informal. En lo que a mí respecta, me cupo la fortuna, durante cinco años, de aprender muchas cosas de don Eugenio. Y no se piense que sólo a través de lo que podría llamarse mi posición privilegiada de observador de su gestión como Rector de la Universidad de Chile, que de por sí fue toda una enseñanza, sino también porque su condición de maestro, apoyada en un sólida cultura como difícilmente había otra en Chile, también operó en mi beneficio. Nunca dejó de ser un educador. En no pocas oportunidades me ví en la situación de recibir su magisterio, en conversaciones que se tejían en medio del trabajo universitario. Más de alguna vez salí de la Rectoría con ciertas recomendaciones bibliográficas por parte de don Eugenio. Y en una ocasión hasta recibí una reprimenda suya por no haber leído aún una determinada obra, que ya me había sido prescrita por don Eugenio. Me sorprendió en esta falta cuando le reiteré ciertas opiniones que el no compartía. “Ah —me dijo, moviendo la cabeza con cierta desesperanza de profesor— si usted hubiera leído lo que le recomendé al respecto, no estaría opinando así,” y agregó con un tono más severo: “creo que esta recomendación se la dí hace más de un año atrás”. Todo lo cual era exacto (y de allí me fuí a leer el tan recomendado libro). El tema, bueno es decirlo, era humanismo y socialismo, expresiones que para don Eugenio eran prácticamente sinónimos.

Pero, si este relato ha de tener algún contexto, creo que sería oportuno situar al lector en el marco general dentro del cual habría de desarrollarse el Rectorado de don Eugenio. Entre 1963 y 1968 hubo dos Gobiernos en Chile: el de una derecha tradicional que se pretendía eficiente y que concluiría su gestión en 1964, en el más absoluto descrédito, y el de la democracia cristiana, cuyo auge mostraba ya graves fisuras en 1968. Fue una época de crisis, en la que se alternaron dos modelos de gobierno que se agotaron con la misma

rapidez con que emergieron. En medio de la sociedad chilena, la Universidad de Chile —continuadora de la colonial Universidad de San Felipe—, era un obligado punto de referencia de la historia cultural y también política del país. El cargo de Rector de la Universidad tenía un gran prestigio, ya que, se recuerda, fue casi siempre desempeñado por distinguidas personalidades del país, altamente representativas de la cultura nacional y, algunas veces, verdaderas conciencias críticas de su época. Símbolo de lo que se está diciendo es don Andrés Bello, fundador en el siglo XIX de la nueva Universidad de Chile y Rector de la misma por veintidós años, y don Valentín Letelier, cuyo Rectorado a principios del siglo XX dejó una profunda huella en la Universidad y en el país.

El Rector de la Universidad de Chile era elegido, de acuerdo con el estatuto de 1931, por el Claustro Pleno de esa Casa de Estudios, esto es, por la reunión de los Claustros de todas las Facultades que integraban la Universidad. Tales Claustros estaban compuestos por los profesores de las más altas categorías académicas en cada Facultad. Los dos inmediatos predecesores de don Eugenio en el cargo de Rector de la Universidad de Chile, habían desempeñado ese cargo por veinte y diez años, respectivamente. La elección que iba a tener lugar en 1963, conocida la voluntad del Rector hasta esa época de no postular nuevamente al cargo, tenía el carácter de una verdadera renovación. La candidatura de don Eugenio, hecha pública a través de una declaración que suscribieron más de doscientos miembros del Claustro Pleno, se impuso claramente sobre la de sus contendores. Es imposible explicar el alto consenso que obtuvo mediante una clave político-partidaria, no obstante que en ese Claustro Pleno se diseñaron algunas posiciones de derecha, de centro y de izquierda. La verdad es que tal consenso sólo puede explicarse mediante una voluntad de reforma que animaba a la mayoría de los miembros del Claustro en Pleno y que encontraba su justa expresión en la persona de don Eugenio, entonces Decano de la Facultad de Filosofía y Educación,

quien en los cuatro años de su gestión a cargo de esa Facultad, había puesto de manifiesto grandes condiciones de político universitario, que unidas a sus dotes intelectuales y morales, hacían de él un Rector ideal para una genuina reforma.

La figura de don Eugenio ya era familiar para todos aquéllos que trabajábamos en los Servicios Centrales de la Universidad de Chile. A nadie le eran ajenos los datos fundamentales de la biografía de esa singular personalidad: líder estudiantil, miembro ya de la mítica generación de 1920, profesor perseguido por un Gobierno de la época que lo relegó a una lejana isla del país (cuando tales cosas no se estilaban en Chile), joven Ministro de Educación de un fugaz gobierno socialista, miembro fundador del Partido Socialista de Chile, escritor, experto internacional en educación, Secretario General del Partido Socialista y Senador por la provincia de Santiago. Estos eran los detalles más conocidos de la vida de don Eugenio. Además, mi padre, que fue compañero de generación suya, me había transmitido una imagen brillante de don Eugenio, pues lo había conocido en la fundación de la Federación de Estudiantes Secundarios (FES), en el año 1919, de la que don Eugenio fue su primer Presidente. Por otra parte, en el colegio en que hice mis estudios secundarios y del que don Eugenio fue profesor por muchos años, se continuaba hablando de ese gran educador, en ese entonces ya Senador de la República. Pero, mi conocimiento directo de don Eugenio sólo comenzó en 1957, cuando de la política nacional regresó a la Universidad de Chile, como Director del Instituto Pedagógico de la Facultad de Filosofía y Educación y, prontamente, como Decano de esa Facultad. Su recia estampa, siempre enmarcada por un severo traje negro (color que había adoptado como único desde su juventud), coronada por una noble cabeza ya llena de canas, en la que detrás de los anteojos relampagueaba una mirada inteligente, constituía un conjunto de suyo impresionante. Su voz pausada y grave, modulaba con lenguaje castizo un discurso siempre sobriamente racional. De modales también sobrios, pero afables,

su persona generaba una imagen de dignidad, sencillez, serenidad, solidez. Alguien lo comparó una vez con esos antiguos maestros chilenos, aquéllos de las primeras generaciones que egresaron en el siglo XIX del recién creado Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile y que tanto lustre le dieron a la educación del país. Y lo cierto es que la imagen de don Eugenio correspondía a ese prototipo ya legendario de hombre de nuestra tierra.

La elección de Rector tuvo lugar una fría mañana de un día domingo en el invierno de 1963, que estaba alumbrada sin embargo por un sol que anunciaba la próxima primavera. El antiguo edificio de la Casa Central de la Universidad de Chile, situado en el centro de la ciudad de Santiago, abrió a temprana hora sus grandes puertas para recibir a los centenares de profesores que participarían en la elección. A mediodía, concluido el escrutinio, la noticia comenzó a circular por todo Chile, en apresurados "flashes" por medio de los cuales se comunicaba que el Claustro Pleno de la Universidad de Chile había elegido a don Eugenio González Rojas como Rector de esa Universidad para el quinquenio 1963-1968. Una sucinta biografía del nuevo Rector, preparada de antemano por los reporteros, ilustraba las notas periodísticas. Los titulares de los vespertinos traerían más tarde la misma noticia.

En su casa, en la calle Cauquenes, ubicada en el barrio de Nuñoa, don Eugenio recibía entre tanto las primeras felicitaciones de personas vinculadas a la Universidad de Chile. La casa de la calle de Cauquenes, donde don Eugenio vivió hasta su muerte, era como una prolongación de su personalidad: lo único que se escapaba a un marco de digna y sencilla sobriedad, era la cantidad impresionante de libros que se encontraban por doquier. La fila para saludar a don Eugenio empezaba en la acera, se extendía por el estrecho jardín, penetraba en la casa y llegaba hasta una pequeña sala, donde el nuevo Rector, con unos anaqueles de libros a sus espaldas, acogía con una tranquila sonrisa las correspondientes congratulaciones. Años más tarde, miran-

do la televisión, recordaría esta escena, cuando Salvador Allende, recientemente proclamado Presidente electo por el Congreso Pleno, recibía el saludo de los representantes de los Poderes del Estado y de toda clase de autoridades, en su pequeña casa de la calle Guarda Vieja, que sin embargo desbordaba de libros y obras de arte (todas regaladas por sus autores, como se encargaba siempre de puntualizar el Presidente Allende).

Unas semanas después veríamos a don Eugenio, en el atiborrado Salón de Honor de la Universidad de Chile, recibir de su predecesor la venera de los rectores de la Universidad de Chile, y luego leer el discurso con que inauguró su rectorado, pieza de singular maestría, tanto desde el punto de vista formal como material, que fue largamente comentado. En otra parte de este volumen el lector podrá encontrar algunos pasajes de ese discurso, con sus conceptos más relevantes.

Los días de don Eugenio en su rectorado no diferían mucho unos de otros. Era un trabajador infatigable. En las primeras horas de la mañana, sentado al lado del buen Guillermo, tradicional chofer de los rectores, llegaba al estacionamiento, entonces adyacente a la Casa Central, a la misma hora que los funcionarios de la Universidad. Amaba recorrer a pie esos cincuenta metros sobre la ancha acera de la avenida Bernardo O'Higgins, que separaban el estacionamiento de la puerta de la Casa Central. A veces, su jornada de trabajo se iniciaba informalmente, apenas bajaba del auto, mediante conversaciones de largos minutos con los funcionarios de la Universidad que llegaban con él. Otras veces, su arribo a la Rectoría era postergado por conversaciones con su viejo amigo, el también inolvidable propietario del kiosko de periódicos y revistas que estaba ubicado sobre la misma acera. Se contaba que muchos años atrás, el entonces joven estudiante Eugenio González hubo de buscar refugio en el interior de ese kiosko, para ocultarse de las iras de la policía, que estaba disolviendo sin muchos miramientos una manifestación antigubernamental que los universitarios pro-

tagonizaban frente a la Casa Central. Tampoco faltaban antiguos o nuevos conocidos que lo detenían en ese corto trecho para estrecharle la mano y cambiar algunas palabras con él. En fin, el hecho es que don Eugenio en algún momento, con paso tranquilo y en medio de muchos "buenos días", lograba pasar las puertas de la Casa Central, donde lo esperaba su oficina, que prácticamente no abandonaría en las próximas diez o doce horas. Su única pausa era una gran taza de café, que solía beber a las dos de la tarde. Al terminar el día, guardaba con esmero en su viejo portafolios los documentos que deseaba revisar con calma, para llevárselos a su casa, junto con uno que otro libro.

Una vez por semana, don Eugenio presidía las sesiones ordinarias del Consejo Universitario, el máximo órgano colegiado de la Universidad de Chile, en el salón contiguo a su oficina. Cada cierto tiempo, salía de la Casa Central para presidir el Consejo de Rectores de las universidades chilenas. Rara vez participaba en algún evento académico. Nunca en un evento social. Cuando se trataba de un acontecimiento académico que exigía su intervención, se ocupaba personalmente del discurso que pronunciaría. Cuando el asunto era un acto social que requería su presencia —eventos que creo detestaba cordialmente—, enviaba a un representante suyo, con una carta que se leía. Por consiguiente, lo habitual era que se encontrara todos los días y a toda hora, en la gran sala rectangular de la Rectoría, donde solía ocupar la pequeña mesa de trabajo ubicada en un rincón de la misma (el gran escritorio colocado al fondo de la sala lo utilizaba sólo para firmar documentos, generalmente los decretos universitarios relativos al personal, que en impresionante volumen se acumulaban sobre ese escritorio). En su mesa de trabajo, iluminada por una lámpara que se encontraba en una esquina de ella, don Eugenio recibía a las personas que lo visitaban, examinaba la documentación que se sometía a su consideración, solicitaba y recibía información, impartía instrucciones, todo ello sin prisa aparente. Algunas veces, sin embargo, ocupaba los sillones que se encontraban en el

centro de su oficina, en torno a una mesa baja, generalmente para recibir a personas extrañas a la Universidad o para celebrar reuniones.

El número y la variedad de sus visitantes era también impresionante. Las primeras horas de la mañana las solía destinar al despacho de los asuntos administrativos. Luego, recibía a quienes le habían solicitado audiencia. Practicaba una política de puertas abiertas. Por su oficina pasaba, aparte de la gente de la Universidad de Chile, toda clase de individuos, desde extravagantes inventores que deseaban interesar a la Universidad en sus invenciones, hasta las más sobresalientes personalidades de la cultura y de la política chilenas. Recuerdo con mucha precisión haber encontrado una vez en su antesala, al entonces senador Salvador Allende, ya tres veces candidato a la Presidencia de la República. Confieso que me detuve por algunos segundos para contemplar al líder de la izquierda chilena junto a don Eugenio, que avanzaba sonriente a saludarlo, con la clara conciencia de que en esos momentos me encontraba ante dos grandes hombres, en los que se resumían tantas cosas de lo mejor que ha tenido Chile.

De don Eugenio podía decirse, como bien lo expresó un poeta latino, que nada de lo humano le era ajeno. Conocía a los hombres en todas sus grandezas y miserias, en todas sus potencialidades para el bien y para el mal. A esa altura de su vida, una mezcla de escepticismo y de optimismo respecto de la conducta de los hombres parecía una faceta contradictoria de su personalidad. Pero, en definitiva, siempre prevalecía el optimismo. Creo que en el fondo de su corazón aceptaba al ser humano, incluso en sus inconsecuencias, a veces con una cierta desazón que difícilmente dejaba traslucir y, excepcionalmente, con lo que yo denominaba su cólera fría, jamás expresada. Se decía que era bondadoso, opinión que comparto, pero con la puntualización de que ello no era producto de la ingenuidad. Conocí de cerca sus preocupaciones cuando los deberes de su alto cargo lo colocaban en la situación de adoptar medidas disciplinarias

respecto al personal de la Universidad de Chile. Como juzgador, seguía el consejo que don Quijote le dio a Sancho Panza cuando éste iba a asumir las funciones de gobernador de la ínsula de Barataria, ya que cuando su vara de la justicia se inclinó, lo fue por el peso de la misericordia.

Su trato humano era variado, dentro de las normas permanentes de su afabilidad y de su mesura. Me correspondió acompañar a personalidades muy diversas a conversar con don Eugenio. Siempre me sorprendió su facilidad de comunicación con todo tipo de individuos, en medio de una atmósfera de grata comprensión que creaba sin ninguna dificultad. Desde luego, nunca parecía tener prisa, no obstante sus múltiples ocupaciones y a despecho del hermoso reloj antiguo que dominaba el conjunto de su oficina. Sabía escuchar pacientemente. Matizaba las situaciones difíciles con rasgos de buen humor que, generalmente, eran llamados a la realidad. Pero, por sobre todo, sabía decir a cada quien lo que era necesario decirle, con su característica amabilidad, pero con una precisión que no daba lugar a interpretación alguna. Las únicas personas que parecía detestar eran los presuntuosos. En estos casos, siempre dentro del marco de su infinita mesura, una helada cortesía reemplazaba a su conocida afabilidad, su mirada se hacía pétrea, su ironía pasaba a ser dura. Si la conversación con don Eugenio coincidía con la hora del café, no era inusual que privilegiara a su interlocutor con una charla que no podía ser menos que inolvidable. Porque don Eugenio tenía una gran capacidad para enhebrar, a partir de cualquier tema, una conversación que, poco a poco y sin demérito de nadie, se iba transformando en una gran pintura, toda a su cargo, en la que se alternaban paisajes, individuos, pensamientos, anécdotas. Conocía profundamente a Chile y a su gente. Su palabra siempre elegante, transportaba al interlocutor a los rincones más alejados de nuestra geografía y le presentaba individuos singulares, con más frecuencia humildes que poderosos (amaba más a aquéllos que a éstos), en una sucesión de imágenes que seguramente formaban parte de las muchas obras literarias que nunca tuvo tiempo de escribir.

El último año de su rectorado fue difícil. Había hecho un viaje a Europa, como sólo a él se le podía haber ocurrido hacerlo. Nunca aceptó ninguna de las invitaciones que se le hicieron para conocer las más afamadas universidades de todas partes del mundo, no obstante que siempre se preocupó de un modo especial por relacionar a la Universidad de Chile con sus congéneres de otros países. Simplemente se fue de vacaciones con su señora esposa, en un "tour" colectivo, recorriendo algunos países de Europa en un autobús repleto de ansiosos turistas, de éstos que pululan por el viejo continente. Como era de esperar, los turistas le interesaron más que el turismo. Por mi parte, siempre me he preguntado qué impresión habrán guardado los transitorios compañeros de viaje de ese hombre tranquilo y paciente, siempre vestido de negro, con su cabeza llena de canas, que se debe haber presentado como un profesor de alguna universidad de no se sabe qué país de Sudamérica.

A su regreso, estaba estallando la insurgencia estudiantil en la Facultad de Filosofía y Educación. Era el movimiento de la Reforma Universitaria, que daba sus primeros e inorgánicos pasos. En otra parte de este volumen se analiza el rectorado de don Eugenio y el movimiento de la Reforma Universitaria. Lo que aquí vale la pena consignar es que don Eugenio, que pudo y debió haber sido el líder de la Reforma Universitaria —se había empeñado en cambios paulatinos en el seno de un Consejo Superior de la Universidad, que era mayoritariamente hostil a los cambios y en el contexto de un gobierno demócrata-cristiano, cuyos militantes controlaban la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile—, quedó atrapado entre varios fuegos, porque la izquierda universitaria tenía proyectos diversos a los suyos.

Entre tanto, su salud pareció resquebrajarse. Un inexorable proceso de adelgazamiento le quitó, en pocos meses, algo así como veinte kilos. La muerte a temprana edad, de su hijo Eugenio, pareció imprimir en su rostro una huella de profunda melancolía que ya no lo abandonó. Esa era

por lo menos, la impresión que compartíamos algunos de sus colaboradores. Sin embargo, su actividad no disminuyó. Alarmado, uno de sus buenos amigos, prestigiado profesor de la Facultad de Medicina, le pidió una formal audiencia, que se transformó en un examen clínico, contra la renuente voluntad de don Eugenio. Naturalmente, nadie pudo vencerlo de que era necesario trabajar menos.

En la misma época, don Eugenio legitimó el movimiento reformista de la Facultad de Filosofía y Educación, designando como Decano interino de esa Facultad al distinguido profesor que había pasado a encabezar ese movimiento. Pero no pudo impedir, meses más tarde, que el Consejo Universitario decretara la intervención de la Facultad. Entonces presentó su renuncia. Era el mes de mayo de 1968. Horas después la Casa Central fue tomada por los estudiantes demócratacristianos, ahora convertidos en partidarios del cogobierno postulado por la izquierda universitaria desde la Facultad de Filosofía. Los decanos "antirreformistas" se batieron en retirada. Los más, renunciaron; los menos, se hicieron "reformistas", aceptando las nuevas reglas del juego que el nuevo Estatuto Universitario de 1971 iba a sancionar.

Su último día en la Universidad, don Eugenio lo pasó encerrado en su oficina, redactando de su puño y letra la renuncia que más tarde se haría pública, mientras los periodistas, conscientes de que algo grave estaba ocurriendo, hacían guardia en el patio de la Rectoría, esperando obtener declaraciones personales del Rector. Pero las puertas de la Rectoría se abrieron sólo una vez, para dar paso a Guillermo, que simbólicamente iba cargando algunos libros y documentos personales de don Eugenio con destino a su automóvil. Hacia él se dirigieron entonces las cámaras y los reflectores. Era evidente que don Eugenio se iba.

Su retiro a la vida privada fue interrumpido por el ascenso del Gobierno de la Unidad Popular en 1970, pero sólo por un corto tiempo. Un amigo que lo visitó en su casa por esa época, lo encontró regando el césped del jardín,

como suelen hacerlo los vecinos de Ñuñoa, cuando el sol comienza a esconderse hacia el poniente de Santiago.

Ignoro cómo habrán sido los dos últimos años de su vida, de esa vida dedicada al humanismo que, paradójicamente se extinguió en medio de la barbarie fascista, con las universidades ocupadas por los militares. Lo que sé es que don Eugenio sigue viviendo en el corazón y en la memoria de los que lo conocimos, como el gran maestro de todos.



EUGENIO GONZALEZ ROJAS, EDUCADOR

Galo Gómez Oyarzun*

El año de 1920 Eugenio González inició sus estudios de Castellano en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile.

Dos años después, en 1922, este joven alumno fue elegido Presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile.

Eugenio González Rojas fue uno de aquellos muchachos que no destiñó, aunque la madurez le trajo una especie de serenidad socarrona que le hacía mirar los sucesos sarcásticamente, pero con certera objetividad.

Al término de su período senatorial renuncia a la política práctica para dedicarse exclusivamente a las labores universitarias, vale decir, a una política de alto vuelo, como es la cultura. Investido de la dignidad de Decano de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, no hizo más que confirmar sus dotes de maestro y hábil director y sus condiciones de político sagaz. En actitud de permanente renunciamiento personal, exento de toda vanidad, negó a menudo su propia obra que no podía ser, sin embargo, desconocida por sus colaboradores, ni por el resto de las facultades, institutos y escuelas universitarias.

Eugenio González, formado en las disciplinas científicas

* Actual Subsecretario General del Partido Socialista de Chile. Texto leído en acto de homenaje a Eugenio González Rojas, en Casa de Chile, el 25 de agosto de 1977.

cas, principalmente sociológicas y filosóficas modernas, enfocaba el problema de la educación como un asunto vinculado al resto de los problemas sociales, sobre todo el económico. En eso se mantiene fiel a su criterio socialista. "No se puede separar —dice— el desarrollo educacional del desarrollo económico. Deben marchar juntos planificando una gran sociedad moderna, ágil, que dé posibilidades por igual, a todos sus componentes".

Como alumno del Pedagógico y Presidente de la Federación de Estudiantes, escribía sobre los maestros y los niños. Decía en sus escritos: "la educación es lo primero, la base de todo. Un pueblo es grande cuando tiene buenos maestros. Y es en la casita humilde erguida en el suburbio hosco, o en medio de la aldea que duerme a la sombra letal de la parroquia católica, donde se gesta el mundo nuevo, la religiosidad de la cultura, la defensa de la libertad. Educar es siempre una función sagrada. Los que la ejercen deben ser los mejores, los más amparados por el respeto colectivo". Y agregaba: "preocuparnos por los maestros es atender el porvenir de los niños. Amasijos de promesas y de instintos en vibrante virtualidad, todas las cosas posibles duermen en sus músculos todavía incapaces de sembrar, en sus balbuceos que anuncian el recio canto de la vida. Ellos son la esperanza, haced que sean superiores a nosotros, más puros, más fuertes, más hombres".

* * *

Eugenio González pertenece a la llamada "generación de 1920" y se nutrió en sus atributos esenciales, bien definidos por el propio Eugenio González en un bello artículo con estas frases: "Había entonces ideales, no consignas. Nadie abdicaba de su autonomía moral, de su independencia intelectual, de su derecho a juzgar libremente las ideas, los sucesos y los hombres". En ese ambiente se amasó el fondo sustentador de su calidad intelectual e ideológica, de la inagotable originalidad y vitalidad de su pensamiento

y de sus actividades sociales y políticas. Eugenio González, militante de aquella generosa y vibrante pléyade universitaria, es uno de sus más altos exponentes. Desde entonces sobresalió como educador, escritor y político. El espíritu de la generación del año 20, idealista, libertaria y rebelde, le marcó su sello indeleble y, a su vez, Eugenio González, la personifica con brillo inigualado y le asegura una gravitación e influencia mucho más allá de sus reales fronteras ideológicas.

En la múltiple y rica personalidad de Eugenio González resplandece su larga y constante trayectoria de educador.

Cumplió fructífera labor en el Internado Barros Arana y en el Instituto Pedagógico, como profesor de Filosofía y Sociología; realizó, junto a otros compatriotas, una fecunda labor educacional en Venezuela. A su regreso de ese país hermano, prosiguió en su tarea docente hasta llegar a ser designado Director del Instituto Pedagógico, luego, como ya se señaló, Decano de la Facultad de Filosofía y Educación y, finalmente, Rector de la Universidad de Chile.

Su obra educadora enriquecida con su experiencia política y su intuición de artista le dieron un profundo conocimiento de la naturaleza humana y de la sociedad. Su inteligencia, unida a una moralidad severa, enemiga de la búsqueda de éxitos efímeros, nutrieron su admirable y permanente actitud de defensa de los valores espirituales, de la causa del hombre. Supo encontrar la reconciliación de la condición humana en la formación de la juventud y en la solidaridad con el sufrimiento de los pobres y de los humildes.

* * *

Eugenio González asumió el cargo de Rector de la Universidad de Chile el 17 de septiembre de 1963, prestigiado por una larga carrera, educador en la enseñanza liceana y universitaria, por una importante labor de creación literaria y por una rica experiencia política, como calificado

representante de las fuerzas democráticas del país en el Senado de la República.

Eugenio González, al unir a su cultura, a su idealismo y a su elevada moralidad, su condición de firme e inteligente hombre de izquierda, de educador, de socialista, y colocado en medio del flujo histórico hacia el progreso y la libertad, garantizó una eficiente administración de la Universidad de Chile, expresada en su ampliación y mejoramiento; su manejo con dignidad, firmeza y jerarquía, sin aspavientos egolátricos y sin estridencias demagógicas.

En sus primeras declaraciones como Rector afirmó de manera categórica: "Tengo el propósito de hacer funcionar, del modo más cabal que sea posible, un régimen de democracia en la vida de la Universidad, y, a la vez, establecer un racional ordenamiento general de la actividad universitaria y una más eficaz planificación de la enseñanza superior". Desde el primer momento dejó constancia que sus intenciones chocaban con un obstáculo serio: la vigencia de un Estatuto Universitario obsoleto, cuya reforma era del resorte del Gobierno. Por esta razón, señalaba, pondría su máximo empeño en obtener la tramitación legal de una modificación sustantiva del Estatuto Universitario.

De todos modos, en sus declaraciones agregaba: "Aún dentro de los marcos restrictivos de la actual legislación universitaria, es posible poner en obra procedimientos que simplifiquen, haciéndolo más expedito, el funcionamiento administrativo de la Universidad; que hagan más eficaz la docencia, mediante una seria reforma de la organización de las cátedras y de los métodos de trabajo; que den impulso realista a la investigación científica, sin caer en exageraciones dispendiosas y a menudo peregrinas".

Durante su rectorado en la Universidad de Chile, recomendó la supresión del Bachillerato en Humanidades, y luego lo reemplazó por una Prueba de Aptitud Académica en armonía con el contenido y el carácter de la enseñanza media, y por otro lado, influyó ante las autoridades educacio-

nales para la creación del Consejo de Coordinación y Planeamiento de la Educación Superior.

* * *

En una admirable síntesis, definiendo el rol de la Universidad en el proceso de cambio, González Rojas afirmaba: "La Universidad no sólo tiene que adaptarse al cambio social, sino que debe contribuir a impulsarlo desde su propia esfera de acción constructiva y con la objetividad que corresponde a su espíritu de libre crítica, a fin de alcanzar la forma de vida justa a que un pueblo aspira".

Conservar, incrementar y difundir el patrimonio cultural, son funciones —decía— tradicionales y específicas de la Universidad, pero como efecto superior de actividad docente está la formación de mentalidades directivas de la actividad social en todos sus aspectos. Nuestra Universidad prepara buenos profesionales y comienza a preparar buenos investigadores. Todavía no prepara, sin embargo, buenos dirigentes, porque ha descuidado la formación de auténticos universitarios, capaces de comprender la sociedad y la naturaleza en que viven y de contribuir a la transformación de la una en términos de justicia y el aprovechamiento de la otra en el desarrollo nacional". "El progreso científico y tecnológico que nos asombra y nos abruma pone en evidencia la necesidad de una elevada formación espiritual de quienes lo promueven, tanto por los peligros que implica la neutralidad de la ciencia y de la técnica frente a los valores morales y artísticos, como por las manifestaciones de creciente independencia entre las distintas manifestaciones de la ciencia y de la técnica, con las demás expresiones de la vida cultural. Pero, esta formación integral que define al verdadero universitario, no se logra si se desconoce el sentido social de las ciencias en las profesiones. Aunque estamos —decía— en la época de la socialización, persiste todavía en muchos aspectos de la preparación de científicos y profesionales una tendencia de anacrónico individualismo.

Sostenía que la Universidad —como institución nacional debe ser colaboradora del Estado en el esclarecimiento científico y técnico de los diversos problemas concretos— administrativos, financieros, económicos, educacionales, agrícolas, sanitarios, etc., que a ésta se le presenten. He aquí una relación de la Universidad con la política, entendida como empleo creador del poder público, por encima de los circunstanciales intereses partidistas.

Pero, hay otra relación —señalaba— en un plano más elevado, de la Universidad con la política. La Universidad no sólo es un conjunto de organismos y servicios capaces de proporcionar asesoría técnica y científica a una política del Estado. Es también la Universidad —y debiera serlo principalmente— una persona moral que toma debida y oportuna conciencia, en cada circunstancia histórica, de las fuerzas renovadoras que aparecen como impulsos ciegos de la voluntad colectiva. Esto significa que la Universidad tiene la obligación de contribuir a orientar hacia objetivos valiosos el movimiento social, defendiendo siempre las conquistas dignificadoras de la personalidad humana.

El desarrollo de la Universidad está programáticamente vinculado al desarrollo nacional. Si el desarrollo es lento, le será así mismo el ritmo de desarrollo de la Universidad. Pero en ningún caso puede la Universidad quedar rezagada con respecto al desarrollo nacional, porque si así fuera, éste último se resentiría a corto plazo en términos de imprevisible gravedad”.

En resumen, para Eugenio González, la Universidad debe poseer una orientación *humanista*, de acuerdo con el principio de que la conservación, transformación y perfeccionamiento del hombre es el fin de la cultura; *nacionalista*, en cuanto a su crecimiento orgánico y funcional se guíe por las exigencias del desarrollo y progreso de la nación en los diversos aspectos de su vida; *democrática*, tanto en su funcionamiento interno, como en su papel en la vida de la nación; *social*, en cuanto a modificar la estructura y sentido ético de las profesiones, y en especial de las tradicionales, reempla-

zando su ejercicio comercial por una finalidad de cooperación en la vida social; y *científica*, en cuanto a programas, centros de investigación y laboratorios; servicios de las cátedras y selección del profesorado.

¿Qué pensaba Eugenio González de la Autonomía Universitaria? Su pensamiento era claro y preciso. Decía, para el funcionamiento eficaz y fecundo de la Universidad, se requiere un régimen de plena autonomía universitaria administrativa y cultural, y un régimen de libertades para la expresión del pensamiento, la investigación científica y la organización interna de los grupos de la vida universitaria.

La libertad de cátedra implica la plena soberanía del profesorado en la enseñanza y la responsabilidad para éste de impartirlo objetiva y científicamente, de presentar con honestidad intelectual los diversos sistemas. La unidad de la Universidad no puede obtenerse en el respeto de un dogma oficial, porque ello desembocaría en el confesionalismo, sino en el conocimiento vivo y en la búsqueda permanente de la verdad, y en la identificación de todos sobre lo que debe ser y hacer la Universidad en la vida de la nación.

Cuando la Universidad ha perdido su autonomía por la subordinación estricta del Gobierno, transformándolo en órgano de dictadura o grupos partidistas dominantes, pierde su poder espiritual, su búsqueda imparcial de la verdad y deja de estar animada por una vida auténtica”.

Con respecto a la democratización de la Universidad, su posición era clara, como todo su pensamiento. Decía “no cualquiera, por el simple hecho de haber terminado el ciclo secundario, puede atribuirse el derecho de ingresar a la Universidad, tienen que acreditar para ello, calidad y vocación. Además, pensaba, que es obvio que ningún Estado, cualquiera que sea el régimen imperante en él, contribuiría a formar más profesionales de los requeridos para su subsistencia y progreso”.

La democratización de la Enseñanza Superior sólo será efectiva cuando se democratice la educación nacional en su conjunto y esto sólo será posible cuando se modifiquen las estructuras básicas de la sociedad y del Estado.

Pensaba que la democratización de la Universidad en cuanto al servicio del pueblo, debe considerar como esencial función suya llevar al pueblo estímulos de cultura, a fin de abrir los espíritus a la comprensión de los valores de la verdad, la belleza y la justicia para el logro de una convivencia digna”.

Durante su rectorado Eugenio González Rojas supo imprimir un considerable impulso al desarrollo de los Centros Universitarios en provincia, como parte de la Universidad de Chile, perfectamente integrados, en los cuales se daba una educación superior moderna, se ponían en práctica formas originales de organización del trabajo docente y de formación profesional y se ensayaban nuevos métodos de docencia. La exitosa experiencia de los Centros Universitarios llevó al Consejo Universitario a discutir la idea de la Universidad de Chile como Universidad Nacional descentralizada en sedes, en provincias, dotadas todas ellas con la autonomía correspondiente, que las constituiría en verdaderas universidades, pero sin pérdida de la unidad armónica del sistema. Con motivo de las sesiones del Consejo Superior de los Centros Universitarios, los días 15 a 18 de enero de 1968, y ocasión en la cual se aprobó un documento sobre “Naturaleza y estructura de los Centros Universitarios”, en esa ocasión el Rector González insistió en que éstos “constituyen un verdadero sistema, por la naturaleza de su organización, por los nuevos métodos de trabajo docente, por la forma en que se efectúan las relaciones con el medio social. Ellos son sedes que se irán desarrollando naturalmente en un proceso de crecimiento y, como Universidad Nacional, podrán disfrutar de una autonomía creciente a medida que adquirirán el grado de desarrollo conveniente”. Al mismo tiempo esclareció: “no basta que cada Centro Universitario procure parecerse lo más posible a los establecimientos tradicionales de Santiago. Por el contrario, hay que comprender la verdadera significación de lo que realmente son los Centros. Ellos están ensayando procedimientos que no se dan en las escuelas centrales. Estas innovaciones —expresaba— redundarán en el progreso de la Educación Superior.

* * *

Con relación a la planificación de la Educación Superior en Latinoamérica decía: “Nos interesa mucho la coordinación planificada de la actividad universitaria en América Latina. Consideramos este asunto con sobrio realismo. No queremos contribuir a formar y mantener entidades fantasmales que sólo adquieren transitoria consistencia para celebrar congresos”.

En la realización de estos propósitos trató de forjar vínculos efectivos con Universidades de Lima, Buenos Aires y Montevideo.

Por otra parte, a juicio de Eugenio González, las Universidades latinoamericanas, fieles a su tradición histórica, están obligadas a sustentar ideales democráticos y americanistas, por lo tanto, atender al perfeccionamiento de la democracia y a la unidad de los pueblos americanos, preparar a la juventud para la libertad política de cada nación y para la unidad continental. Estos principios se concilian perfectamente con aquellos fundamentos básicos de la Universidad: orientación humanista y sentido de universalidad, defensa y práctica de la libertad y búsqueda permanente de la verdad; objetividad científica y espíritu social, autonomía general y vinculación al medio social.

Señalaba que la Universidad, además de su espíritu nacional y americanista, no puede desentenderse de la aspiración general de la Humanidad hacia la comprensión, el intercambio y la solidaridad humana. La Universidad defiende la persona humana, su dignidad y libertad; combate la guerra y el odio, proclama el derecho de la autodeterminación de los pueblos, del cumplimiento de cada destino nacional, para integrar la unidad latinoamericana y conseguir la comunidad mundial.

Veamos finalmente, cuál era la actitud del Rector Eugenio González frente a los anhelos reformistas de la juventud universitaria. De acuerdo con su concepción socialista, de la vida y su pensamiento educacional modernísimo, su po-

sición permanente estuvo enderezada a cambiar y renovar toda la enseñanza nacional y, por lo tanto, a reformar la Universidad. Propició su revisión completa por encontrarla anticuada y encerrada en los moldes estrictos y retrógrados de un estatuto legal obsoleto.

Eugenio González Rojas fue decidido partidario de la reforma de la Universidad, porque consideraba que el primer deber de ésta es "situarse lúcidamente en el curso del proceso revolucionario y ser en él un factor dinámico y radicalizador del cambio social". A su juicio, en la lucha por la reforma era conveniente la participación de los representantes de todos los establecimientos universitarios en la elección de autoridades de gobierno y administración, pero sólo debieran tener derecho a ser electores o elegidos los que reunieran determinados requisitos: los profesores, investigadores y agregados que dediquen la mejor parte de su actividad a las tareas universitarias y los estudiantes que ya han cumplido satisfactoriamente un ciclo de estudios que acredite su efectiva incorporación a la vida académica".

Eugenio González Rojas creyó siempre que el movimiento de estudiantes, docentes e investigadores de criterio avanzado, renovador y progresista, podía conseguir importantes reformas a la estructura y funcionamiento de sus servicios docentes, científicos y culturales; modernizar planes, programas y métodos de enseñanza y establecer sobre fundamentos más amplios las jerarquías académicas del saber y las jerarquías de gobierno y administración y de tal modo preparar a la Universidad para cumplir sus funciones cuando las fuerzas progresistas de Chile configuraran un nuevo Estado al servicio de una nueva sociedad. Para él, de acuerdo con sus pensamientos sociológicos de avanzada, el problema universitario, en su fondo, es un problema político, por lo que una real democratización de la Universidad sólo será posible en forma cabal cuando se democratice la educación nacional en su conjunto, lo que supone, a su vez, cambios auténticamente revolucionarios en las estructuras básica, económica, social y política del país".

* * *

Dentro del espíritu humanista que debería animar el quehacer universitario, consideraba con preocupación el peligro de las concepciones economicistas de la educación.

Decía que "no se trata de atender a la defensa del capital humano, ni de ver en la educación una buena 'inversión' para los planes de desarrollo, como se acostumbra a decir, lamentablemente, aún en círculos educacionales y universitarios". Para él, considerar a las nuevas generaciones "capital humano" y a la educación una "inversión", aunque se haga en un sentido figurado, denota la fuerte tendencia a tergiversar medios y fines, característica de la deformación "economista" que experimenta la mentalidad predominante.

Su preocupación por Chile, su pueblo, la educación, el futuro de la humanidad eran permanentes. En un discurso de inauguración de un año académico, señaló cómo nos ha correspondido vivir en años decisivos para la orientación de los sucesos mundiales, en medio de un inmenso y aterrador despliegue de potencias creadoras y destructoras, en una coyuntura histórica que abre inusitadas perspectivas de mejoramiento social. Decía, ahora se puede hablar de la Humanidad, no como un concepto unificador sociológico y moral, sino como de una realidad unitaria, patética y actuante, porque, al universalizarse similares formas de pensamiento y acción, los hombres y los pueblos, en todas las regiones de la Tierra y en todos los grados del desarrollo cultural, se agitan movidos por similares anhelos de paz, justicia y libertad".

* * *

Estimados compañeros, hasta aquí un intento de mostrar en más que apretada síntesis, la acción y pensamiento de este extraordinario valor de la cultura, la educación y la política en Chile, que fue Eugenio González Rojas.

ALGO SOBRE EUGENIO GONALEZ ROJAS¹

Ricardo Latcham

Medio borroso aparece en mi memoria el llamado año veinte, fecundo en esperanzas de rebeldía. En esa época, ya asida a la historia chilena, empezó a sonar, no obstante su juventud, el futuro escritor y profesor Eugenio González Rojas. Algunas de las figuras que agitaron el ambiente social y político en torno a la Federación de Estudiantes y los círculos obreros fueron Carlos Vicuña, Juan Gandulfo, Jorge Neut, a quien frecuente después en Antofagasta. Alfredo Demaria, Santiago Labarca y Daniel Schweitzer. Como poetas se imponían José Domingo Gómez Rojas, autor del poema "Miserere"; Romeo Murga, de melancólico aspecto; Roberto Meza Fuentes, muy sonoro e influido por los modernistas; Daniel Vásquez, y Joaquín Cifuentes Sepúlveda. Junto a éstos se dio a conocer Pablo Neruda, con "*La Canción de la Fiesta*", lanzada, en 1921, por Ediciones Juventud. No puede olvidarse, tampoco, a Pablo de Rokha, cuyo estilo novedoso y desconcertante, para muchos, se reveló en *Los Gemidos*. En 1920, Eugenio González podía contar diecisiete años mientras cursaba su primer año de pedagogía en Catellano. Pasa al primer plano de la actualidad política y social al ser elegido en 1922, presidente de la Federación de Estudiantes de Chile. Se cuenta que su compañero de estudios, Juan Gómez Millas lo definió, entonces, como "un anarquista constructivo".

1. Destacada figura de las letras chilenas.
La Nación, Santiago de Chile, agosto 25, 1963.

A propósito de anarquismo conviene subrayar que, como actitud generacional, produjo un hondo impacto en el grupo citado, y también en el movimiento obrero de entonces. Además, se leía bastante a los autores rusos, muy difundidos en traducciones francesas y españolas. Entre los ídolos literarios y políticos del Año Veinte, se cuentan Tolstoi, Gorki, Andreief y Artzibashef. Además, se devoraban los libros revolucionarios de Malatesta, Max Stirner, Bakounine y Kropotkine, con otros que arribaban de España y Argentina, en traducciones no siempre canónicas. Dos libros que impresionaron notablemente en tan lejanos días fueron *Sanin*, de Artzibashef, y *Camino de Perfección*, de Pío Baroja.

Tomé contacto con González, que era vecino mío de barrio en Providencia, allá por 1923. Desde entonces vestía de negro, con un luto correcto y cuidadoso, que lo singularizaba entre sus compañeros, donde abundaban los desgredados y los melenudos, con predominio de las corbatas bohemias y los sombreros aludos. En compañía del futuro catedrático caminaba largamente por la Avenida Providencia, que entonces era apacible y provinciana, sin el ruido y el tránsito actuales. Nuestras conversaciones no eran polémicas y el intercambio de ideas y opiniones nunca tuvo ningún matiz desapacible. Desde entonces empezó a circular la leyenda de que Eugenio era abúlico, lo que han desmentido sus futuras actuaciones políticas y universitarias. Me parecía, en ese tiempo, un contemplativo, que meditaba bastante y desmenuzaba la realidad con tranquilo gesto. Su intervención en las ruidosas asambleas estudiantiles contrastaba con el desmelenamiento oratorio de otros estudiantes y con la vociferación de los líderes proletarios. Buen dialéctico y excelente razonador en sus discursos, supo imponerse sobre la demagogía y el desenfreno que imperaban en un medio inflamado por la pasión y la violencia. Cuando se habla en la intimidad con Eugenio González, aparece pronto su escepticismo crítico que no está reñido con la acción. Como expositor en la cátedra o en la tribuna del Senado, donde se destacó entre los mejores padres conscriptos, se descubre

pronto su facilidad para discurrir y su dominio de la filosofía y la cultura. Es un incansable lector, pero su obra literaria es reducida y cuenta que, después de releer una novela que tuvo guardada por varios años, no lo dejó satisfecho y la destruyó.

Diversas actuaciones suyas lo mantuvieron apartado de mi trato.

En 1924 combatió al régimen militar que derribó al Presidente Alessandri, desterrado de Chile y vuelto a instalar en el poder, muy pronto. Más tarde, intervino en la campaña de los asalariados y en la candidatura presidencial del doctor José Santos Salas, personaje pintoresco y de una oratoria tropical dominada por una complicadísima sintaxis. Entonces yo vivía en el norte y cuando subió Ibáñez, en 1927, permanecí en Europa, involuntariamente, por un largo periodo. El escritor combatió a la dictadura y fue enviado con otros enemigos del régimen a la Isla Más Afuera. De ahí salió su excelente libro que lo consagró como un buen novelista y un notable observador de tipos y costumbres nacionales. A mi vuelta del Viejo Mundo empezó un periodo muy activo en que diversos escritores, de distintas generaciones, constituyeron el Grupo Índice, que sacó una revista muy novedosa y agitó un ambiente enmohecido por largos años de silencio. Las conferencias patrocinadas por Índice provocaron curiosidad y removieron el medio cultural de Santiago, Juan Gómez Millas disertó sobre la caída del Mundo Antiguo en provechosas conferencias; Manuel Rojas, habló acerca de las clases sociales en la literatura, y Benjamín Subercaseaux explicó, en francés, la trascendencia poética de Rimbaud. En esa floración de ideas diferentes y de revolucionarios mensajes se sintió también el eco de Eugenio González, con su talento disciplinado y su digna maestría.

Deben encontrarse enterrados en las páginas de *Índice* y otras revistas de esa etapa de nuestra vida literaria diversos y medulares ensayos de un exigente estilista que nunca se ha prodigado. También habría de rastrear la influencia generacional de José Ortega y Gasset, que nos enseñó a remode-

lar el idioma algo convencional aconsejado por nuestros profesores de castellano, y a interesarnos por el moderno pensamiento europeo. Partiendo, después, de su anarquismo apolítico, de corte intelectual, González se incorporó al naciente Partido Socialista, dirigido por Oscar Schnacke, en 1933, pero pronto lo abandona, por desacuerdo con sus dirigentes de entonces. En antiguos y polvorosos locales se discutía interminablemente entre marxistas puros, revisionistas y anarquistas que no aceptaban el predominio del Estado. Más adelante, Eugenio González volvió a sus cuadros, luego de presenciar ruidosas divisiones, y ocupó cargos de jerarquía, como secretario general y senador por Santiago.

Ya dije que, en el Senado, se distinguió por la fluidez de su estilo y por la forma elevada con que intervenía al encarar los problemas nacionales. Contribuyó, de una manera impecable, a elevar el nivel de los debates y a respetar a los adversarios. Al abandonar las tareas legislativas recibió un homenaje inusitado de todos los partidos representados en la Cámara Alta.

Pero lo más insobornable de la personalidad de González se ha vertido en la cátedra, primero, en su calidad de Profesor de Castellano y Filosofía, en el Liceo Barros Arana, y, más tarde, en la Universidad de Chile. Me unen al escritor notables lapsos de la existencia política e intelectual, nada comunes. Interviene, a la caída de la dictadura de Ibáñez, en un conato de duelo suyo con Roberto Meza Fuentor notables lapsos de la existencia política e intelectual, autoridades. Los padrinos de ambos contendores eran Raúl Silva Castro, Abel Valdés, Fernando Celis y el que firma estas líneas. Por suerte, la sangre no llegó al río. También nos encontramos en la efímera República Socialista de Marmaduke Grove y Eugenio Matte Hurtado. Se le encomendó la Cartera de Educación, pero el flamante e improvisado Gobierno fue aventado el 16 de junio de 1932 por los tanques y ametralladoras en que se apoyaba Carlos Dávila Espinosa, en su provisional régimen de los cien días.

La obra de Eugenio González, en su aspecto de escritor

imaginativo resulta muy reducida: tres novelas, *Más Afuera*, *Hombres y Noche*, y un volumen de cuentos, *Destinos*.

Especialmente en *Hombres* se halla un clima de fracaso y desencanto en la pintura de tipos revolucionarios desengañados de su propio esfuerzo, mientras ven desmoronarse sus esperanzas y ambiciones. Los que, como González, conocieron diversas generaciones de ilusos y luchadores anarquistas y socialistas, pueden relatar, con sincero realismo, el proceso de esos destinos frustrados. Además, se describen en esa obra los movimientos de masas, las huelgas y los actos de terrorismo que hubo en Chile, entre 1932 y 1938. Cierta pesimista filosofía de la vida es el denominador común que hace de *Hombres* un libro amargo, pero lleno de aciertos psicológicos y semblanzas proletarias y de clase media.

Al pintar a un rebelde llamado Vargas, el escritor define la atmósfera en que éste vive con las palabras siguientes: "La taciturna ansiedad, la rabia secreta y terrible, el deseo de una limpia felicidad nunca alcanzada, el odio, la evidencia de una secular injusticia, todo eso que flotaba mezclado con el humo de las usinas, daba a las palabras de Vargas la misteriosa elocuencia que encuentra el camino de las almas".

La literatura de Eugenio González es gris y opaca, por medio de una deliberada voluntad de imprimir a sus personajes un carácter inconfundible en la narrativa chilena. Sin embargo, en *Más Afuera*, a pesar de lo sórdido del ambiente evocado, se siente una mayor poesía y sentimiento ante el paisaje insular. También se asoma ahí una nota de ternura y de añoranza que traspassa la aplomada superficie del relato, donde hay tipos abyectos de penados y de rotos vivos y picarescos. Endeiza, Don López, Quiquirihuevo, Garrapata. El Perpetuo, El Lince, El Chinito y El Abuelo, son algunos de los personajes populares que sorprendió el narrador a través de su experiencia de preso político.

La breve y apretada producción novelesca de González lo coloca en buen sitio y resulta un precursor de los que han intentado reflejar la existencia carcelaria en el país.

No han sido muchos los escritores que han dirigido la

Universidad de Chile. El último, antes de González, fue don Domingo Amunategui, hombre erudito y bonachón, al que combatió en su período de estudiante de pedagogía. Yo mismo escribí unas páginas satíricas que molestaron, al destacado hombre público, pero, más tarde, me tocó despedir sus restos mortales, siendo Decano de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile. Es digno de recordarse que cuando me presentaron de candidato a ese cargo, tuve como contendor a Eugenio González. Hubo, en esa oportunidad, un gran revuelo y se produjo una vehemente lucha entre nuestros respectivos partidarios. Se alcanzó a perder la ponderación académica, circularon libelos en mi contra y otros, en que se ponía de oro y azul al Rector, Juvenal Hernández. Pero existió una persona que no intervino en este bullicio y ardor combativo. Fue Eugenio González, con quien almorcé amistosamente a los pocos días de concluida la contienda desafortunada de los catedráticos, en compañía de Yolando Pino, que fue elector de mi amigo.

He rememorado semejante hecho para demostrar la elevación del carácter del actual Rector de la Universidad de Chile. Con su nombramiento reciente entra una ráfaga de humanismo a las viejas aulas, lo que no es, de ningún modo incompatible con el aceleramiento técnico y científico de los estudios superiores. La unanimidad con que la opinión pública, la prensa y, lo que es muy significativo, los alumnos han recibido la designación resulta una muestra de cordura y sana convivencia. En la última condición se asentarán, sin duda, el equilibrio y la voluntad de progreso que inspirarán al flamante rector, en su próximo mandato.

Aquí sólo he querido insinuar volanderamente distintas modalidades que integran a un hombre de letras y pensamiento; de gran probidad y noble conducta en sus actos.

EUGENIO GONZALEZ ROJAS: LAS HUELLAS DE UNA VIDA ILUSTRE

Alejandro Witker*

PRESENTACION

I

En la vida de un Partido, como en la vida de los pueblos, su quehacer cotidiano se convierte en historia. Esa historia contiene el rico proceso del pensar teórico y del trabajo práctico, vertientes que iluminan su lucha.

Por lo tanto, esa historia será siempre una fuente de enseñanzas y de motivaciones morales que todos los pueblos valoran y respetan, herencia que asumen como la honda raíz de su existencia. Algo semejante ocurre con los Partidos Revolucionarios, cuya teoría, afianzada, en una concepción de la historia, y cuya práctica, realizada en la historia, define su razón de ser como una estructura que reconoce un tiempo y un espacio en su ejecutoria política concreta.

Por eso es parte consustancial de la teoría y la práctica del movimiento obrero internacional, el respeto por sus tradiciones y la exaltación de sus grandes forjadores como constructores del acervo intelectual y moral de las organizaciones revolucionarias.

* Historiador, Director del Centro de Estudios del Movimiento Obrero "Salvador Allende", y docente de la Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco, México, D. F.

Rendir un homenaje a un gran militante, a un creador de ideas, a un sembrador de ejemplos, es un acto de rotunda significación política; es un acto de formación militante absolutamente necesario para la formación de las nuevas generaciones; es un acto de justicia y de gratitud, valores de la más alta trascendencia en la moral revolucionaria.

Estas líneas se inscriben en un sincero homenaje que rendimos los socialistas chilenos a uno de sus cerebros más lúcidos, a uno de sus corazones más nobles, a uno de sus maestros más ilustres. Político de sólidos principios, educador en el humanismo de este tiempo y escritor de oficio bien logrado, en dialéctico proceso intelectual, trabajó por la causa de los oprimidos con autenticidad poco común.

Las circunstancias políticas que vive Chile nos han impedido elaborar la biografía que nos propusimos cuando nos enteramos de su muerte. Al cumplirse en 1981, cinco años de su partida, hemos decidido abreviar nuestro empeño y reducir la proyectada biografía a un breve esbozo que permita dar cumplimiento al libro prometido en su homenaje. Confiamos que en el futuro, nosotros mismos u otros compañeros podremos abordar la tarea de recuperar en una cabal biografía lo medular de la vida y obra del inolvidable maestro del socialismo chileno, Eugenio González Rojas.

Este trabajo no habría sido posible realizarlo sin la colaboración que nos brindaron camaradas radicados en Chile, que se las ingeniaron para conseguirnos una apreciable documentación, y a su familia: especialmente su hijo Daniel y la esposa de don Eugenio, Graciela Villablanca, con quien charlé largas horas en torno a la vida de quien fuera durante cincuenta años su compañero. Sus recuerdos cargados de emoción, me confirmaron que la grandeza de la imagen pública de nuestro personaje se proyectaba a cada uno de sus actos privados, capaz de amar y respetar a los suyos con infinita ternura¹.

El autor agradece a los compañeros Osvaldo Arias y

1. El matrimonio se realizó en Chillan en 1921, del cual nacieron tres hijos: Eugenio, Flora y Daniel.

Manuel Rodríguez las observaciones que formularon al texto original, así como al compañero Clodomiro Almeyda, Secretario General del Partido Socialista de Chile, su estimulante apoyo a la elaboración de esta obra preliminar sobre una figura tan respetada y querida por los socialistas chilenos: EUGENIO GONZALEZ ROJAS.

INTRODUCCION

II

La ideología de un partido político no nace configurada de una vez y para siempre en el acto de su fundación. Surge en un determinado contexto y comienza a vivir inserta en él proceso social con cuyos avatares compromete su destino.

Por eso, al historiar el proceso ideológico de un partido hay que cuidarse de dos posturas equivocadas: desestimar el pasado por obsoleto, sin reparar como éste fue una fase necesaria, o bien, aferrarse a ese pasado en nombre de una ortodoxia que identifica lo nuevo como herejía.

En el caso del PSCH, su ideología marxista se adoptó como "método de interpretación de la realidad, *enriquecido y rectificado* por todos los aportes científicos del constante devenir social..." (1) es decir, partió con la expresa voluntad de no cristalizarse en ninguna ortodoxia. Su ideología se ha desarrollado como un *proceso* ascendente de búsqueda de un discurso que exprese lúcida y eficazmente la razón de ser de la existencia del *Partido Socialista*: revolucionario, obrero, popular, latinoamericanista, creativo, autónomo y solidario con la lucha universal de los trabajadores por el socialismo. A este *proceso*, Eugenio González Rojas dio con su pensamiento y acción una contribución de la mayor importancia que debe evaluarse en su correspondiente etapa histórica.

Por lo tanto, cuando nos hemos propuesto rescatar el trabajo intelectual y político de Eugenio González Rojas, no lo hacemos bajo las motivaciones de ciertos nostálgicos que

buscan en el pasado argumentos para apoyar su conservadurismo ideológico y aterrados por la "pérdida de identidad", buscan ampararse en los padres tutelares del partido. Apenas es necesario decirlo: este falso historicismo nada tiene que ver con ese "marxismo enriquecido y rectificado" por el constante devenir, postulado por los fundadores ni con las exigencias de renovación que la lucha de clases, a nivel mundial y nacional, exigen a un partido que se aproxima al medio siglo de historia.

Eugenio González Rojas, fundador del partido desempeñó su papel más destacado en una hora de crisis partidaria, cuando el reformismo, el anti-comunismo, el oportunismo y la descomposición moral, se enseñorearon a tal punto en la cúpula dirigente, que el partido estuvo a punto de desaparecer de la política chilena. En esos años cruciales, Eugenio González y un elenco de jóvenes encabezados por Raúl Ampuero, asumieron la dura tarea de reivindicar los valores esenciales del partido y *dar un gran salto adelante en su pensamiento y acción*; pasos que valoramos en todas sus proyecciones: salvaron al partido en su definición clausista, revolucionaria, potencial creador y vocación unitaria. Notables pasos progresivos de un proceso que habría de proseguir en su desarrollo. En este contexto, de avances fecundos y de las insuficiencias que arrastramos, debe situarse la obra política de Eugenio González Rojas, portadora de luces para la construcción de la vanguardia de la Revolución Chilena.

JUVENTUD, TORBELLINO...

III

Eugenio González Rojas nació en Santiago de Chile el 23 de enero de 1903 y fue el único hijo del matrimonio formado por don Daniel González y Flora Rojas.

Sus estudios primarios los hizo en un colegio de monjas

y los secundarios en el Instituto Nacional, donde destacó nitidamente por su pasión por la lectura y preocupación precoz por la "cuestión social".

Cuando finalizaba estos estudios, ocupó su primer cargo en la vida pública: fue elegido Presidente de la *Federación de Estudiantes Secundarios*, en la que hizo sus primeras armas de conductor social. Se vinculó a publicaciones literarias y a las organizaciones obreras a cuyas reuniones llevaba su encendida crítica contra el orden establecido.

A los 17 años ingresó al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile para estudiar castellano. Pronto comenzó a colaborar en *Claridad*, revista de la Federación de Estudiantes de Chile, a veces con su nombre o a través de seudónimos: Ariel, en temas literarios; Juan Cristóbal, en temas políticos.

En muchos de sus escritos está la búsqueda anhelante de encontrar el filón esencial de la condición humana: "el buscador de sí mismo" que interrogaba a la naturaleza y a la sociedad sobre la razón y sentido de la vida.

Pero el joven columnista no meditaba sólo en torno al compromiso consigo mismo; se comprometió también con su patria y se dispuso a poner el dedo en la llaga: la explotación imperialista, la corrupción e ineficacia de la política tradicional, convocando a la juventud al combate por cambiar el orden social vigente.

La FECH lo atrajo a su trinchera de espíritus protestatarios y valerosos. Se abrió paso con el filo de su palabra y la consecuencia de sus acciones. Clavó con sus manos la roja bandera del tiempo revolucionario en el frontis de la Universidad y tomó en 1922, el timón de esa organización estudiantil.

Los años 20 marcan una instancia clave en la historia de Chile: comienza la crisis del Estado oligárquico bajo las presiones del ascenso de las capas medias y la vigorosa entrada en escena del proletariado.

Tenemos a la vista un archivo con los artículos que

Eugenio González Rojas publicó en *Claridad*. Detengámonos en algunos:

El 30 de septiembre de 1922, escribe en el No. 71, un artículo titulado: “*En el segundo aniversario de la muerte de Domingo Gómez Rojas*”, asesinado en 1920.

Con vehemencia reseña las circunstancias que rodearon este crimen, que por cierto quedó impune, “testimonio, dice, irrefutable que asegura la corrupción total de la justicia chilena...” Convoca, finalmente al combate frontal contra el régimen: “En la lucha cruenta que sostenemos contra la mentira organizada de la sociedad presente, las palabras ambiguas son trasunto de cobardía moral; los términos medios indican subterránea complicidad con lo que se trata de destruir. Tenemos el deber de la ruda sinceridad, de la áspera y austera franqueza que, en último significado es fidelidad para con nosotros mismos...”

“Fidelidad para con nosotros mismos”, fue siempre un principio rector de su existencia; el fundamento ético de su conducta política.

En junio de 1922, en el No. 122 de *Claridad*, bajo el seudónimo de Juan Cristóbal, escribe un sangriento “*saludo a los nuevos parlamentarios*”, señores “ungidos por la gracia republicana del cohecho... Sorbiendo con delicia y largueza el néctar y la ambrosía del Presupuesto Nacional”. Les advierte que es posible que alguna vez la “imagen desgreñada del pueblo turbe vuestra laboriosa digestión...” pero, a renglón seguido, los insta a no perder la compostura por esos requerimientos: “¿para qué? el Ejército, la Policía, la Magistratura están a vuestro lado, prontas a reprimir con saludable energía, cualquier rebeldía, la cólera visionaria de los que tienen hambre y sed de justicia, la violencia demagógica de los predicadores populares, hombres, por lo general, tan limitados de criterio y de corazón, que se atreven a combatir la guerra que hace posible las festividades patrióticas y el egoísmo capitalista que permite la existencia de los Rockefeller, los Rostchil, los Edwards, cuya magnificencia cristiana construye hospitales y establece premios a la virtud. Seréis, y tenedlo a honor,

fieles guardadores de la tradición y del orden social. Las diferencias aparentes que se dividen en antagónicas entidades —Alianza Liberal y Unión Nacional— no existen en la realidad profunda de vuestros propósitos, ni en la médula esencial de vuestros programas. Todos vosotros, o casi todos, sois individuos con arraigo en la sociedad burguesa estáis vinculados por mil intereses apremiantes a la bancocracia, a las todopoderosas compañías mineras, salitreras, industriales, agrícolas; sois ruedecillas tenaces de la gran máquina de explotación que transforma —aquí como en todas partes— el sufrimiento y el sudor de las masas, en brillantes y apetitosas libras esterlinas. A vosotros os corresponde, pues, mantener limpio y firme el andamiaje sagrado del Estado”.

El 10 de noviembre de 1923, en *Claridad* No. 113, leemos un artículo conmovedor: “*Los maestros y los niños*”.

“Nadie encargado, como ellos, de más alta y valedera misión. Pocos, como ellos, más azotados por la injusticia y el escarnio social. Se les aniquila en la diaria labor; después, en el hogar, la lucha sorda y cotidiana contra el destino inseguro, contra la miseria que acecha en cada recodo de la mala suerte. Sin embargo, ellos son los depositarios del más puro tesoro; el alma de los niños, arcilla dócil que toda palabra y ejemplo pueden modelar, única esperanza de perfección sobre la tierra. Debieran ser predicadores de alegría, de fuerza, de serenidad, en medio del milagro de la Naturaleza y no en salas adustas como su ceño. Pero ¿qué podrían dar a los niños que no vaya impregnado del sedimento amargo de su propia desgracia, de su resignación desastroza ante las fuerzas que apagan los anhelos de belleza y de verdad, la fe en la voluntad triunfante del hombre?...”

La plena conciencia del imperialismo norteamericano como el gran enemigo de nuestros pueblos, se perfiló desde temprano en el pensamiento y la acción de Eugenio González Rojas.

En *Claridad*, No 84, del 30 de diciembre de 1922, alerta

frente al “peligro yanqui” con un artículo titulado: “*A propósito de la próxima conferencia panamericana*”.

“Un conocimiento, aún superficial de la historia del Continente y una observación del complejo panorama político que ofrece en la actualidad, basta para que, sin excesiva suspicacia, pueda asegurarse la presencia de una creciente amenaza imperialista de parte del capitalismo estadounidense. Pueblo aquel tan admirable por su ruda tenacidad creadora y su religiosidad de la acción como despreciable por su obsesión utilitaria, ha conseguido en el breve decurso de su existencia libre forjarse una personalidad colectiva de rotundos lineamientos y agrupar en torno a un concepto bastardo del progreso, los elementos constructivos de una perseverancia genial y de un empuje exorbitante. El espíritu de Cartago, aventurero y comercial, parece haber renacido en esos hombres, rubios, improvisadores y absorbentes. Sus propósitos de hegemonía, desde el alba de la emancipación americana se han manifestado en formas múltiples. Una codicia mercantil y una voracidad de conquista determinan a partir de su constitución, las actividades internacionales de la suntuosa democracia. Por solapados procedimientos, escudándose en el desarrollo turbulento de los precarios estados del sur, ha realizado una infiltración, pasiva unas veces, conminatoria y violenta otras, de su poder y de sus intereses. Después de la gran conflagración en la que participara a pretexto de afianzar la libertad frente a las utopías del pangermanismo, ha reunido en sus manos la dirección financiera del mundo y ha pretendido también apoderarse de su dirección moral. Ha demostrado que junto con poseer los factores económicos propiciadores de la conquista es capaz de improvisar los elementos militares que la realizan: monstruosos ejércitos, escuadrones formidables”.

Frente a los designios del Imperio del Dólar, Eugenio González Rojas propugna una “alianza espiritual” capaz de forjar una “conciencia latinoamericana”. Escribe: “Urge que frente a la amenaza del norte, se forme una conciencia latinoamericana. Urge que afirmemos una vez más nuestro espíritu

libertario, nuestra oposición a todo lo que signifique tiranía ya sea del capitalismo nacional ya sea del capitalismo extranjero. Y urge, para ello también, descubrir el verdadero alcance de esa doctrina que ha servido de antifaz a la veracidad de los traficantes sin moral. El Panamericanismo es algo artificial, sin raigambre en la historia ni en la realidad política de América. La hipocresía adúlona de los gobiernos y la ignorancia de los pueblos le rinden acatamiento, temerosos los unos de las iras tutelares de la Unión, deslumbrados los otros por una ficticia solidaridad continental. Sin embargo recias voces disonantes se han elevado para condenar la peligrosa mentira y dar el anuncio salvador y la norma de la defensa necesaria. Y todos convergen a afirmar que el inconsistente panamericanismo debe ser sustituido por una sólida alianza hispanoamericana. ¿Alianza de Estados? No. Alianza de los pueblos dispersos que son un sólo pueblo.

Unión, unión —dijo al morir el hombre representativo de la independencia— Unión, unión, unión, repiten a través de toda nuestra historia los pensadores ilustres, los poetas videntes, los austeros conductores de las democracias incipientes y tumultuarias. Y hoy día, con noble obstinación los más altos talentos del Continente reafirman el pensamiento de Bolívar y laboran en la formación de una opinión latinoamericana, que sea como una barrera moral,alzada frente a los avances del imperialismo capitalista. Puede hablarse ya de una convicción colectiva adversa al Panamericanismo y propicia a una cordial vinculación de ideales entre las fuerzas nuevas en Hispano América. Los gobiernos corrompidos por los empréstitos y la alta prensa servilizada por el oro de los sindicatos norteamericanos pueden continuar quemando incienso a la Liga Panamericana y al protectorado subrepticio de los Estados Unidos, que ella significa. Diseminados en todas partes existen grupos de acción espiritual que aspiran a su destrucción. Y muchos son los que recordando a Rodó imaginan la América Latina, “como una grande e imperecedera Hermandad —con sus héroes,

sus poetas, sus educadores, sus tribunos— desde el Golfo de México hasta los hielos sempiternos del Sur”.

En 1925 se realizaron elecciones presidenciales: las facciones oligárquicas se alinearon en torno a Emiliano Figueroa Larraín, mientras las fuerzas democráticas y el movimiento obrero levantaron la postulación del doctor José Santos Salas, vinculado a la oficialidad joven y progresista del Ejército. El candidato de la reacción se impuso en comicios fraudulentos que desataron la airada protesta de las fuerzas populares que convocaron a un paro nacional y realizaron imponentes manifestaciones de masas.

Eugenio González Rojas se vinculó al doctor Salas y participó en la formación de la *Unión Social Republicana de Asalariados de Chile*, USRACH, agrupación de la que saldrán núcleos que habrán de concurrir, años más tarde, a la fundación del *Partido Socialista de Chile*.

En 1927, la USRACH contribuyó a la elección presidencial de Carlos Ibáñez del Campo, exponente de las clases medias, de orientación reformista, que buscaba la modernización del Estado y la sociedad. Sin embargo, su régimen, cercado por los efectos de la gran crisis mundial, se deslizó hacia un autoritarismo reaccionario que lo separó de sus bases populares iniciales: la USRACH fue reprimida y sus dirigentes perseguidos.

En 1928, Eugenio González Rojas fue encarcelado y deportado a la isla Más Afuera, donde permaneció seis meses.

De regreso al continente, el capitán del barco *Abtao*, poco antes del desembarco, presentó a Eugenio González Rojas un nombramiento del gobierno para un cargo público en Valparaíso; trémulo de ira, solicitó permiso para bajar de inmediato a tierra y renunciar a tan insólita mano tendida de quienes lo habían mantenido cautivo. Los términos de aquella renuncia fueron tan virulentos que le dejaron a bordo sus pertenencias, en la seguridad que lo regresarían prisionero.

Se reinstala en Santiago. Sus amistades le consiguen un

empleo modesto como ayudante en una casa de remates; luego algunas horas de clases en el Instituto Inglés y posteriormente como profesor e inspector en el Internado Nacional Barros Arana. En 1931, inició su carrera académica en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile como profesor de las asignaturas de filosofía y castellano y publica su novela *Más Afuera*, que obtuvo el Premio Atenea de la Universidad de Concepción.

LA REPUBLICA SOCIALISTA: RELAMPAGO Y LA SIEMBRA

IV

1932: los efectos de la Gran Depresión estremecieron los cimientos del orden imperante: desocupación y hambre. La efervescencia social creció como un intenso oleaje que ebullicionó a los trabajadores y a la intelectualidad progresista. Los ecos llegaron a los cuarteles y el Coronel Grove se alzó al frente de un movimiento dispuesto a instalar una República Socialista.

Durante 12 días, los pobres cultivaron su esperanza. Eugenio González Rojas, 29 años, escritor y educador, asumió el Ministerio de Educación. Apenas si alcanzó a diseñar su trabajo cuando la República Socialista fue aniquilada.¹

La experiencia de esos 12 días que estremecieron a Chile fue decisiva: para realizar los cambios que la sociedad reclamaba, había que contar con el nuevo demiurgo de la historia, con ese “intelectual colectivo”, el Partido de Vanguardia, ese instrumento político que abre la posibilidad de transitar de los sueños redentores a las transformaciones concretas de la realidad social.

Entonces se dio a la empresa de crear un Partido para

1. Véase: CHARLIN, CARLOS. *Del avión rojo a la república socialista*, Quimantri, Santiago, 1972.

de jugar ese papel histórico, con Eugenio Matte, Marmaduke Grove, Oscar Schnake, Salvador Allende, y otros intelectuales y obreros. Así nació el 19 de abril de 1933 el *Partido Socialista de Chile*. En la primera *Declaración de Principios*, a cuya elaboración contribuyó Eugenio González, señaló que el partido, . . . adopta como método de interpretación de la realidad el marxismo, enriquecido y rectificado por todos los aportes científicos del constante devenir social.

La actual organización capitalista divide a la sociedad humana en dos clases cada día más definidas. Una clase que se ha apropiado de los medios de producción y los explota en su beneficio y otra clase que trabaja, que produce y que no tiene otro medio de vida que su salario.

La necesidad de la clase trabajadora de conquistar su bienestar económico y el afán de la clase poseedora de conservar sus privilegios de terminar la lucha entre estas dos clases.

La clase capitalista está representada por el Estado actual que es un organismo de opresión de una clase sobre otra. Eliminadas las clases debe desaparecer el carácter opresor del Estado, limitándose a guiar, armonizar y proteger las actividades de la sociedad. El régimen de producción, de cambio, de crédito y de transportes, debe necesariamente ser remplazado por un régimen económico socialista en que dicha propiedad privada se transforme en colectiva. Durante el proceso de transformación total del sistema es necesaria una dictadura de trabajadores organizados.

La transformación evolutiva por medio del sistema democrático no es posible porque la clase dominante se ha organizado en cuerpos civiles armados y ha erigido su propia dictadura para mantener a los trabajadores en la miseria y en la ignorancia e impedir su emancipación. La doctrina socialista es de carácter internacional y exige una acción solidaria y coordinada de los trabajadores del mundo.

Para realizar este postulado el *Partido Socialista* propugnará la unidad económica y política de los pueblos de Latinoamérica para llegar a la *Federación de las Repúblicas*

Socialistas del Continente y a la creación de una política antimperialista.¹

La nueva organización encontró una notable audiencia entre los trabajadores "manuales e intelectuales" del país logrando una rápida implementación en los centros laborales. Se convirtió en fuerza decisiva del triunfo del Frente Popular en 1938.

Entre tanto, Eugenio González Rojas entrega en 1935 una nueva novela, *Hombres*, y concentra, hacia 1939 y 1941, sus afanes en una misión educacional en Venezuela, cuya obra se recuerda en el país hermano con el mayor respeto. En 1940: el escritor prosiguió su obra literaria con la novela *Destinos* y en 1942, con otra novela, *Noche*.

La situación política nacional, surgida del triunfo del Frente Popular en 1938, demandó tempranamente grandes responsabilidades al novel partido. Los analistas de esta experiencia coinciden que las debilidades ideológicas y el carácter aluvional del crecimiento partidario, afectaron seriamente el paso de los socialistas por el gobierno generando en sus filas una aguda desorientación ideológica y crisis orgánica.

La juventud, aliada a los sectores más sanos del partido iniciaron la ofensiva depuradora. Eugenio González Rojas fue llamado por el partido para encomendarle una gran tarea: asumir su dirección.

1948: Eugenio González Rojas es Secretario General del *Partido Socialista de Chile*. El partido necesitaba con urgencia recuperar su fisonomía revolucionaria, ponerse al día en las tareas que la lucha de clases plantea y remover la perversión oportunista y caudillista que esterilizaba su accionar.

El Secretario General se puso a trabajar intensamente en la tarea de darle al partido un *Programa*, cuya concepción estratégica apuntó hacia una *República Democrática de Trabajadores*.

1. CASANUEVA, FERNANDO Y FERNANDEZ, MANUEL. *El Partido Socialista y la lucha de clases en Chile*, Santiago, Quimantu, 1971.

HACIA UNA REPUBLICA DEMOCRATICA DE TRABAJADORES

V

En la *Fundamentación Teórica del Programa* redactada por Eugenio González Rojas, encontramos una fuente clave para el registro y valoración de su aporte al proceso ideológico del *Partido Socialista de Chile*.

El documento, en su apartado sobre la “ubicación del socialismo”, destaca que, “Nuestro Partido representa en Chile el impulso histórico del verdadero socialismo y la auténtica doctrina socialista que recoge para superarlos —y no para destruirlos— todos los valores de la herencia cultural como un positivo aporte a la nueva sociedad que deberá erigirse sobre el mundo capitalista en bancarota. Tiene por lo tanto, la misión de educar políticamente a la clase trabajadora para hacerla capaz de cumplir la tarea que le corresponde en este período de crisis orgánica de la sociedad burguesa y aquella otra que le exigirá en un porvenir próximo la construcción de la sociedad sin clases.

Es necesario que los militantes del PS y el pueblo comprendan plenamente la significación histórica y humana del socialismo, la justeza de su posición revolucionaria frente a los problemas de la época y las perspectivas nacionales y mundiales de su acción política. Dialécticamente generado por el capitalismo, el socialismo constituye su necesaria superación, tanto en la evolución interna de las distintas sociedades nacionales como en la transformación mundial de las relaciones económicas”.

Las líneas precedentes dan cuenta cabal de la sólida formación teórica marxista del maestro Eugenio González, en cuanto ubica ya al joven partido como genuina expresión —en el plano nacional— de esa nueva doctrina revolucionaria que irrumpe a la historia universal. El, como los fundadores del socialismo científico, confiere a la doctrina

marxista la calidad de una síntesis superior de lo más avanzado que creó la humanidad en el curso del siglo pasado. Reivindica la doctrina marxista como la “*continuación*” más directa e inmediata de la herencia cultural que precede las concepciones filosóficas, de la economía política y del socialismo desarrollados por los más relevantes pensadores de la centuria pasada. Es notable su comprensión acerca de la necesidad de no romper mecánicamente con esa historia, la que debe asumirse para —lo señala— desarrollarla, profundizarla y superarla en la nueva sociedad que se erige en este siglo sobre el capitalismo. Igualmente profunda es su captación —en términos históricos— de la crisis del último sistema fundado en la confrontación de clases irreconciliables y su reconocimiento de la actualidad histórica de la revolución socialista, infiriendo de ello, a su vez, el rol asignado al sector más consciente del proletariado, ya constituido en partido político, en cuanto educador y guía de los trabajadores para que éstos puedan y sean capaces de cumplir con éxito su misión revolucionaria.

En esos párrafos se denota la comprensión que hacía de la naturaleza esencial del capitalismo en su estadio monopolista, descubriendo su carácter históricamente caduco. Exhorta a entender la crisis del orden capitalista —que ya no ofrece perspectivas de desarrollo libre al género humano— para asumir la edificación, sobre las ruinas del viejo sistema, del nuevo orden sin clases, eslabón superior en la cadena de la evolución social, que clausura la historia de la lucha de clases como la historia de todas las sociedades.

Luego de someter a una severa crítica al Estado democrático-liberal, señalado como “instrumento político del poder económico de la burguesía...” y de caracterizar la evolución del capitalismo “que ha generado los más repugnantes fenómenos anti-sociales, como el imperialismo y la guerra”, pasa a describir el panorama mundial en el que distingue tres fuerzas decisivas: el gran capital imperialista, el comunismo soviético y el socialismo revolucionario.

Eran los tiempos de primacía en el movimiento comu-

nista internacional del monocentrismo y aplicación dogmática de una línea universal que muchas veces no se conjugó con las realidades concretas de los diversos países; eran tiempos también, como se reconoció a partir del XX Congreso del PCUS, en 1956, de graves deformaciones autoritarias que violaban la legalidad socialista y anulaban el papel dirigente del propio partido.

Desde su fundación, el PSCH rechazó esta dependencia y estas prácticas autoritarias, postulando una solidaridad internacional de los trabajadores, con plena autonomía en las respectivas direcciones políticas y sostuvo con energía una crítica constante a las concepciones del Estado y del partido, impuestas por el stalinismo.

En este contexto deben situarse las consideraciones que Eugenio González Rojas formula en torno a la Revolución Rusa, valorada en "su trascendencia histórica", pero criticada por su "regresión autoritaria" visible en el período stalinista que analizaba en sus escritos.

Con palabras que resultaron proféticas en el futuro de las experiencias socialistas, reivindicó los valores democráticos que contiene el socialismo y afirmó la vocación humanista del socialismo chileno: "El socialismo es, decía, en su esencia, humanismo. A la actual realidad del hombre, mecanizado como simple elemento productor por las exigencias del utilitarismo capitalista, opone el socialismo su concepción del hombre integral, en la plenitud de sus atributos morales y de sus capacidades creadoras. El humanismo de la revolución burguesa ha tenido que limitarse a las formas políticas y jurídicas, y, aún dentro de ellas, se ha manifestado más en las leyes que en los hechos. El humanismo de la revolución socialista, que ha de eliminar la división de la sociedad en clases de intereses contrapuestos, tiene, en cambio, un carácter total.

Los fines del individuo y los fines de la sociedad son, ciertamente, incompatibles sobre la base del dominio privado de los instrumentos de producción; pero ellos han de identificarse en un régimen que asegure a cada cual los

medios para resolver los problemas de su propia existencia con su aporte de trabajo al bienestar común. Así, mediante la abolición de los privilegios económicos, será posible la verdadera libertad en una democracia auténtica.

El socialismo recoge, pues, las conquistas políticas de la burguesía para darles la plenitud de su sentido humano. Por lo tanto, todo régimen político que implique el propósito de reglamentar las conciencias conforme a cánones oficiales, siendo contrario a la dignidad del hombre, es también incompatible con el espíritu del socialismo. Ningún fin puede obtenerse a través de medios que lo niegan: la educación de los trabajadores para el ejercicio de la libertad tiene que hacerse en un ambiente de libertad.

La organización socialista del poder económico está lejos de suponer, como los enemigos del socialismo pretenden, el control gubernativo de la vida espiritual y política de los individuos; por el contrario, únicamente sobre la base de la propiedad social de los medios de producción podrán los individuos obtener la seguridad material que les permita ejercer en forma completa sus derechos políticos y desarrollar, sin las restricciones que la situación actual les impone, sus iniciativas creadoras en relación con los valores del espíritu.

Como heredero del patrimonio cultural, el socialismo no pretende otra cosa que extender a todos los miembros de la sociedad las ventajas de la seguridad económica y las posibilidades de libertad creadora que hoy son privativas de minorías privilegiadas. Los fueros de la conciencia personal en lo que concierne a los sentimientos y a las ideas, así como a su expresión legítima, son tan inalienables para el socialismo, como el derecho de los trabajadores a designar libremente a sus representantes en la dirección de las actividades comunes.

No excluye pues, el socialismo, ninguna de las formas superiores de vida. A la inversa, él es la única garantía de que en un futuro próximo puedan ellas darse con mayor contenido humano, una vez superada la crisis por que atra-

viesa el mundo contemporáneo. El proceso de la decadencia de la cultura —acelerado por los conflictos de todo orden que resultan de las contradicciones internas, cada día más agudas, del capitalismo imperialista— sólo puede ser detenido por la implantación del socialismo”.

Sin embargo, debe subrayarse que tras este “humanismo socialista” y crítica a las deformaciones autoritarias y burocráticas que señala en el Estado soviético, no se esconde ningún contrabando reformista de signo social demócrata: “La conquista del actual Estado es, sin embargo, decía, condición previa de la revolución socialista. No podrá realizarse la transformación radical de la estructura de la sociedad, sin un desplazamiento del poder político, desde la minoría capitalista, a la clase trabajadora. Este desplazamiento será necesariamente la culminación de un proceso orgánico que se realizará en la superficie de la vida histórica en la forma que determine la resistencia que ofrezcan los grupos privilegiados a las fuerzas en ascenso de la revolución socialista”.

Es notable su aserto acerca del rol del Estado nacional y la necesidad de su control para los fines revolucionarios. Más que eso, sobresale su claridad sobre la *necesidad del Estado para el paso al socialismo*. No se deben olvidar las influencias anarquistas e idealistas en los cenáculos universitarios que concedían escasa importancia en la praxis política a la cuestión del control estatal, a diferencia de la ideología marxista que fundamenta el nuevo orden social precisamente en la captura del poder, como fase precursora de la “extinción” del Estado. Señera es su previsión acerca de la forma que asumirá el desplazamiento de las viejas clases detentadoras del poder, el que se realizará “en la forma que determine la resistencia que ofrezcan los grupos privilegiados a las fuerzas en ascenso de la revolución socialista”.

Esta firmeza estratégica y flexibilidad táctica se fundamenta en su concepción revolucionaria y viva del socialismo: “El socialismo es revolucionario. La condición revolu-

cionaria del socialismo radica en la naturaleza misma del impulso histórico que él representa. No depende, por lo tanto, de los medios que emplee para conseguir sus fines. Sean éstos cuales fueren, el socialismo siempre es revolucionario, porque se propone cambiar fundamentalmente las relaciones de propiedad y de trabajo como principio de una reconstrucción completa del orden social.

Las condiciones objetivas y subjetivas determinarán en cada país los caracteres en que se desenvuelva el proceso revolucionario. Ningún cálculo abstracto puede anticiparse eficazmente a las contingencias reales del devenir social. . .

La doctrina socialista no es un conjunto de dogmas estáticos, sino una concepción viva, esencialmente dinámica, que expresa en el orden de las ideas políticas las tendencias creadoras del proletariado moderno. Producto de una situación histórica definida, ella se ha ceñido en su desarrollo al ritmo del movimiento social, enriqueciéndose de continuo con la experiencia de lucha de la clase trabajadora”.

En el ámbito de la praxis política, Eugenio González —enemigo de toda concepción mecanicista y dogmática de los procesos revolucionarios, reivindicó la naturaleza esencialmente dialéctica del marxismo, como forma de visión e interpretación de la realidad. Antepuso, a cualquier consideración ideologista, la necesidad de aplicar la concepción del socialismo en estricta consonancia con la realidad económico-social que habrá de transformarse por la acción política. Postuló el “examen concreto de la realidad concreta”, al decir de los clásicos que lo inspiraron, subrayando que son las “condiciones objetivas y subjetivas (las que) determinarán en cada país los caracteres en que se desenvuelva el proceso revolucionario. Ningún cálculo abstracto puede anticiparse eficazmente a las contingencias reales del devenir social”.

Identificados los trabajadores como los grandes protagonistas del proceso revolucionario, se plantea la necesidad estratégica de construir su unidad sindical y política: “La unidad de la clase trabajadora es condición necesaria de la

revolución socialista, tanto en el orden económico como en el orden político. El socialismo propicia, por lo tanto, la organización unitaria, nacional e internacional de los trabajadores para la lucha por sus reivindicaciones específicas de clase. Esta unidad es la base indispensable para la acción revolucionaria que deberá llevar, en un momento determinado, a los sindicatos y demás organismos obreros, a la lucha directa contra la sociedad capitalista en su conjunto”.

En esta línea, Eugenio González Rojas y sus camaradas, se opusieron tenazmente a la dictación de la *Ley de Defensa Permanente de la Democracia* en 1948, que el gobierno de Gabriel González Videla impuso para ilegalizar al Partido Comunista y perseguir al conjunto del movimiento obrero bajo las presiones de la “guerra fría”.

Finalmente, en lo internacional, se delineó una postura clasista muy precisa:

“El *Partido Socialista* sustenta, en lo internacional, la política revolucionaria y democrática de la clase trabajadora, opuesta a toda forma de imperialismo y propicia a todo lo que facilite la cooperación pacífica de los pueblos. Esta última sólo será realmente estable cuando la clase trabajadora haya alcanzado en los distintos países, sus objetivos históricos.

En las condiciones actuales y en el plano continental, el *Partido Socialista* lucha por una pacífica y democrática convivencia internacional, ajena a toda forma de presión imperialista y opuesta a la existencia de regímenes dictatoriales y totalitarios.

Para hacer posible este sistema de convivencia continental, se hace necesario que los países latinoamericanos traten con los Estados Unidos en un plano de igualdad y dignidad, para lo cual el *Partido Socialista* propugna la progresiva unificación latinoamericana, sobre bases progresistas y democráticas.

El proceso de unificación latinoamericana, mirado con perspectiva socialista, implica el desarrollo concertado de nuestros recursos económicos con miras a nuestra liberación

del imperialismo. Los pueblos de la América Latina, integrados en una comunidad de naciones socialistas, constituirán un factor decisivo para el porvenir del mundo”.

Las líneas trazadas por Eugenio González denotan su sólida formación teórica marxista, en cuanto ubica al partido como genuina expresión en el plano nacional —de esa nueva doctrina revolucionaria que aparece como la síntesis superior de lo más avanzado que conoció la humanidad en el curso del siglo pasado. Reivindica la doctrina marxista como la “continuación” más directa e inmediata de las concepciones filosóficas, de la economía política y del socialismo desarrollados por los más relevantes pensadores europeos, que asume la herencia cultural de entonces para desarrollarla, profundizarla y superarla— como él lo indica —en la nueva sociedad que se erige por sobre el capitalismo en retirada. Junto con captar —en términos históricos— la crisis del último sistema fundado en la lucha de clases irreconciliables, reconoce la actualidad histórica de la revolución, infiriendo, a su vez, el rol asignado al sector más consciente del proletariado, constituido en partido, en cuanto educador político y fuerza dirigente de los trabajadores para que éstos sean capaces de cumplir con éxito su misión revolucionaria.

MAGISTERIO EN EL SENADO

VI

Los vientos de la política lo llevaron al Senado en 1949. Dejó allí la huella de su palabra majestuosa que identificó, como rara vez ocurre, el mensaje de una nueva humanidad con el mayor vuelo del pensamiento y la maestría de la palabra:

Cuando el Senador Eugenio González Rojas hablaba surgía expectación. Se iba a escuchar un discurso que rompía los moldes de las gastadas la politiquería tradicional. Todos escuchaban con ese respeto que imponen los espíritus superiores aun a sus adversarios. Ejerció pues, en el Senado

un verdadero magisterio que dejó enseñanzas y el eco de una palabra comprometida y culta.

En 1952, Eugenio González Rojas pronunció en el Senado dos discursos que fueron difundidos por el Partido a través de un folleto titulado *La Crisis Chilena*.

Uno de estos discursos estuvo destinado al análisis de la presencia del *Partido Socialista* en la vida nacional, la justificación histórica de su existencia y sus perfiles ideológicos.

En un pasaje de dicho discurso, destacó con fuerza el reconocimiento que los socialistas hacían del Presidente José Manuel Balmaceda (1840-1891), derrocado y llevado al suicidio por una rebelión oligárquico-imperialista que frustró el proyecto nacional chileno por la vía capitalista.¹

“Un hombre realmente sincero, dijo, personalidad por donde se le mire superior a su medio y a su tiempo, en el que armoniosamente se conciliaron las altas dotes del talento y del carácter, la amplia visión de estadista de rango y la seria voluntad de un constructor apasionado en el servicio de su pueblo. Fecunda como pocas su actividad política y sin exageración puede decirse, inigualado entre nosotros el noble estilo que se trasunta, con impresionante coherencia, en sus actitudes y en sus palabras, tanto en el ejercicio del poder como en vísperas de su sacrificio, en su vida y en su muerte.

Los socialistas miramos hacia la tradición, pero con inquietud de futuro. Nos sentimos solidarios del pasado nacional, tanto por efectivo ligamen como por comprensión histórica. Otros partidos lucharon antes que el nuestro por las libertades políticas, se esforzaron por modernizar nuestras instituciones y aún propiciaron reformas sociales. Reconocemos la obra realizada pero queremos realizar también “las nuestras”. Esa obra, dijo, apunta contra la estructura del capitalismo vigente y en lo coyuntural, contra el gobierno de Gabriel González Videla: (1946-1952).

Lo medular de este pasaje radica en la recuperación

1. Véase: RAMIREZ NECOCHEA, HERNAN. *Balmaceda y la contra-revolución de 1981*. Universitaria, Santiago, 1959.

que Eugenio González Rojas hizo del pasado progresista de la nación chilena, entroncado el proyecto socialista.

En efecto, Eugenio González Rojas, contribuyó eficazmente a desarrollar uno de los rasgos más señeros del socialismo chileno: su asimilación de la vertiente *nacional-popular*, como cimiento insustituible de su propuesta revolucionaria.

Con motivo de las maquinaciones imperialistas contra el régimen democrático de Guatemala, Eugenio González Rojas pronunció en el Senado un brillante discurso criticando la actuación de la delegación chilena a la X Conferencia Interamericana de Caracas, en la que la diplomacia yanqui impuso la condena a muerte de la Revolución guatemalteca. Aquella actuación fue condenada por el “ominoso estado político de Venezuela... bajo la tiranía bárbara de Pérez Jiménez”, país que sirvió de sede al evento destinado a aplastar la democracia guatemalteca. “Bien sabe, subrayó, la opinión libre de América que detrás de todas las maniobras dirigidas contra Guatemala está la poderosa United Fruit Company, a la cual, en virtud de la Ley de Reforma Agraria le fueron expropiadas 34,000 hectáreas que mantenía sin cultivo alguno...”

Terminó aquella intervención con una apasionada convocatoria a impulsar la unidad de nuestros pueblos latinoamericanos. “Ningún pueblo latinoamericano puede alcanzar por sí solo su liberación nacional. Necesitan los unos de los otros: no en balde son fragmentos complementarios de una gran unidad perdida que es indispensable restablecer, no sobre consideraciones del pasado como lo sueñan los ideólogos reaccionarios de la hispanidad, sino en función de imperativos de la época que apuntan al porvenir. Es una tarea para nuestra generación y para las que vendrán por mucho tiempo, pero nada de lo que se haga en tal sentido será vano. Los políticos pretendidamente “realista” que viven al día, resolviendo los problemas con un criterio de circunstancias, podrán decir que esto es peregrino idealismo, incongruente con las premiosas necesidades de la polí-

tica internacional. Es que en política se suele confundir, con lamentable frecuencia, el realismo con el conformismo".¹

En 1957, sostuvo con el Senador liberal, Raúl Marín Balmaceda una polémica que alcanzó gran repercusión en los círculos políticos en torno a los fundamentos teóricos y a la experiencia histórica del liberalismo y el socialismo.

"Los socialistas, dijo, no tenemos de la libertad un concepto metafísico como los ideólogos de la burguesía liberal, aficionados a suplantarse las realidades de la historia por entidades de razón".

Rechazó con énfasis la acusación liberal que en el socialismo el hombre es absorbido por el Estado hasta anular en él su iniciativa creadora. Sostuvo que el socialismo chileno rechaza toda deformación burocrática y autoritaria del Estado y postula la más amplia participación de los trabajadores en la gestión política y económica del Estado. "Para el socialismo, dijo, es tan imperativa la defensa de los intereses y valores humanos frente a las tendencias absorbentes del totalitarismo estatal como frente al poder económico del capitalismo monopolista... los socialistas queremos una economía para el hombre y no para el Estado."²

Una de las facetas más brillantes de sus intervenciones parlamentarias lo constituyen sus discursos de homenaje a personalidades de la cultura nacional, entre las cuales destacaremos algunos:

Homenaje a la memoria del insigne educador *Valentín Letelier* (1852-1919),³ rector de la Universidad de Chile, ideólogo de la corriente progresista del Partido Radical. "Sus escritos, dijo, honran a la cultura chilena y americana... las actuaciones de su vida, constituyen ejemplar de rectitud moral"... Ningún problema de trascendencia nacional lo dejó indiferente... fue por ello uno de los prime-

1. Texto completo en *Diario del Pueblo*, órgano del Partido de la Revolución Guatemalteca, 10 de junio, 1954.

2. "El Socialismo frente al liberalismo" en: *Pensamiento teórico y político del Partido Socialista*, Quimantir Santiago, 19... pp. 93-118.

3. 16 de diciembre de 1952.

ros que entre nosotros se dio cuenta del significado del movimiento obrero...¹

Homenaje al centenario del nacimiento del pintor *Juan Francisco González*, con cuya obra "puede decirse que comienza una pintura expresiva de nuestra idiosincrasia y de nuestra naturaleza. No hubo detrás de él una justa tradición plástica nativa, una rica evolución de formas naturales que enmarca sus impulsos espontáneos de creador genuino. Aparece, en un medio todavía impropicio portador de una misión nobilísima: la de "enseñarnos a ver"... Acercarse a la pintura de Juan Francisco González provoca la impresión de ir descubriendo una comarca de maravilla que es, sin embargo la de nuestros diarios afanes. Esos rostros son los de nuestras gentes, sencillas y taciturnas: esas casas son las que están al borde de los caminos rurales, en los suburbios polvorientos; esos árboles son los que se alzan en todas partes, enrojecidos por el crepúsculo, dorados por el otoño, inmóviles en la lejanía; esas frutas, de radiante pulpa, son las de nuestros huertos, las de nuestras mesas; esas flores son las que decoran nuestros jardines cuando llega la estación benigna; esos muros tatuados de grietas, musgosos, son los que perduran en ciertos barrios donde el tiempo parece haberse arremansado en provinciana quietud".²

Homenaje a *Gabriela Mistral* (1889-1957), Premio Nobel de Literatura en 1954. Con ocasión de su muerte, alzó con solemnidad su voz para decir:³

"Suprema generosidad la suya, pues se dio entera en sus poemas tremantes; genuino magisterio de elevación espiritual en que ejerció, superando su entrañable desventura; ejemplo de ánimo fuerte su austera actitud ante la vida y ante la gloria. El aislamiento en que quiso vivir no fue refugio de medroso egoísmo, ni alivio de contactos ingratos

1. Véase: "Los Pobres", publicado en el periódico *La Ley*, No. 433, el 10 de enero de 1896. Incluido en Witker, Alejandro. *Chile: Sociedad y Política*, UNAM, 1978. pp. 135-147.

2. 14 de octubre de 1957.

3. 22 de enero de 1957.

con una realidad desdeñada. Tampoco orgullosa repulsa a un medio incomprensivo: tempranamente su obra fue ensalzada y su prestigio tuvo una amplitud continental. Es que era demasiado profunda para encandilarse con los galardones que la sociedad le deparaba. Libre de mezquinos apremios, pudo seguir su vocación ascética, ahondando en su vida interior, para ella la vida verdadera”.

Tenemos a la vista otros discursos semejantes que configuran una actitud política bien singular por su temática y estilo:

Ante todo sobresale su intención manifiesta de elevar el debate parlamentario a niveles poco comunes donde el análisis teórico y el estudio de los problemas reales de la sociedad solían quedar relevados por la retórica y el inmediatismo electoralista. Más inusual resulta aún la amplitud con que recoge y proyecta la obra de intelectuales y artistas sin el menor asomo de sectarismo y reconoce la dimensión nacional y social de su obra, superando el reduccionismo economicista, en el que solía caer el discurso de la izquierda chilena.

EN LA CASA DE BELLO

VII

En 1957, la Universidad de Chile lo recuperó y lo integró definitivamente a su vida académica: fue elegido director del Instituto Pedagógico, reelegido por unanimidad en 1959; el mismo año, fue elegido decano de la Facultad de Filosofía y Educación, reelegido por unanimidad en 1963 y luego, rector.

Allende saludó esa designación: “Como ciudadano chileno estoy satisfecho por el resultado de esta elección, por que deja la Rectoría en manos de un hombre justo, de un auténtico maestro, cuya acción y pensamiento enaltecen a la inteligencia y a la cultura del país. Es importante que se

premie a quien posee una vida generosa. Es la victoria de una línea consecuente sobre el oportunismo”.¹

En su discurso de la asunción de la rectoría de la Universidad de Chile pronunciado el 2 de septiembre de 1963, planteó las líneas centrales de su pensamiento frente al quehacer académico debidamente situado en su contexto universal y nacional: “La crisis profunda que afecta a la Humanidad entera, al proyectarse en el plano de la cultura superior, exige una revisión de la idea de Universidad. No se trata, por cierto, de lo que se ha denominado en nuestros países latinoamericanos la Reforma Universitaria —concebida casi siempre como mera modificación de la estructura de los servicios docentes y, sobre todo, como incorporación de los estudiantes a los organismos directivos de las Corporaciones. Se trata de la necesidad de un cambio radical en la actitud de conciencia de los universitarios —catedráticos, investigadores, alumnos— en relación con las dramáticas urgencias del mundo actual”.

Subrayó la necesidad de vincular la Universidad de Chile a congéneres de América Latina: “No creo estar insinuando una empresa utópica. Por el contrario: jóvenes líderes de nuestra América Latina han hecho ver, en recientes congresos internacionales la urgencia de crear instituciones económicas, judiciales y políticas de carácter supranacional. Corresponde a las Universidades latinoamericanas ir preparando, de consumo, las bases morales necesarias para que proyectos de tanta trascendencia histórica puedan realizarse”.

Con altura y dignidad puso en guardia contra la colonización universitaria la ayuda financiera y técnica gestada desde centros internacionales: “Insensato sería, encerrarse en una provinciana pretensión de autosuficiencia, rechazando la ayuda financiera y técnica que se ofrezca a la Universidad para la promoción de sus iniciativas científicas y docentes pero sería inaceptable que ella se condicionara de modo

1. Noticias de Última Hora, Santiago, 12 de agosto de 1963.

lesivo para la independencia y la dignidad de la Corporación. Ningún universitario de verdad podría admitirlo.”

Cerró su discurso fomulando un llamado a los universitarios a asumir un auténtico compromiso “de tomar como suyos los problemas de nuestro pueblo y proponer para ello soluciones trascendentes... hagamos, con denuedo y fervor, como universitarios, nuestra parte en la realización de la justicia”.

Hacia 1965, las universidades chilenas entraron en un proceso de crítica a las estructuras tradicionales retomando el camino de las demandas de reformas iniciado en los años 20 bajo la influencia del llamado *Grito de Córdoba*, de 1918¹.

El rector asumió una actitud favorable a dichas demandas esforzándose sin éxito que el conflicto no estrechara sus perspectivas “excluyendo toda forma de dogmatismo intelectual, toda actitud de intransigencia agresiva, toda coacción que no sea la de los imperativos morales o reguladores de la convivencia libremente aceptada...”²

El proceso de reforma, que expresaba en sus motivaciones básicas, necesidades reales y anhelos de auténtica renovación para democratizar su gobierno y adecuar sus labores académicas a las exigencias de la vida social, arrastró a la Universidad hacia una tensión extrema. En medio de la crisis, el rector, imposibilitado de encauzar un conflicto, en el que la izquierda, careció de visión y conducción renunció en mayo de 1968.

La autocrítica que la izquierda debe hacerse sobre su participación en estos acontecimientos está pendiente. Es obvio que su comportamiento es sólo un nivel de su línea global en un proceso pletórico de posibilidades revolucionarias que se malograron por la ausencia de una dirección política a la altura del desafío histórico.

1. PORTANTIERO, JUAN CARLOS. *Estudiantes y política en América Latina, 1818-1938. El proceso de la reforma universitaria*. S XXI, México, 1978.
2. Discurso en la Semana de Reforma Universitaria, Valparaíso, 9 de agosto de 1966.

A nuestro juicio, en el legado que Eugenio González Rojas dejó a los socialistas y a los trabajadores chilenos, habría que subrayar los siguientes aspectos básicos: Afianzó una concepción marxista creadora y no mecanicista, capaz de penetrar en las raíces nacionales y populares de Chile y América Latina; y el carácter revolucionario y latinoamericano del socialismo chileno. Pero sobre todo, nos parece que subrayó dos líneas de pensamiento que las nuevas generaciones socialistas deberían profundizar y desarrollar: *la vocación democrática del socialismo chileno*, siempre crítico de las deformaciones autoritarias y su búsqueda de la socialización de la economía, la cultura y el poder, para abrir los más anchos cauces a la participación creativa de las masas; y la significación de la *cultura* como componente vital en la lucha por el socialismo, remontando el reduccionismo economicista y postulando una visión totalizadora del hombre.

Estos son a nuestro juicio los perfiles más significativos de la vida y obra de Eugenio González Rojas, que, obviamente registró también los errores de todos los humanos, sin que éstos jamás pudieran empañar sus grandes virtudes morales e intelectuales.

Su personalidad pareció siempre como huyendo de un mundo que lo reclamaba. Su modestia contrastaba con el carisma que rodeaba su figura. Nunca buscó un cargo, todos los que ocupó, casi le fueron impuestos. En la altura, jamás perdió el equilibrio ni el estilo ponderado. Atrapado desde joven por cierto escepticismo burlón, repudiaba el oropel con que los espíritus pequeños se agigantaban sobre bases de arena.

Ningún halago del mundo oficial lo obnubiló cuando se cruzaron con ellos la defensa de principios fundamentales: siendo rector de la Universidad de Chile, no aceptó a Rómulo Bettancourt una condecoración que éste le había

impuesto cuando desató la represión contra la izquierda venezolana.

Fue admirable su paso por la vida de la que tampoco estuvo ausente el dolor y el desencanto, incluso le tocó morir en una hora gris para su patria y seguramente se marchó con la amargura de ver que había otra vez que empezar la lucha contra los seculares opresores de su pueblo: el 28 de agosto de 1976.

Las nuevas generaciones socialistas, a las que tantas enseñanzas dejó la huella de su vida ilustre, en las sombras de la noche están enterrando las semillas que florecerán mañana. Tarea laboriosa y heroica que el Partido emprendió con la decisión irrevocable de no dejarse destruir por el fascismo y ni por las insuficiencias y deformaciones verbalistas que nos llevaron a la derrota de 1973.¹

En esta lucha contra los enemigos y los rezagados, sentimos que están con nosotros los ojos inteligentes y nobles de Eugenio González Rojas.

ANEXOS

Declaración del Partido Socialista de Chile

EN LA MUERTE DE EUGENIO GONZALEZ ROJAS FUNDADOR DE NUESTRO PARTIDO

En su retiro en Chile, acaba de morir EUGENIO GONZALEZ ROJAS, fundador y destacado dirigente y militante de nuestro Partido, brillante profesor universitario y una de las más relevantes personalidades de la cultura en nuestra patria.

Su bautismo como combatiente político tuvo lugar a temprana edad. En la gesta efímera pero gloriosa de la República Socialista instaurada el 4 de junio de 1932, figuró como miembro de su Comité Revolucionario y como Ministro de Educación en su gabinete de doce días.

Un año más tarde, el 19 de abril de 1933, ese mismo puñado de visionarios extendió el acta de nacimiento al Partido Socialista de Chile.

Valorando su extraordinaria capacidad pedagógica, el gobierno de Venezuela lo contrató en 1936 para que organizara sus servicios educacionales.

En las filas de nuestro Partido, Eugenio González fue escalando todas las instancias internas llevado por sus altos méritos políticos e intelectuales junto a su vigorosa vocación revolucionaria. Culminando su larga trayectoria como dirigente, integró nuestro Comité Central entre 1946 y 1948, y fue designado Secretario General entre 1948 y 1950.

1. Véase: PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE. *Tener Pleno Clandestino*. México, 1979.

Posteriormente el Partido lo eligió Senador por la provincia de Santiago.

Simultáneamente, el campo de la educación y la cultura fue consagrando paso a paso a quien fuera uno de sus más preclaros exponentes y uno de los más queridos maestros de las juventudes: profesor de Filosofía y Castellano en el Liceo Barros Arana y después en la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile; director del Instituto Pedagógico, decano de la Facultad de Filosofía y Educación y finalmente Rector de la Universidad de Chile en la década del sesenta.

Completando su prolífica y multifacética personalidad, Eugenio González brilló con luz propia en el campo de las letras tanto por su vasta erudición como por sus creaciones literarias, entre ellas su conocida novela "Noche" y numerosos cuentos y ensayos recogidos en las mejores antologías.

Durante el Gobierno de la Unidad Popular, el Presidente Salvador Allende —con quien lo unía una larga y estrecha amistad— le solicitó su colaboración, aceptando Eugenio González —entre otros ofrecimientos— la presidencia del Consejo Nacional de Televisión.

Las generaciones que conocieron de cerca a Eugenio González, especialmente sus discípulos y camaradas de partido lo recordarán como un gran humanista, una personalidad moral y dueño de una vasta cultura clásica, a la vez que como un político innato y un excepcional formador de juventudes. Como dirigente de nuestro Partido mantenía una ligazón directa y permanente con las bases.

Y lo recordarán también como un hombre sencillo, modesto, con un notable sentido del humor, de palabra persuasiva que calaba profunda y convincente porque venía de quien poseía una extraordinaria sensibilidad humana.

Esa misma sensibilidad, su cariño acendrado por la patria, por el pueblo, por su partido; ese amor suyo por todo lo valioso y noble de la humanidad; su indolegable conciencia revolucionaria, sufrieron un doloroso impacto al contemplar a Chile destrozado y aplastado por el fascis-

mo que él siempre odió como la negación de los valores humanos y como la consagración de la barbarie.

Nuestro Partido enluta sus banderas ante la muerte de Eugenio González Rojas, y hace llegar a su compañera Graciela y a sus hijos Flora y Daniel, sus más expresivas y sensibles condolencias.

Partido Socialista de Chile

Secretariado Exterior

Septiembre de 1976

INDICE

	<i>Pág.</i>
<i>Presentación</i>	9
<i>Don Eugenio: Fernando Alegría</i>	11
<i>Mi Deuda con Eugenio González: Clodomiro Almeyda</i>	15
<i>La Narrativa de Eugenio González Rojas: Juan Armando Epple</i>	21
<i>Una Novela de Eugenio González Rojas: NOCHE: Javier Campos</i>	67
<i>La Personalidad Ideológica de Eugenio González y su Rectorado de la Universidad de Chile: Julio C. Jobet</i>	85
<i>Eugenio González Rojas, un Rector de la Universidad de Chile: Raúl Bráñez</i>	135
<i>Eugenio González Rojas, Educador: Galo Gómez</i>	147
<i>Algo Sobre Eugenio González Rojas: Ricardo Latcham</i>	159
<i>Eugenio González Rojas: Las Huellas de una vida Ilustre: Alejandro Witker</i>	165
<i>Anexos</i>	195

Este libro se terminó de imprimir el día 9 de septiembre de 1981, en los Talleres Gráficos de la Editorial del Magisterio "Benito Juárez", dependiente del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación. Héroe de Nacozari No. 23, México 2, D. F. Su tiro fue de 2,000 ejemplares en papel Roto Pipsa.